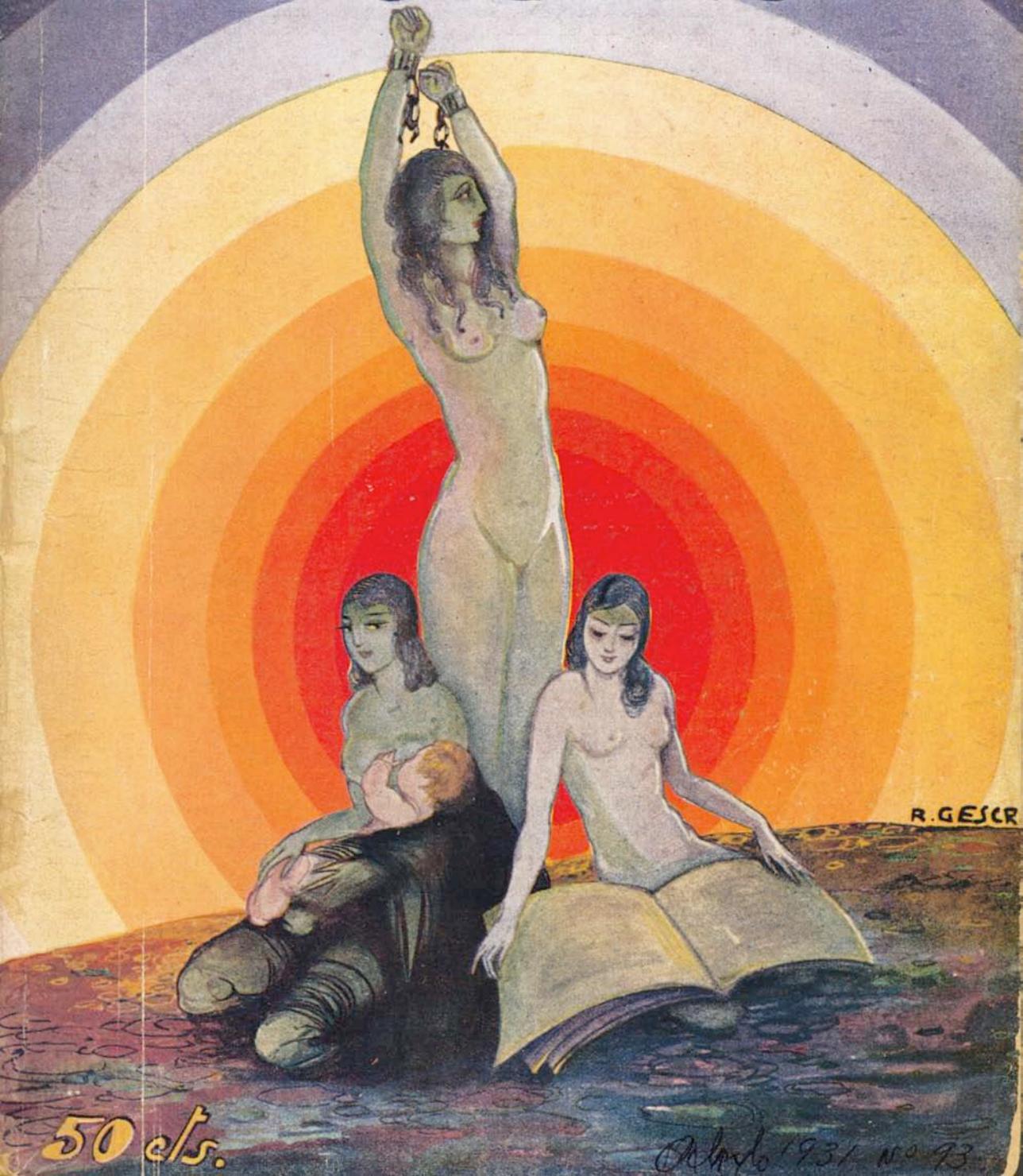


estudios



R. GESCR

50 cts.

Mayo 1931 No 93

¡Ayude usted a ESTUDIOS comprando sus libros!

La Biblioteca ESTUDIOS tiene como especial misión la de ayudar al sostenimiento de esta Revista por medio de la venta de sus libros, cuyo producto se destina íntegro a sufragar el déficit que supone cada número, pues no tiene ni admite otros ingresos que los de la venta de sus ejemplares, y estos ingresos no llegan, ni en mucho, a compensar el coste y demás gastos de su impresión.

Rogamos, por tanto, a los lectores de ESTUDIOS compren y recomienden los libros aquí anunciados, si desean ayudar a ESTUDIOS en su labor educativa.

Esta Biblioteca editará siempre obras de indiscutible valor literario y cultural y de utilidad para la vida privada, selectamente escogidas de entre los autores de reconocido prestigio universal.

Además, los corresponsales y suscriptores directos de ESTUDIOS tienen derecho a los descuentos señalados, pudiendo, por tanto, adquirir excelentes obras en ventajosas condiciones.

Descuentos a corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS

REVISTA.—En paquetes desde 5 ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos de envío. En los envíos para Francia, el descuento va por los gastos de franqueo. Los pagos deberán hacerse cada mes por giro postal, cheque, sellos, etc. (en este último caso certificando la carta).

LIBROS.—En los libros editados por esta Revista, el 30 por 100 de descuento, y el 20 por 100 en las obras encuadradas. En los diccionarios, el 15 por 100.

Gastos de envío, a cargo del comprador.

PARA TODO PEDIDO DE LIBROS ES CONDICION INDISPENSABLE EL PAGO POR ANTICIPADO.—Si no se quiere o no se puede anticipar el importe al hacer el pedido, pueden indicar que se haga el envío a Reembolso, y en este caso se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del comprador en este caso. Los envíos a Reembolso no rigen para el extranjero.

NOTAS.—Los suscriptores de ESTUDIOS deberán tener abonada la suscripción para tener opción al descuento señalado.

LAS SUSCRIPCIONES SE ABONARAN POR AÑOS ANTICIPADOS (12 NUMEROS, COMPRENDIDO EL EXTRAORDINARIO DE 1.º DE AÑO, 6'50 PESETAS PARA ESPAÑA, PORTUGAL Y AMERICA; Y 8 PESETAS PARA LOS DEMAS PAISES).

Las suscripciones pueden empezar en cualquier mes del año.

Toda correspondencia, giros, etc., dirijanse a:

J. JUAN PASTOR
APARTADO 158. - VALENCIA

Obras selectas, especialmente recomendables, editadas por ESTUDIOS

A los corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 30 por 100 de descuento en rústica, y el 20 por 100 en tela.

Generación Consciente. — Por Frank Sutor. — Engendrar hijos cuando no se dispone de medios suficientes para nutrirlos y educarlos debidamente, no sólo es una imprudencia y una vergüenza: es una infamia; es un crimen que sólo la ignorancia y la estupidez humana pueden disculpar. La misión del hombre es dar vida, vida de esplendor y de optimismo, y no vida miserable, de languidez y degeneración física y moral. En el hombre debe imperar la voz de la razón y no la del instinto grosero. Leed este librito y evitaréis el hacer más víctimas inconscientemente. Con varios grabados sobre la fecundación.—Precio, 1'00 pesetas.

Huelga de vientres. — Por Luis Bulffi. — Medios prácticos para evitar las familias numerosas. — De las comparecencias del autor ante los tribunales resultan las resoluciones siguientes, que declaran que estos medios: *No constituyen ofensas a la moral pública*, Juicio por Jurados, 16 de marzo de 1906; *No son pornográficos*, Juicio por Jurados de 7 de junio de 1907; *La publicación de los medios preventivos de la fecundación no produce escándalo público*, Juicio por Jurados del 2 de julio de 1908; *No constituyen delito*, Sentencia del Tribunal de Derecho, fallo absolutorio. Juicio del día 15 de junio de 1912. (Audiencia de Barcelona, Sección de lo Criminal). — Precio, 0'25 pesetas.

Embriología. — Por el Dr. Isaac Puente. — Es un

libro de divulgación y de estudio; es un libro útil, trascendental, importantísimo. Todos debieran conocer estas enseñanzas que el Dr. Puente expone en su valiosa obra como una ofrenda a la cultura del pueblo, dedicándolas a la juventud estudiosa que aspira a un mañana mejor, Recomendad la lectura de este hermoso libro a todos los jóvenes para que se capaciten y se eduquen; a todos los hombres amantes de la educación. — Forma un elegante volumen impreso en papel pluma, con dos láminas explicativas tiradas a dos tintas, y con una preciosa portada de *Sham* a cuatro tintas, 3'50 pesetas; lujosamente encuadrado en tela y oro, 5.

El veneno maldito. — Por el Dr. F. Elosu. — La mejor y más contundente obra escrita contra el alcohol, contra el abominable narcótico de la civilización y el progreso. El dar a conocer este utilísimo librito es hacer un bien a la especie humana es combatir eficazmente al más horrible de los vicios. — Precio, 1 pta.

Los esclavos. — Por Hau Ryner. — Hermoso cuadro dramático filosófico, en que su autor, a quien con merecida justicia se le llama en Francia *el príncipe de los novelistas*, revela sus excepcionales cualidades escénicas. — Precio, 0'50 ptas.

¿Maravilloso el instinto de los insectos? — Interesantísima polémica acerca de las teorías del gran entomólogo J. H. Fabre, en la que intervienen los sabios

franceses Han Ryner, Augusto Forel, Andrés Lorulot, y los doctores Herrera, Proschwowski y Javorki. — Precio, 0'30 pesetas.

La virginidad estancada. — Por Hope Clare. — Una mujer que expone al mundo su corazón, lacerado por la incomprensión y el fanatismo de los hombres; tal es el hermoso librito, pequeño en volumen, pero grande por las verdades que encierra. — Precio, 0'25 pesetas.

Extraordinario de GENERACIÓN CONSCIENTE para 1928. — Precio, 1 peseta.

Extraordinario de ESTUDIOS para 1929 — Son estos almanaques hermosos volúmenes de gran valor cultural y científico. Indispensables en la biblioteca de todo hombre estudioso. — Precio, 1 peseta.

La tragedia de la emancipación femenina. — Por Emma Goldmann. — Se adivina, a través de sus páginas, las bellas cualidades de la compañera ideal, inteligente y sencilla, amorosa y maternal, que adornan a su autora. Su trabajo tiene el doble valor de la sencillez en la expresión y de un elevado y recto criterio, poco común entre los de su sexo. — Precio, 0'20 pesetas.

Eurécica. — Por Luis Huerta. — Mucho y muy bueno se puede aprender de este libro, en el que brilla, entre los temas propios de la finalidad de la obra, el amor al Naturismo, del que prácticamente es don Luis Huerta Naves devoto admirador y ejemplo viviente de su excelencia. — Precio, 2 pesetas.

Libertad sexual de las mujeres. — Por Julio R. Barcos. — No es un libro procaz y obsceno; al contrario, es un alto exponente de la moral racional y lógica que otorga a la mujer el derecho de decidir su corazón de acuerdo con sus propios impulsos. He aquí algunos de los muchos comentarios que ha merecido esta excepcional obra: «La completa franqueza con que J. R. Barcos trata las cuestiones del sexo es el verdadero camino de iluminación para el amor» (S. Ramón y Cajal). — «Julio R. Barcos ha dado forma latente y viva a los sentimientos que palpitan en el fondo de nuestra especie, pero que nadie hasta ahora se había atrevido a decir, porque una de las bellas cualidades del hombre es la hipocresía para consigo mismo. Aun hoy es posible que nos esforcemos por no comprender tan axiomáticas verdades» (Antonio Zozaya). — «Barcos ha dado en esta obra, que me parece la mejor de cuantas se han escrito en lo que va de siglo, el verdadero carácter a la cuestión sexual; el que determina la propia naturaleza» (V. Blasco Ibáñez). Está en prensa actualmente la tercera edición española. — Precio 3'00 ptas.

El A. B. C. de la Puericultura Moderna. — Por el Dr. Marcel Prunier. — El Dr. Marcel Prunier viene a prestar un inmenso beneficio a la humanidad, a la vez que realiza uno de los más hermosos servicios a la especie humana. Cuando se reflexiona sobre las aterradoras cifras de la mortalidad infantil, en gran parte debida a la carencia y al desconocimiento de los cuidados precisos, se comprende cuán útil e indispensable es este libro en todos los hogares. — Precio, 1 peseta.

La Muñeca. — Por F. Caro Crespo. — Drama moderno de enorme pasión e interés, en tres actos. — Es en esta obra en la que se advierten los progresos que su malogrado autor había llegado a adquirir en la técnica teatral y en el valor literario. — Forma un elegante tomo de más de 100 páginas. — Precio, 1'50 pesetas.

Maternología y Puericultura. — Por Margarita Nelken. — De interés y utilidad indiscutible para todas las mujeres es este trabajo, en el que su ilustre autora expone los peligros de la ignorancia en que se mantiene a la joven destinada a ser madre. — Precio, 0'25 ptas.

Amor y Matrimonio. — Por Emma Goldmann. — Este librito es un grito de sinceridad nacido del corazón de una mujer que antepone la honradez y la nobleza de sus sentimientos a toda otra conveniencia hipócrita. La pluma fácil de esta eximia escritora ha sabido desentrañar admirablemente en estas páginas todo lo absurdo y trivial de la educación de la mujer y lo falso de su concepto moral de la vida, mostrando a la vez su alma femenina limpia y pura, su espíritu abnegado y decidido y, sin embargo, tan candoroso y sensible. Es un excelente trabajo que deberían leer todas las mujeres. — Precio, 0'50 pesetas.

Cuentos de Italia. — Por Máximo Gorki. — Los que no han leído este libro del gran escritor ruso, desconocen uno de los aspectos más interesantes de su personalidad artística y social. *Cuentos de Italia* es un bellísimo florilegio de narraciones dramáticas en las que el alma italiana se descubre por entero en todas sus complejidades y matices. La hondura psicológica que es peculiar en los escritores rusos, puesta en estos temas occidentales, maravilla en gran manera. Lo que más admira en este librito singular es la variedad de los asuntos y el hecho de que todos estén tratados con insuperable maestría. Pocos viajeros han dicho cosas tan interesantes y tan justas de ese país tan lleno de materiales para obras literarias. Gorki se ha superado a sí mismo en estos cuentos, que ningún lector atento debe desconocer. — Un volumen en rústica, con portada a tricromía, 2 pesetas.

La transformación social de Rusia. Cómo se forja un mundo nuevo. — Por Máximo Gorki. — Pocos son los escritores que en circunstancias difíciles logren imponerse de un modo tan rápido y absoluto como Máximo Gorki. La obra del glorioso novelista es una de las más interesantes que ha producido la literatura contemporánea. *Cómo se forja un mundo nuevo* es un libro que ha de interesar por lo que nos revela acerca de la revolución rusa y la nueva forma política y social de aquel pueblo, y porque sus páginas están impregnadas del entusiasmo ardoroso que Gorki ha tenido siempre en la libertad económica y moral de la raza humana. Este nuevo libro de Gorki aclara muchas dudas, desvanece equívocos y contribuye a difundir una idea más exacta y justa de lo que es el actual estado de Rusia y de lo que puede ser en el porvenir. Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

Anissia. — Por León Tolstói. — Mucho tiempo después de haber cerrado esta obra se siente vibrar todavía el alma bajo la impresión de la trágica realidad que en ella se ofrece con toda su sangrante y cruel desnudez, que hace imposible leerla sin sentirse profundamente conmovido. Un libro que guardará en sus páginas el corazón del lector, pues ninguna otra novela podría tener tan poderoso atractivo, tanta penetración, tanta realidad. — Precio, 3 ptas.

La Filosofía de Ibsen. — Por Han Ryner. — Este es un magnífico y muy interesante estudio acerca del teatro ibseniano, en el que Han Ryner pone de relieve la transcendencia filosófica y social del mismo. — Precio, 0'25 ptas.

Entre los muertos. — Por Eñias Castelnuovo. — Precio, 2'50 pesetas.

Estudios sobre el amor. — Por José Ingenieros. — *Cómo nace el amor. — El delito de besar. — La reconquista del derecho de amar.* — Es éste un precioso librito en que el genial Ingenieros define como nadie el derecho de amar libre y voluntariamente, sin restricciones ni convencionalismos. La pluma de este gran escritor deleita con la descripción de los sentimientos y los afectos que embargan al corazón humano. — Precio, 0'75 ptas.

Ideología y táctica del proletariado moderno. — Por Rudolf Rocker. — Muerto Kropotkin, el más alto exponente de las ideas libertarias que éste preconizó

durante toda su vida es Rudolf Rocker, ya ventajosamente conocido del lector de lengua española, por los muchos escritos suyos que han circulado por España y América. El volumen *Ideología y táctica del proletariado moderno* es lo más fundamental que se ha escrito en los últimos tiempos acerca de las luchas que el proletariado sostiene y habrá de sostener con sus enemigos de toda especie, que no son pocos. Libro serio, hondo, pensado, denso de doctrina y de ideas, no son éstos sus mayores méritos, con serlo de primera categoría. Su mayor mérito es la claridad y la sencillez, prendas de que no gozan otros libros, interesantes pero abstrusos. Rocker escribe pensando en los obreros, y se esfuerza por que éstos le comprendan acabadamente, lo que logra por entero. El libro, cuidadosamente traducido por Diego Abad de Santillán, ha sido muy bien impreso y muy bien presentado, lo que avalora aún más su mérito. — Precio, 3 pesetas.

La nueva creación de la sociedad por el comunismo náurquo. — Por Pierre Ramus. — «Mi libro rompe el tejido de una pérfida conspiración —dice el exponente más activo en Austria, del anarquismo, Pierre Ramus—. Cuando tuvo lugar en los gloriosos días de octubre-noviembre de 1918 el magnífico derrumbamiento del militarismo austro-húngaro y de su bestialidad, entonces había llegado el momento especial para la realización de la libertad y el bienestar para todos.» He aquí, pues, explicado en pocas palabras el origen y el móvil principal de este libro. Ramus, con una visión clara y amplia de los principios que defiende, que han constituido sus veinte años de lucha incansable y tenaz, plantea en croquis cierto y contundente los estamentos sólidos y lógicos de la sociedad del porvenir para que en las conciencias libertarias se consolide la misión esencial a realizar en momentos oportunos como los que señala, y que pasaron inaprovechados por incapacidad e imprevisión. Este libro lo reputamos de importancia extraordinaria, y recomendar su lectura es hacer labor eficaz y de gran trascendencia. — Precio, 3 pesetas.

El alcohol y el tabaco. — Por León Tolstoi. — Las horribles y funestas consecuencias de estos dos nefastos y absurdos vicios. Este libro debieran leerlo y recomendarlo todos; es tanto como cooperar a disipar las tinieblas que oscurecen la conciencia del mundo. — Precio, 1 peseta.

Ideario. — Por Enrique Malatesta. — De la enorme producción intelectual de Malatesta, dispersa en periódicos, revistas y pequeños opúsculos, casi nadie se da perfecta cuenta. Parece que el gran revolucionario fuese sólo un simple hombre de acción. Lo es, sí, un hombre de acción, y admirable. Pero también es un hombre de pensamiento, y no de menor categoría que como hombre de acción. Este *Ideario* que hemos editado es buena prueba de ello. Hasta los mejores conocedores de Malatesta tendrán sorpresas con él. Se ha puesto en su traducción y ordenación sumo cuidado. Así, vemos desfilan por las páginas, apasionadas y ardorosas, en las que palpita el hombre de acción, todas las opiniones de éste, interesantes y valiosas siempre, sobre todos los problemas de la vida, sobre todas las luchas en que se empeñan los hombres, sobre los conflictos más hondos que se plantean en la conciencia de cada hombre, y más cuando éste siente el deseo de que la humanidad sea, en lo posible, feliz. *Ideario*, sencillamente, es un gran libro. — Un tomo de 224 páginas, 2 pesetas.

La vida trágica de los trabajadores. — Por el doctor Feydoux. — Excelente documentación, henchida de rebeldía contra los males que padecen los obreros, de todas las miserias, dolores, lágrimas y sufrimientos que, como un rosario sin término, soportan los trabajadores. Interesantes detalles de catástrofes y accidentes que podían ser evitados y que no se evitan por la avari-

cia y la inhumanidad de los explotadores. Curiosas revelaciones de cómo en muchas de sus ocupaciones los obreros se envenenan poco a poco. Libro doloroso y verídico que no debe faltar en la biblioteca de ningún trabajador, ni de nadie a quien la suerte de los trabajadores preocupe e interese. — Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 3,50 pesetas.

La Etica, la Revolución y el Estado. — Por Pedro Kropotkin. — La personalidad de este célebre escritor revolucionario es demasiado conocida de los lectores de lengua española; esto nos excusa de hablar aquí de él, aunque nunca sería excesivo lo que se dijera. Sólo llamaremos la atención de los que gustan de las lecturas sociales, sobre la importancia de este volumen, en el que se reúnen, por vez primera en castellano, tres de los estudios más famosos del gran escritor. Analizar cada uno por separado sería tarea dilatada. Vale más que el lector, por sí mismo, se forme un juicio, conociendo estos estudios, esmeradamente traducidos. Las opiniones de este gran hombre sobre la moral, sobre la revolución y sobre el Estado, son de un valor seguro e imponderable. — Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

Los hermanos Karamazow. — Por el novelista ruso Fedor Dostoiewski. — En *Los hermanos Karamazow* es donde la personalidad del formidable moderno escritor Dostoiewski se destaca con más relieve, adquiriendo las gigantescas proporciones de los grandes autores de la antigüedad. La forma poemática en que esta novela está trazada hace que las pasiones que agitan a sus personajes reflejen un fondo de humanidad tan vivo y trascendente, que sólo es posible hallarlo en las más encumbradas concepciones homéricas o shakespearianas. — Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía y más de 350 páginas, tres pesetas.

La vida de un hombre innecesario (la policía secreta del Zar). — Por Máximo Gorki. — Esta es una de las mejores obras que han salido de la pluma de Gorki, tan apta para crear buenas obras. Formidable ariete contra las prácticas policíacas. Libro henchido de humanidad hacia las víctimas de la tiranía. Novela que a través de su argumento de enorme fuerza dramática, nos descubre la vida entera de los hombres que preparan las revoluciones. — Un tomo en rústica, con portada a tricromía, 2 pesetas.

Caminos de perfección. — Por Carlos Brandt. — Valioso libro, el último escrito por este prestigioso autor, a quien tantas y tan bellas páginas debe el Naturismo, de gran alcance ideológico y de honda penetración filosófica. Un libro que apreciarán en mucho todos los amantes del estudio y del naturismo integral. La parte moral del ideal naturista, la ética individual del hombre, libre de prejuicios sectarios, se estudia y se expone con la fina y singular percepción que caracteriza el estilo de este autor. — Precio, 2 pesetas.

Crítica Revolucionaria. — Por Luis Fabbri. — Un admirador de este libertario italiano, que es uno de los más cultos, inteligentes y enterados de nuestro tiempo, ha traducido, de la obra entera del autor, las páginas más vibrantes de crítica que han salido de su pluma, vibrante en toda ocasión y circunstancia. Y esta crítica, acertadamente denominada revolucionaria, no se dirige sólo contra un aspecto de la sociedad actual, sino contra todos en bloque. Ni tampoco es sólo contra la sociedad, sino que también, y hondamente, contra muchos de los que la combaten. Hasta contra sus propios compañeros de ideal, cuando los juzga equivocados, se dirigen estas críticas encendidas en pasión humana limpia y pura. De aquí que sea crítica revolucionaria en el más exacto sentido de la palabra, puesto que lo revoluciona todo,

ideas y opiniones, estados de ánimo y errores, posiciones espirituales y luchas interiores. Por todo el libro corre un viento libre, fuerte, de escritor que arde en la llama que le anima en su lucha por la libertad. — Un tomo cuidadosamente impreso, en rústica, 2 pesetas.

La montaña. — Por Eliseo Reclús. — Grandiosa obra en la que se estudia la naturaleza de las montañas de un modo magistral. Quien no ha leído a Reclús, no sabe las posibilidades de arte que hay en los estudios de esta índole. En *La Montaña*, que con *El Arroyo* es uno de los más bellos libros de este sabio geógrafo, el lector siente el encanto inexplicable de tener en las manos un volumen que le enseña y que le deleita a la vez, con una intensidad pocas veces igualada. Las consecuencias sociales que Reclús expone, de las lecciones de la Naturaleza, tienen un interés extraordinario. Este hombre libre ponía en todo su alma privilegiada. *La Montaña* es prueba evidente de ello. Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

El calvario. — Por Octavio Mirbeau. — Hay muchos críticos notables que juzgan *El Calvario* como la mejor novela de Mirbeau. Que es una de las mejores novelas que se han escrito en los últimos tiempos, es indudable. Los extremos a que puede llevar a un hombre la pasión amorosa, pocas veces han sido mejor analizados, más hondamente desentrañados y expuestos, sin el menor esfuerzo aparente. Hasta el lector menos atento se da cuenta de la enseñanza de que tiene en las manos un libro singular, raro, profundo, interesante hasta lo extraordinario. Las críticas de muchas cosas actuales que Mirbeau intercala en el curso de su novela, son, como suyas, hirientes, luminosas, henchidas de su gran capacidad satírica, famosa mercedamente. El autor de *Los malos pastores* es en toda ocasión uno de los más formidable críticos del orden actual de cosas. — Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

¿Qué hacer? — Por León Tolstói. — *¿Qué hacer?* es la más famosa obra social de Tolstói. Quien no la ha leído desconoce uno de los aspectos más admirables de este gran hombre, gran artista y gran novelista. Un sentimiento de humanidad sin límites circula por las páginas de este libro admirable. Nadie se había planteado, ante las miserias humanas, problemas morales tan importantes. Con ser terrible la pregunta «¿Qué hacer?», que en muchas ocasiones parece que no puede tener respuesta, Tolstói la desentraña y responde con un acento de sinceridad tan claro y tan humano, que conmueve y convence. Es imperdonable que este libro no se haya puesto en manos de todas las gentes para que meditaran, ante él, en el más grave problema que tienen que resolver los hombres de nuestro tiempo. — Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

El imperio e la muerte. — Por Vladimiro Korolenko. — *El imperio de la muerte* es uno de los más grandes libros que se han escrito contra el régimen que antes de 1914 imperaba en Rusia. Leyendo esta obra inmortal, se tienen los antecedentes más verdícos de lo que en Rusia ha sucedido. Se explica entonces el lector las cosas más oscuras. Este libro, además, es un rosario de dolores que emociona hasta lo más profundo. Korolenko, que era un hombre bueno como había pocos, pone en las páginas de esta obra toda su bondad infinita, con un fervor y un color de humanidad tan densos y avasalladores, que no es posible dejar de leerle, no ya con interés y entusiasmo, sino con verdadera admiración emocionada. — Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

La que supo vivir su amor. — Por Higinio Noja Ruiz. — Novela altamente sugestiva e interesante, de asunto hondamente simpático y de intensa emoción. La heroína de esta novela, mujer perfecta física y moralmente, libre de pre-

juicios, sirve a su autor para plantar una tesis racional y lógica en pugna con la moral corriente (de profunda inmoralidad) que sirve de base a la compra-venta en muchos matrimonios actuales. Es un canto de dignificación para la mujer íntegra que ofrece su amor siguiendo los dictados de su corazón, enalteciendo la maternidad consciente. — Precio, 4 pesetas.

El subjetivismo. — Por Han Ryner. — Es este un librito de alto valor filosófico por las elevadas concepciones en él expuestas; pero al mismo tiempo, y ello es una cualidad de este genial pensador, su lectura es por demás sugestiva y amena. Su lógica racional, al tratar de la individualidad humana, conquista al lector y le conforta iniciándole a la busca de la verdad que se desprende de sus apreciaciones deductivas, razonadas, serenamente expuestas. Se ve el espíritu inquieto e investigador, profundamente analítico de su prestigioso autor, cada vez más admirado. — Precio, 1 peseta.

La educación sexual. — Por Jean Marestan. — En poco tiempo se han agotado de esta obra diez numerosas ediciones. Es un libro que se ha hecho indispensable en todo hogar, pues en él se hallan descritos en forma sencilla y clara provechosos conocimientos sobre Anatomía, Fisiología e Higiene de los órganos genitales; preservación y curación de las enfermedades venéreas; medios científicos y prácticos de evitar el embarazo; razones morales y sociales del neo-malthusianismo el amor libre y la libre maternidad; la procreación consciente y limitada. — Precio, 3,50 pesetas.

Historia del movimiento machnovista. — Por Pedro Archinof. — Precio, 3,50 pesetas.

Kyra Kyralina. — Por Panait Istrati. — Las obras de Panait Istrati han sido una revelación para el mundo literario. *Kyra Kyralina* sorprendió por su originalidad y su sabor oriental a todos los más encumbrados novelistas de fama mundial, que no titubearon, como el maestro de novelistas Blasco Ibáñez, en decir de él que era un «bombero inspirado y genial, de la misma familia que Gorki y Jack London». — Precio, 3 pesetas.

Mi tío Anghel. — Por Panait Istrati. — «Conozco tres o cuatro de sus novelas —decía el insigne Romain Rolland de Istrati— y puedo afirmar que son dignas de los maestros rusos.» Estas tres o cuatro novelas a que aludía el gran escritor francés no eran otras que *Kyra Kyralina*, *Mi tío Anghel*, *Los Aiducs*, *Nerránsula* y alguna otra no traducida aún al español, y que apenas aparecidas dieron fama universal a su autor. En efecto; esta obra confirmó a su autor como a uno de los mejores escritores de nuestro siglo, que ya se vislumbró con la aparición de su primera obra. — Precio, 3 pesetas.

Los Aiducs. — Por Panait Istrati. — Esta obra, como las dos anteriores, transportan al autor a un mundo de emocionantes y sugestivas aventuras. El oriente europeo, con sus misteriosas costumbres y sus hombres de rebeldía indómita, atraen al lector desde las primeras páginas. — Precio, 3 pesetas.

(En breve aparecerán de este mismo autor *Mis andanzas* y *Los cardos del Baragón*.)

Domnitza de Snagov. — Por Panait Istrati. — En esta obra continúa Istrati las emocionantes narraciones de Adrien Zografli. «Estoy contento de morir, de no saber nada de este mundo. Horrible rebaño que pega o se deja pegar, pero que no conoce nada mejor que estas dos ignominias.» — Precio, 3 pesetas.

La maternidad consciente. — *Papel de la mujer en el mejoramiento de la raza.* Por Manuel Devaldés. — El mundo científico dedica cada día mayor atención a los problemas de orden sexual y biológico. Problemas altamente interesantísimos, trascendentales, que ganan la simpatía de toda persona culta, pues que en ellos se ventila la superación mental y física de la especie humana por medio de la maternidad consciente y limitada.

Educar a la mujer en los conocimientos necesarios para cumplir racionalmente y por su voluntad la más importante misión de la vida, es fomentar y decidir el porvenir y la felicidad en las generaciones futuras; es atacar y esterilizar en su origen las miserias sociales, por donde sangra el mundo con todas sus purulencias de prostitución y pauperismo.

La obra de Manuel Devaldés, consagrada a tan impor-

tante labor cugénica, merece ser leída y divulgada por todos; vibra en sus páginas la lógica del razonamiento incontrovertible, la exposición juiciosa, serena, basada en una moral muy humana y muy digna. — Precio, 2 pesetas.

El Arroyo.— Por Eliseo Reclús. — Hacía ya bastante tiempo que se había agotado ese primeroso libro del sabio geógrafo y libertario insigne. Los que lo habían leído lamentaban no poderlo encontrar de nuevo para leerlo una y otra vez, y darlo luego a leer a sus amigos más íntimos. Cosa perfectamente explicable. El placer que se tiene leyendo *El Arroyo* no tiene nada de egoísta. Más bien, al contrario, ese mismo placer enseña a no ser egoísta. Así, después de haber sentido el intenso gozo interior de dicha lectura, se siente el deseo de que participen del mismo placer las personas que nos son más allegadas. Y no sólo es un poema maravilloso este libro célebre con sobrada justicia, sino también un arsenal de donde extraer sin fin argumentos de orden social. Compañero de «La Montaña» en belleza, también lo es en el caudal inagotable de ideas que encierra. Quien no ha leído *El Arroyo* desconoce uno de los libros más bellos que han salido de fuente humana, como asimismo de los más saludables de ímpetu y de serenidad para las contiendas sociales. — Un volumen de más de 200 páginas, en rústica, 2 pesetas.

La educación sexual y la diferenciación sexual.— Por el doctor Gregorio Marañón. — Sensacional estudio que descubre la magnitud de uno de los más trascendentales problemas de orden biológico. El merecido prestigio científico de su autor es garantía de la utilidad y el valor indiscutible de este libro. — Segunda edición, 0,50 pesetas.

Medicina natural. — Por el Dr. Adr. Vander. — Nuevo sistema de curación natural. Gran enciclopedia práctica para el tratamiento de las enfermedades al alcance de todos. Con 600 ilustraciones originales intercaladas en el texto y varias láminas en color. Séptima edición. Un volumen de 685 páginas en rico papel satinado. Lujosamente encuadrado en tela y oro. — Precio, 25 pesetas.

El Abogado del Obrero. — Por José Sánchez Rosa. Verdadera enciclopedia de leyes referentes a la clase obrera. Novena edición, notablemente reformada, corregida y aumentada con las nuevas disposiciones y decretos vigentes. Contiene formularios para toda clase de trámites legales que facilitan, en forma clara y sencilla, el ejercicio de los derechos del obrero ante el patrono y las autoridades. Leyes de Reunión, Asociación, Registro civil, Imprenta, Registros domiciliarios, Orden público, Contrato de Trabajo, Accidentes de Trabajo, Huelgas y Coligaciones, Ley contra la usura, Constitución del Estado, Sobre la Jornada de ocho horas, Inquilinato, Retiro obrero, Organización Corporativa, Comités Paritarios, etc., etc. — Precio, 3,50 pesetas.

La Gramática del Obrero. — Por José Sánchez Rosa. — Con más de 300 demostraciones prácticas con las que, muy fácilmente, se aprende a pronunciar las letras, cómo se forman los diptongos y triptongos, las sílabas; a conocer las nueve partes de la oración, la ortografía de cada letra, el oportuno empleo de las mayúsculas, la acertada colocación de los acentos, la coma, punto y coma, los dos puntos, el punto final, los signos de interrogación y admiración, puntos suspensivos, entreparéntesis, diéresis, comillas, guión corto y largo; en una palabra: escribir con toda corrección y ortografía. — Precio, 2 pesetas.

La Aritmética del Obrero. — Por José Sánchez Rosa. — Decimatercera edición. Con más de 200 demostraciones prácticas y sencillas al alcance de todos y relación detallada de todas las equivalencias y modo de resolverlas para los efectos de la reducción. — Precio, 1,50 pesetas.

La Tisis. (Cómo se evita y cómo se cura). Por el doctor Biancay. — Precio, 2 pesetas.

El estómago y la salud. (Cómo se cura sin médico). Por el doctor Biancay. — Precio, 3 pesetas.

Ideario.— Por Ricardo Mella. — Este libro de Mella no es sólo recomendable a los libertarios. Todas las personas que se preocupen de los problemas más agudos en que la humanidad se debate, deben leerlo. Encontrarán en él esfuerzos admirables por hallar una salida para esos problemas. Esfuerzos trabajados, ponderados, apasionados. Nunca superficiales. En todo momento, una seriedad filosófica preside su labor. El tono literario es, también constantemente, digno, de expresión feliz y certera. Unos granos de escepticismo, atravesados hasta en las páginas más optimistas realzan en gran manera el valor de la obra total. La actitud de plena seguridad revelaría ignorancia. No cae nunca Mella en este malikón sin salida. Afirmaciones de hombre de acción, sí, pero con una rota, escondida muchas veces, en la que el pensamiento pone freno a la actitud

demasiado segura. No son fáciles de recorrer los caminos de grandes propósitos. Si alguna vez, de un salto, se coloca en el final, luego medita las dificultades de este salto, sólo factible con el pensamiento. Doblemente sugeridores, por esto, sus trabajos. Dan la lección completa. Afirmativos nada más, no darían ninguna lección valerosa. Y la lección está preñada de simpatía, que es cómo las lecciones dan fruto.

Ideario es el primer volumen de las obras completas del autor. Si el propósito de los editores se cumple, Mella será, por fin, conocido realmente y como se merece.

El libro está editado con gusto y con un criterio de selección digno de elogio. No se habían visto muchos libros, en España, editados por libertarios, como *Ideario*. Ricardo Mella era acreedor a este homenaje, el más íntimo de todos y el más acorde con su vida y su pensamiento. — Precio, 5 pesetas.

El mundo agonizante. — Por Campio Carpio. — Es éste un libro duro como el acero, recio como el roble y rebelde como el cardo; grito de alerta ante el peligro de muerte que amenaza al mundo en este momento de tristeza, de desolación y tedio; ofrenda de un corazón libre, sin más intereses creados que los contrarios consigo mismo y con la humanidad doliente, a un ideal de paz, de libertad y de justicia. — Precio, 3 pesetas.

También Am'rica! — Por Campio Carpio. — Este libro es el reflejo de una lucha a vida o muerte entre la violencia y la libertad; grito de guerra contra las bárbaras tiranías, que por medio del terror conmueven al mundo en este momento de cobardías y claudicaciones; anatema contra los enemigos de la libertad. — Precio, 4 pesetas.

Lo que todos deberían saber. — (*La iniciación sexual*). Por el doctor G. M. Bessède. — Resumen de conocimientos indispensables a los padres para la educación metódica y racional de los hijos en los problemas sexuales. Esta educación no puede delegarse, como se hace en la instrucción escolar, a preceptores y maestros; deben ser los padres, que inician a sus hijos gradualmente desde la infancia, antes de que la naturaleza o amistades inconvenientes, muchas veces perjudiciales, revelen justamente en la época de la pubertad, lo que los padres han esquivado siempre explicarles; con la verdad y con método racional y apropiado se evitan los peligros del vicio y las aberraciones sexuales que produce la ignorancia. — Precio, 2 pesetas; en tela, 3,50.

Lo que debe saber toda joven. — Por la doctora Mary Wood. — El sistema del silencio empleado hasta ahora en la educación de las jóvenes respecto a los secretos de la generación, ha dado y sigue dando nefastas consecuencias de que son víctimas propicias esas pobres jóvenes inexpertas, que abastecen los hospitales y los antros de prostitución. La doctora Mary Wood expone el método racional y lógico que a las jóvenes destinadas a ser madres debe dárseles, explicándoles con la verdad y con una educación racional y científica, lo que más tarde ha de revelarles la vida. Crear una conciencia sexual en la juventud es prevenir y evitar las fatales consecuencias de la depravación y el vicio. — Precio, 1,50 pesetas; en cartóné, 2,50.

La Religión al alcance de todos. — Por R. H. de Ibarreta. — Es tan conocida esta obra que ya el infatigable luchador José Nakens calificó de «el mejor libro para iluminar las conciencias con la luz de la verdad», que el comentario se hace innecesario. En él se halla un manantial inagotable de verdades, de razonamientos plétóricos de lógica, que son el mejor medio para destruir el oscurantismo. Se calcula que de esta obra van vendidos más de dos millones de ejemplares en todo el mundo. Tal es el mejor elogio que puede hacerse de este libro inmortal. — Precio, 2 pesetas; en tela, 3,50.

Las ruinas de Palmira y la ley natural. — Por El Conde de Volney. — La obra del Conde de Volney, célebre por la alta filosofía y la descripción histórica de las leyes morales, es sin duda alguna la obra que sirve de inspiración, y lo continuará siendo por mucho tiempo, a todas las modernas teorías y métodos filosóficos. Fuente inagotable de conocimientos en las leyes de evolución y de moral de los pueblos, este libro es indispensable para la formación de toda cultura. — Precio, 2 pesetas; en tela, 3,50.

Higiene de la vida sexual. — Por el doctor Max Gruber. — Una obra de valor incalculable, de utilidad indiscutible, es el libro de Max Gruber. De las muchas obras conocidas acerca de la vida sexual, pocas podrán igualarse en claridad y sencillez, a la vez que en exposición metódica y ordenada de los conocimientos necesarios, cualidad ésta que la coloca entre las mejores obras de este género, pues en sus páginas aprende con facilidad el más neófito en estas cuestiones del sexo. «No debe permitirse — dice el doctor Gruber, al final de esta obra — que el número de

AÑO IX *MAYO*
ABRIL DE 1931
NUMERO *92 93*

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
APARTADO 158
VALENCIA



REVISTA ECLÉCTICA

PUBLICACIÓN MENSUAL

La Monarquía, regentada por un rey perverso, cuyos veintinueve años de reinado son otros tantos de decadencia y de oprobio, de intrigas y de crueldades sangrientas, cayó, al fin, envuelta en su propia podredumbre.

Un sangriento borrón marcará en la historia el paso de una casta aborrecida.

El último Borbón, traficante y malvado, perjuro y desleal siempre, traidor hasta en su fementida abdicación, selló su ignominioso reinado con su última traición.

Al doblar para siempre esta página sangrienta que las futuras generaciones recordarán con asco y con desprecio, saludamos a la nueva España, que nace con magníficas posibilidades, con dilatados horizontes de hermosas perspectivas para la total emancipación del hombre.

Del vigor ideológico y moral de la juventud, creado sólidamente por la meditación y el estudio, por sus loables anhelos de una cultura superior y una mayor capacitación cívica; de la nueva generación caracterizada por el Libro y la Acción, que se apresta a liquidar un pasado afrentoso y denigrante, esperamos que pronto han de tomar cuerpo en los cerebros y en los corazones los sublimes principios de Fraternidad y de Igualdad que han de culminar en la realidad de una inmensa comunidad de hombres libres.

Maternidad y sexualismo

No puedo menos de agradecer a Antonia Maymón la dedicatoria de su artículo, aparecido con este mismo título, en el número 92 de ESTUDIOS, declinando el elogio de suponerme unos conocimientos de que carezco. Pero acepto la sugestión del tema, sin ánimos de teorizar, para exponer lisamente mi opinión y mi sentir.

He empezado por leer el artículo de Paul Frankeur, «Essai sur l'inceste», que en lugar de un ensayo es una apología del derecho de la madre a encontrar el amante en su propio hijo; a mezclar en un mismo sentimiento, el maternal y el sexual. Lo justifica en los sufrimientos de la madre para traerlo al mundo, que hacen del hijo una propiedad suya, y le dan derecho a exigirle una parte de gozo, además del cerebral. Su otra razón es el «complejo de Edipo», descrito y analizado por Freud, y en virtud del cual, hay una atracción afectiva del hijo hacia la madre y de la hija hacia el padre, en la que el psicoanálisis ha encontrado un fondo sexual. Hay, además, en el artículo, otra razón poetizada, en la que trata de hacer resaltar las excelsitudes de ambos sentimientos reunidos.

Por mi parte, no me voy a situar ante el escabroso tema, con las antiparras del moralista, libre como estoy de ese y otros perjuicios. Reconozco el derecho de cada uno a hacer lo que quiera de su cuerpo y de su vida, siempre que respete el cuerpo y la vida de otro. Reconozco, también, el derecho de P. Frankeur, a hacer la apología de un acto que considera merecedor de elogio, y si temo por las consecuencias que pueda tener, es sólo en la medida que son sugestionables los débiles mentales, incapaces de pensar por cuenta propia.

La repulsión hacia el incesto, que no existe en los animales, debe ser algo más que fruto de nuestra moral y de nuestras convenciones sociales. Esta repulsión no debieron sentirla nuestros ascendientes, hasta un cierto nivel de civilización. De ello puede ser una prueba, el que la cosmogonía bíblica —en la que se inspiran las religiones—, acepten el incesto como obligado en el origen del hombre. Según esta leyenda, los hijos de Adán y Eva, hubieron de copular entre sí con sus padres, ya que en el Paraíso no existían otros hombres.

Desde el punto de vista de la moral cien-

tífica, no hay que oponer ningún reparo al incesto. No obstante, para nuestra mentalidad, por desprejuiciada que la tengamos, nos sigue pareciendo un acto repelente, monstruoso. La explicación que yo encuentro es ésta:

Aceptando que existe un paralelismo entre nuestra evolución ontogénica (evolución del individuo), y la filogénica (evolución de la especie), tenemos que reconocer como origen de los afectos, al *placer*. Y siendo la sexualidad la fuente más intensa y perenne de este placer, es lógico pensar que la sexualidad ha constituido en una cierta época —tanto del niño como de la especie humana— el fundamento de todos los afectos y sentimientos. Como el animal, el hombre primitivo no distinguía las diversas categorías del amor que siente hoy el hombre civilizado. Sólo poco a poco ha ido haciéndose esta diferenciación, fruto de la depuración y sublimación de los instintos, impuestas por la educación y por el culto que hacemos de la Bondad y la Belleza. El hombre adulto, como el hombre civilizado, se encuentra, merced a esta depuración evolutiva, con sentimientos perfectamente definidos y separados, que sólo puede mezclar en un momento de ofuscación pasional. Así, el amor maternal o filial, aunque en el inconsciente se nos enrede con instintos sexuales, lo vamos sintiendo a medida que crecemos como algo desligado por completo del sexo.

Habría que renegar de todo nuestro progreso afectivo, para querer volver a amalgamarlos en el instinto primigenio. Está, por lo tanto, justificada, no por prejuicios, sino por quilates mentales y sentimentales, la repulsión que sentimos hacia el incesto. El amor maternal no sería lo que es, si no se hubiera independizado de la sexualidad. Doy plena razón, por mi parte, a las protestas de la camarada Maymón.

Creo que no necesitan refutación las razones aducidas por P. Frankeur. El sentimiento maternal es desinteresado, en toda la amplitud que lo puede ser un sentimiento humano. Y el deber educador de la madre la obliga a no despertar —acuciándola— la sexualidad del hijo, sino a enseñarle a librarse de los escollos, mediante la atención vigilante puesta en las etapas de su despertar. Admitido el incesto de la madre al hijo, habría

que admitir también el del padre con la hija, que pondría en un apuro a P. Frankeur para poetizarlo.

La naturaleza tiene ya puesto un obstáculo al incesto, en la tendencia a mirar hacia delante de cada generación. Los hijos no miran hacia atrás, sino que tienden a polarizarse hacia delante, hacia nuevas generaciones. Esta es la justificación de que tiendan a dejar el nido en cuanto saben volar solos, de que resulten malogradas tantas espe-

ranzas como suelen poner los padres en la ayuda de sus hijos.

Sin ver en él un pecado ni un ataque a nuestras convenciones morales, me pronuncio —en nombre de mi razón y de mis sentimientos— contra el incesto. Y en oposición a Frankeur, creo que es la madre —en nombre de su sentimiento maternal— la que en vez de atraer al hijo, debe apartarlo, sexualmente, de sí, dejando que busque en otras lo que ella como mujer no podría darle.

I. PUENTE

Los derechos divinos del señor Borbón

El ex rey Alfonso alude a sus «derechos divinos» en su nota publicada después de su vergonzosa huida de España; derechos que, como advierte muy acertadamente «Helíofilo», necesitan ser impuestos por las armas, a pesar de ser divinos.

Pero no solamente son divinos esos sus pretendidos derechos; y es seguro que al negociante coronado que ha padecido España no le dolería tanto haber perdido esos derechos si, además de «divinos», no fuesen «contantes» y «sonantes».

La Casa Real, madriguera de parásitos coronados, percibía 25.800 pesetas cada día. Es decir, que las sanguijuelas borbónicas chupaban de la sangre y el sudor del pueblo a razón de 1.075 pesetas ¡¡ por hora !!

Este indecente y escandaloso saqueo, en la época en que Primo, previamente de acuerdo con el ex rey asaltó el Poder, se repartía de la siguiente forma, entre el señor Borbón y sus desvincijados descendientes:

	<i>Pesetas</i>
A Alfonso Borbón	7.000.000
Al príncipe de Asturias	500.000
A la reina consorte	450.000
A la reina madre	250.000
A la infanta Isabel	250.000
Seis infantes, a 150.000, cada uno.	900.000
Infante don Gonzalo	65.416
<i>Total</i>	9.415.416

Resulta, pues, que los «derechos» que tanto le duelen por lo visto al ex rey consisten en la friolera de NUEVE MILLONES, CUATROCIENTAS QUINCE MIL, CUATROCIENTAS DIECISEIS PESETAS ORO. Pero esto era, como decimos, en la época anterior al 13 de septiembre de 1923. Después del asalto, la escandalosa consignación fué au-

mentada a DOCE MILLONES DE PESETAS ORO.

No están incluidos aquí los enormes gastos de servidumbre, que constituyen una verdadera legión de criados y servidores, algunos con sueldos exorbitantes, y que, como es natural, no iba a pagar el pobre señor Borbón de su bolsillo, así como los demás servicios inherentes a la Casa Real, Guardia de Honor, etc., etc., que iban a costa del presupuesto, o sea del sudor de los obreros españoles.

Ateniéndonos, pues, únicamente a los sueldos señalados, resulta que la familia del señor Borbón percibía lo que puedan consumir 7.532 familias obreras de cinco personas cada una, suponiendo que el padre y la madre cabezas de cada una de estas 7.532 familias perciban siete pesetas diarias, tanto el padre como la madre, cosa ciertamente difícil en España. Doce bocas borbónicas comían o derrochaban, pues, por 37.660 de sus súbditos.

Solamente el ex rey Alfonso cobraba por 5.600 familias españolas de cinco miembros cada una.

Con esa suma se puede cultivar toda una región, hacer canales de riego, puentes, etc.

Y el ex rey, felón y traidor hasta en sus últimos momentos de reinado, no se contentaba con los doce millones de pesetas, y aún conspiraba contra sus propios súbditos traficando desvergonzadamente con varias empresas y monopolios en perjuicio de la economía y el tesoro de la nación que tan largamente le pagaba a él y a los suyos; largueza que le ha permitido reunir una fortuna fabulosa como pocas veces se ha conocido en reyes destronados.

Verdaderamente, sus derechos «divinos», pero «contantes» y «sonantes», debe echarlos muy de menos.

Psicología del dolor

Tanto el dolor físico, como el dolor moral, depende de dos factores: de la intensidad de la causa que lo provoca, y del grado de sensibilidad, variable de unos individuos a otros. El dolor físico se produce por la irritación de los nervios sensitivos. Las partes del cuerpo y los órganos más accesibles al dolor son aquellos que poseen una mayor inervación sensitiva, es decir, más abundantes ramificaciones y terminaciones nerviosas. La irritación de estos nervios, puede ser de naturaleza fisiológica, física o química. Así, entre las físicas, la compresión es una de las más frecuentes causas de dolor, siendo el mecanismo de producción de los dolores inflamatorios. Y entre las fisiológicas, la satisfacción de necesidades corporales (hambre, sed, sueño, etc.).

La patología humana registra toda la gama de dolores, desde ligero dolor de cabeza, hasta el violentísimo e insufrible de la perforación de estómago. Desde el fugaz de un cólico, hasta el persistente e incurable de algunos cánceres. Dentro de cada una de estas clases de dolor, las diferencias individuales son acentuadísimas. El dolor de muelas, tan frecuente, y el del parto, mucho más uniforme, pueden servir de ejemplos. En el parto, se tiene ocasión de comprobar la gran variedad de sensibilidades para el dolor, desde la mujer que se limita a contraer el rostro, sin exhalar la menor queja, hasta la que atruena con sus gritos toda la casa.

Aunque hay que admitir que la causa productora del dolor, obra con diferente intensidad de unos casos a otros, las diferencias apreciadas, deben imputarse a la distinta sensibilidad de los individuos para aguantar el dolor. Y esta cualidad radica, no en el sistema nervioso, es decir, en lo orgánico, sino en lo psíquico. En efecto, lo que nos hace sufrir no es la percepción de la sensación dolorosa, sino su representación mental, el sentimiento que de él nos formamos, hecho de temor, de duda ante su duración y naturaleza y de intranquilidad. Por esto, los individuos responden al dolor, según su constitución psíquica, y más particularmente según su emotividad.

Todos sabemos que el miedo al dolor supe-
ra al dolor mismo.; De aquí que para algunos sea más torturante el pensar que les

van a hacer sufrir en la extracción de una muela o en la abertura de un absceso, que el dolor que verdaderamente llegan a sentir.

La idea que se tiene del dolor es también prueba de lo importante de la representación mental. Siempre se compara con cosas de las que sólo podemos tener idea imaginativa. Dolor de desgarrar, de cuchillada, de punzada.

Por la preponderancia del factor imaginativo, es por lo que nos llega a parecer más insoportable un dolor relatado del que tenemos la delicada y varia información que nos da el artista, que el dolor real. Por las descripciones que hemos leído, nos parece horrible el sufrimiento de un ajusticiado, o las torturas de un prisionero; a juzgar por nuestra idea imaginativa, tiene que ser angustioso ser víctima de un accidente, o morir atravesado por las balas; sin embargo, en la práctica, comprobamos que tales desgracias se soportan con una sorprendente inconsciencia, y que los grandes traumatismos, la rotura o el arrancamiento brusco de un miembro no producen ningún dolor. Otro tanto pasa con el momento de la muerte, del cual los novelistas nos han dado descripciones tan espeluznantes. Los que tenemos costumbre de presenciarlo, sabemos que, salvo en casos febriles o delirantes, en los que la enfermedad les presta relieve escenográfico, la mayor parte de los casos de muerte acaben en una tal calma e inconsciencia del sujeto, que incluso suele permanecer extraño a las explosiones de dolor de los familiares, que son quienes comunican a la escena su patetismo.

Así vemos que el distinto grado de sensibilidad para el dolor, que notamos de unos individuos a otros, es fruto, a su vez, de otros dos factores: de la emotividad (cualidad del carácter que nos hace reaccionar ante el mundo exterior, dentro de estos cuatro tipos: indiferente, sensible, impresionable e impasible), y de la riqueza imaginativa. El primero es cualidad nativa, el segundo cultivable y modificable por educación. La literatura, con su maravillosa floración de descripciones del dolor, es la que contribuye principalmente al acrecentamiento de la riqueza imaginativa.

Pero aún podemos señalar otro factor,

cuando nos fijamos en la percepción del dolor moral. Este factor es intelectual, siendo por ello como un matiz de distinción, ya que no son capaces de apreciarlo los incultos. Esta suerte de dolores morales, susceptibles de ser sublimados en la creación artística, son el más decisivo acicate de la inteligencia. Ante los dolores físicos hay una diferencia de percepción de grado, de cantidad, pero frente a los dolores morales, la distinción es, además, de cualidad. Así, el dolor de amar, el dolor de humillación, el dolor de ver triunfante la injusticia y la ignominia, el dolor de ver sufrir a la Humanidad toda, no son de apreciación universal. Exigen, además de sensibilidad, cultivo de los sentimientos, idea elevada del Bien y de la Justicia. No importa la medida con que la adversidad nos expone a ellos, ya que hay individuos que viven en plena abyección sin notarlo, y, al contrario, seres privilegiados de la suerte que sienten como en su carne el dolor de la ajena. La representación imaginativa o intelectual sigue siendo lo decisivo en tal apreciación. Consideramos como una verdadera tortura: el relato de la vida de presidio; la eterna privación de la miseria, llena de provocaciones; el infierno de la explotación industrial; y, en la realidad, no se debe percibir así, puesto que hay innumerables gentes que toleran, mansamente, tales cosas a perpetuidad. De aquí que gentes que lloran y se enternecen en el teatro o en la lectura de una novela, ante un caso de estos sufrimientos, suelen pasar impasibles ante las mismas narices de la realidad.

Es oportuno poner aquí de relieve, la misión de literatos y escritores en la lenta evolución humana. Hacen nacer en los individuos la sensibilidad intelectual e imaginativa para el dolor moral, que antes les era desconocido o indiferente. Despiertan la conciencia dormida del que sufre sordo a las voces de la realidad que, sin el embellecimiento de la literatura carecería para muchos de sentido. Todo el movimiento de emancipación proletaria, descansa en el cultivo de esta sensibilidad para el dolor moral, en el empeño por percibir todos los matices de este dolor universalmente extendido, pero del cual, sólo tienen conciencia un número restringido de individuos.

Lo que hasta aquí hemos dicho del dolor, podríamos repetirlo respecto del placer, dos

sensaciones humanas, que aunque opuestas y antitéticas en nuestro concepto, no son más que variantes de un mismo proceso, matices diversos de un mismo mecanismo psicofisiológico. Es tan acusado el parentesco del placer y el dolor, que a veces los sentimos entremezclados, indistintos, sin que nos sea dable notar su diferenciación.

Para que el dolor como el placer sean fecundos tienen que darse en naturalezas sensibles, en personalidades cultivadas para su más fina y depurada percepción. Artista genial, es el que acierta a plasmarlos de forma que sean perceptibles hasta para los más obtusos. Artista es, también, el idealista que ofrece la ejecutoria de su conducta, el ejemplo de su vida, para hacer perceptible a muchos la existencia de este mundo de afanes.

Del cultivo y contraste de estas dos opuestas sensaciones, depende el que una vida tenga más relieve y resonancia que la simple existencia vegetativa. ¿Qué contestarles a los ciegos y sordos, que nos aconsejan no salir del dédalo de su galería de topos? ¿Qué sabe del placer, ni del dolor de amar el que nunca cultivó en su huerto esta flor del sentimiento?

UN MEDICO RURAL

EL HOMBRE

«Homo sibi deus», ha dicho un filósofo alemán: el hombre es para sí su realidad, su derecho su mundo, su fin, su dios, su todo. Es la idea eterna, que se encarna y adquiere la conciencia de sí misma; es el ser de los seres, es ley legislador, monarca y súbdito. ¿Busca un punto de partida para la ciencia? Lo halla en la reflexión y en la abstracción de su entidad pensante. ¿Busca un principio de moralidad? Lo halla en su razón, que aspira a determinar sus actos. ¿Busca el universo? Lo halla en sus ideas. ¿Busca la divinidad? La halla consigo.

Un ser que lo reúne todo en sí, es indudablemente soberano.

El hombre, pues, todos los hombres, son ingobernables. Todo poder es un absurdo. Todo hombre que extiende la mano sobre otro hombre es un tirano. Es más: es un sacrílego.

FRANCISCO PI Y MARGALL

Sobre el progreso

Hace pocos días sostuve una larga conversación con un viejo amigo muy estudioso. En síntesis, he aquí lo que me dijo :

«No hace muchas noches asistí a una representación de *Casa de Muñecas*, la magnífica obra de Ibsen. Siempre que la veo anunciada en los carteles voy al teatro. Oyendo a la protagonista declamar contra las leyes que hicieron los hombres, las cuales le prohíben realizar actos nobilísimos, por ella ya realizados; escuchándola cuando explica a su marido su decisión de marcharse del hogar, porque ya nunca han de comprenderse; analizando las causas de índole moral que les separan, que la empujan a ella a huir, porque su sensibilidad, su ilusión y su concepción humanísima de lo que debe ser el matrimonio han sufrido un rudo golpe; observando la grandeza augusta que insólitamente aparece en aquel pequeño cuerpo de mujer que hasta entonces fué considerado por todos como un juguete, se saborea una de las más puras emociones que el teatro puede ofrecer.

Casa de Muñecas será durante mucho tiempo aún un drama de actualidad. El marido de Nora es el prototipo del burgués corriente: vulgar, de una moral que se cimienta en las apariencias, en el temor del qué dirán; hombre de pequeñas pasiones, incapaz de un gesto altivo, cerrado a las corrientes del pensamiento, sin nobleza para llegar al sacrificio de un concepto de moral aparente, de aquellos en que él cree, en holocausto a otra moral verdadera: la de Nora.

Por eso Nora, al finalizar la obra, se aleja de él, abandona el hogar, se va a la ventura, sin saber a dónde, pero decidida: ha comprendido, al derrumbarse el edificio de sus esperanzas, que ha pasado parte de su vida al lado de un extraño.

Pensando después en la obra de Ibsen he experimentado una gran tristeza. Me angustia pensar que de Ibsen acá se haya progresado tan poco en el orden moral. Estamos aún, poco más o menos, en la misma situación que cuando el autor noruego escribió su genial drama, esa tragedia moral en que se debate una mujer superior a su época.

La Humanidad camina rápidamente hacia una superación incalculable de los progresos materiales. Cada día nos asombra un nuevo descubrimiento que viene a revolucionar la industria, la agricultura, la química, la física. Se trabaja activamente en todos esos órdenes, y el día que los hombres se decidan a poner fin a la absurda desigualdad social que los separa, encontrarán muy hacedera una convivencia mejor, gracias a esos progresos, que podrán aplicarse en beneficio de la comunidad entera. Indiscutiblemente, el valor de esos adelantos es tanto mayor cuando se piensa en la finalidad humana a que en el porvenir serán destinados. Cada descubrimiento de hoy es una conquista para el mañana libre. Actualmente, esos progresos son destinados, en general, a la destrucción; sirven para fines inhumanos, en la guerra, y para aumentar la miseria de los que trabajan, aplicados a la industria, en tiempo de paz. Mas no importa. Son, indudablemente, progresos. Un día llegará en que sus resultados redunden en bienestar para todos los hombres.

Observando el inmenso campo de los progresos materiales es como nos damos más perfecta cuenta del atraso de los progresos morales. Si materialmente el progreso se agiganta sin cesar, moralmente estamos aún a dos pasos de lo primitivo. Los mismos problemas de hace varios siglos toman ahora cuerpo y parecen insolubles. En el medio siglo, poco más o menos, que hace se escribió *Casa de Muñecas*, en nada ha cambiado el problema que en ese drama se plantea, tantos cambios de toda especie como ha experimentado el mundo en los últimos años.

No marchan paralelos el progreso moral y el material. Se dijera que se han dedicado al uno todos los esfuerzos y que el otro se ha abandonado. Pero no es así. Al mismo tiempo que los hombres de laboratorio han analizado, comparado y estudiado las propiedades de la materia, buscando para ésta nuevas aplicaciones, los hombres dados a la meditación han publicado libros en los cuales se plantean los problemas morales desde los más diversos puntos de vista. Sin embargo, pasan siglos sin que se note progreso moral alguno, en

tanto que el material a cada instante sorprende con algún nuevo avance, con alguna nueva aplicación que lo transforma todo.

A mi juicio, la aplicación de este fenómeno es la siguiente:

Los progresos materiales basta para realizarlos un solo hombre: el hombre de laboratorio. Cuando se descubre una nueva aplicación, sea de la índole que sea, y es llevada a la práctica, se impone sin necesidad de que las multitudes intervengan; es decir: cuando las multitudes tienen conocimiento de cualquier progreso material, el invento que lo ocasiona está ya hecho y se ven sus resultados, los cambios que origina, los productos que crea, la revolución que lleva a cabo.

En cambio los progresos morales son todos los hombres los que han de realizarlos. De nada servirá que un autor plantee cualquiera de ellos con acierto si después los demás no lo solucionan. Y jamás se han preocupado todo los hombres de esta cuestión, ni siquiera

una mayoría. Temo que aún tarden bastante tiempo en preocuparse.

Ahora, entre los libros modernos que me interean, vuelvo a leer a Rabelais, a Montaigne, a Quevedo, a Erasmo... Las finas sutilezas de Montaigne y de Erasmo, son todavía actuales; las sátiras amargas y a veces grotescas de Quevedo y Rabelais no han perdido aún su valor de actualidad.

Lo mismo que todavía existen, en toda su integridad, los problemas planteados en el drama de Ibsen, así subsisten la causas de índole moral que originaban las ironías y las sátiras de estos cuatro escritores.

El progreso moral permanece, pues, en el mismo estado, con muy pequeñas variantes, y éstas más de forma que de fondo.

¿Cómo explicarnos, de otro modo, que en el siglo XVI y XVII se escribieran libros que parecen acabados de salir de las prensas?»

DIONYSIOS

El individuo en busca de sí mismo

Cuando el carpintero novicio quiere cortar y juntar tablas para construir una caja, empieza por enterarse de las herramientas que le hacen falta y de la manera de manejarlas.

Y tú, que vas a reunir y a formar los elementos cotidianos de tu dicha, te hace falta, en primer lugar, enterarte del modo que se hace y de cómo se emplea el útil natural del hombre, que es su propio espíritu.

Si alguien te dijese: «En el bolsillo de la chaqueta que te pones todos los días, hay un portamonedas lleno de luses de oro que desconoces, que has olvidado y del cual no haces uso alguno», tú pensarías: «Soy un gran tonto, pero, sin embargo, es verdad». Y, rápidamente, meterías la mano en tu bolsillo, contarías tus monedas y te apresurarías

a sacar provecho de ese pequeño tesoro ignorado.

No vamos a hacer otra cosa.

Estos estudios no son más que un inventario, una indagación de los recursos, de las riquezas y de las felicidades que se hallan en ti y que tú no conoces.

Sobre todo, Hombre Hermano, no decidas por adelantado que esta indagación es inútil, que no tiene de eso ni el gusto ni el tiempo para ello. Piensas todos los días en alimentar tu cuerpo. ¿Por qué, una simple vez en toda tu vida, no habrás de pensar en alimentar tu espíritu, tu tesoro desconocido?

En este momento de la historia humana en que la vida de los pueblos va a hacerse más penosa y más fatigosa aún, no tendremos demasiado con todas nuestras fuerzas para soportar las cargas aumentadas. En este momento en que van a ponerse en explotación todos los recursos naturales, en que va a registrarse la tierra en sus profundidades, a captar las fuentes, secar los ríos, horadar los montes, a amasar de nuevo el viejo globo, todo empapado en sangre, ¿vas a de-

jar inexplorada la parte mayor de los recursos humanos, de los consuelos humanos, la que siempre llevamos con nosotros?

En esta indagación que vamos a hacer juntos, tenemos, forzosamente, que hallar de nuevo y clasificar muchas nociones, muchas observaciones familiares a los sabios, pero ignoradas por la multitud.

Dejemos a los sabios con sus sapiencias. Todo comienza y recomienza para nosotros. Todo conocimiento es para nosotros un descubrimiento.

Además, no pretendemos innovar, inventar o crear; muy al contrario.

Así vamos a tomar de nuevo, modestamente, pacientemente, el camino que han seguido todos los sabios desde hace miles y miles de años, para explicarse esta serie indefinida de enigmas que nos envuelve y cuyo espíritu contiene la clave y la ley.

No te asustes si hay que comenzar por un curso de filosofía un ensayo práctico, un curso de vida humana. Pero has de decirte que no es superfluo para ti el abordar un estudio cuyo fruto han reservado los ricos de este mundo, en sus Sorbonas, para los herederos de su poder y de su orgullo, un estudio que ellos consideran como un elemento necesario a la cultura de sus hijos.

PARÁ EMANCIPAR AL HOMBRE

Como lo ha escrito el sabio Proudhon, en su *Creación del Orden en la Humanidad*:

«En lugar de procurar hacer de cada hombre un ciudadano capaz de llenar todos los grados del ejército social, todos los empleos administrativos, todas las funciones científicas e industriales, se reduce progresivamente el número de los alumnos admitidos en las escuelas especiales, se hacen cada vez más difíciles las condiciones de admisión, se agota la bolsa de las familias acomodadas a la vez que se rechaza a los pobres.

»He ahí la aristocracia del talento contra la cual se rebela el pueblo, porque tiene su origen no en una superioridad verdadera, sino en la mutilación de los sujetos.»

Tú trabajas para ganarte el pan. ¿Y no harías nada para ganar tu felicidad y para prepararte a ser una de las unidades de esa *élite futura*, de esa *élite* popular que construirá el mundo nuevo?

No abordaremos aquí los principios y condiciones de tu papel social. Para construir con solidez hay que hacer hondos los cimientos.

Conservemos al hombre, pues es un taller bastante vasto. Si te enseño a conocerte, a conducirte, a gozar de tus recursos, a saborear la felicidad permanente de la vida, te habré dado bastante por primera vez.

De igual modo, buen obrero, que, para tu trabajo, tienes en la mano tu herramienta, que conoces, que has probado, a la cual te has habituado, de la cual estás orgulloso, que no cambiarías por otra y que acabas por amar, así el ser humano para su trabajo, que consiste en *vivir* y, desde luego, en *conocerse* bien, tiene su herramienta que no le abandona.

La herramienta del conocimiento es la inteligencia, el pensamiento, el alma, como se decía en otro tiempo, y el cerebro, como dicen los médicos.

LOS MIEMBROS DEL ESPÍRITU

El espíritu, como el cuerpo, tiene sus miembros, sus antenas que le prolongan, que le permiten tocar las cosas de cerca o de lejos sin que, no obstante, su cuerpo se desplace.

Estas antenas son *los sentidos*, de los cuales los más conocidos, también por los pequeños colegiales, son los cinco sentidos: la vista, que transmite los movimientos de las cosas y las reúne en formas y en colores; el tacto, que, bajo esas apariencias abigarradas y movedizas, encuentra la resistencia, la solidez, la masa y el peso; el oído, que traduce por medio de una escala de sonidos otros movimientos de las cosas, y el olfato y el gusto, que explican sumariamente a todos los seres animados la naturaleza de lo que comen para hacer vivir su cuerpo.

Pero esos son sólo los sentidos más sencillos y los más conocidos. A pesar de nuestra pobreza, tenemos otros muchos. Podemos decir también, sin ir más lejos, que la inteligencia es *el sentido de los sentidos*, la inteligencia que traduce en ideas las imágenes del mundo, como el oído traduce en sonidos o la vista en colores y en formas.

Pues es preciso advertir y tener bien en cuenta que, en este universo que nos rodea por todas partes, no hay más que movimientos, fuerzas y que todo lo demás, formas, colores, sonidos, olores, *imágenes* no son sino sueños, símbolos que el hombre se fabrica con esas fuerzas desconocidas para clasificarlas en su cabeza y explicarlas holgadamente.

«El hombre es la medida de todos» —decían los antiguos griegos—. Es el hombre quien fabrica y lleva en sí las imágenes del mundo, mientras que la vida, fuera de él,

no contiene más que movimientos multiplicados, entrecruzados en el infinito.

La inteligencia humana, desplegando a su alrededor las antenas de los sentidos, se apodera de todo eso y lo interpreta, lo reduce todo a su medida y llena de innumerables imágenes ese clasificador maravilloso que llamamos *la memoria*.

LAS FICHAS DEL CLASIFICADOR

El clasificador, que estaría muy obstruido y en un gran desorden, si no tuviera el poder de condensar, de concentrar sus colecciones de imágenes en hermosas series de fichas detrás de las cuales se alinea y se agrupa toda una serie de imágenes emparentadas.

El propietario de tu casa, si lo has visto y has conservado de él como una fotografía rápida en tu memoria, es una imagen. Pero todos los propietarios de todas las casas del mundo, despojados de sus vestidos, de su pelaje, de sus caracteres particulares (grandes o pequeños, blancos o negros), te proporcionan *la idea general* de propietario, del propietario que no representa a ninguno en particular, sino que los evoca a todos en conjunto.

Tomemos otro ejemplo para demostrar de un poco más cerca el mecanismo y para esclarecer bien el origen de la idea general.

Imagínate al primer hombre, al abuelo, al salvaje, al Adán despavorido y bestial de las épocas en que la Naturaleza estaba llena de monstruos más enormes y más terribles que nuestras máquinas de guerra: iguanodontes, ictiosauros, pterodáctilos, mamuts...

Ese hombre encuentra un fruto en un árbol frondoso, pongamos a una hora de camino de su caverna.

Sus ojos le muestran el fruto; con sus manos y sus rodillas calcula la distancia de la rama, trepa a lo largo del tronco, coge y se lleva su presa.

Con su olfato y su gusto, ensayadores, avisadores y guías de su necesidad de subsistir, olfatea el fruto, lo muerde y luego, buenamente, lo come, lo halla bueno y regresa contento a su caverna.

Al día siguiente, como tiene hambre, nuestro hombre recuerda la imagen de este árbol, a una hora de camino, del cual pendían tan buenos frutos.

Vuelve a hacer su hora de camino, halla de nuevo el árbol, hace su acopio y vuelve a su guarida.

Ahora bien, por el camino, se apercebe de

que la imagen de un árbol muy parecido al otro, con frutos muy semejantes, se presenta a sus ojos, a lo largo de su camino, luego otro, otro, otro más y así sucesivamente hasta el umbral de su caverna.

De la imagen particular de cierto árbol, a una hora de camino, con frutos buenos para comer, nuestro primer hombre se eleva a la idea general de árbol frutal. Idea general muy primitiva, muy pobre, pero al fin verdadera. Todos los grandes descubrimientos comienzan así.

Hele aquí que lleva en sí cómodamente un árbol completo, con sus frutos, un árbol que no es ya el árbol de tal sitio, sino la concepción general de árbol que le informará siempre que se halle realizada en torno suyo y le evitará mucho trabajo.

Habríamos podido, llevando más lejos nuestra parábola, imaginar a nuestro primer hombre rompiendo las ramas y hasta arrancando el árbol para llevárselo consigo, pero, dándose cuenta enseguida de que no tiene necesidad de darse tanto trabajo, puesto que en realidad conserva en su memoria un árbol que no tendrá ya que comparar con los demás de su distrito.

Como esto ocurre lo mismo con todas las cosas que sus sentidos le figuran, he aquí a nuestro salvaje provisto de una bonita y cómoda colección de ideas generales o, al menos, de imágenes generales, que ya no tendrá más que rotular, como lo veremos más tarde, con palabras para hacer aprovecharse de ellas a todos sus vecinos y compañeros.

GANZ-ALLEIN

En España faltan caminos para la mitad de nuestros pueblos; falta tender cuarenta y cinco mil kilómetros de vías férreas; falta crear el cultivo intensivo en ochenta mil kilómetros cuadrados de terreno; faltan acequias y cauces para regar dos millones de hectáreas; falta repoblar de bosque y pastizal otros quince millones de hectáreas; faltan trescientos puentes en las carreteras; falta dragar veinte puertos; faltan en cuatro o cinco mil lugares viviendas, mataderos, conducciones de aguas, pavimentación, letrinas, alumbrado, etc. Todo falta. Está todo sin hacer.

Y mientras todo esto falta, España, la nación que acaba de tirarse de encima al pulpo borbónico, tiene legiones de obreros sin trabajo que no pueden llevar a sus hogares el pan que les piden sus hijos.

La Isla de Pascua o de los Leprosos

(Impresiones de un Viaje)

Pertenece a la República de Chile. Está situada en el Pacífico, frente a Antofagasta, pero a una distancia de 3.700 kilómetros. Su extensión no pasa de 50 hectáreas. Hace muchos años perteneció a una nación europea, pero con gran empeño la compró para sí Chile.

No se sabe a qué tiempo se remonta la fecha en que empezó a existir allí la lepra, pero es el caso que siempre se conocieron apestados. Hay poco más de trescientos habitantes. Excepto unos veinticinco o treinta que son chilenos y que sufren pena de destierro, y que fueron llevados allí por orden del Gobierno de la República acusados del delito de conspiración, los restantes son nativos de la isla.

Hablan el dialecto pascuense, mezcla de castellano y quichú. Esta pobre gente, lejos de toda civilización, parece predestinada a nacer para la desgracia.

Desde el momento que llegan a la vida, el Destino los sentencia a dos horribles males: a sufrir apenas llegan a la edad adulta los estragos del asqueroso mal, y a permanecer eternamente dentro de la isla. Tienen prohibida la salida de aquel lugar. Jamás pueden abrigar la esperanza de mirar al continente. No hay escuelas, ni médicos, ni tiendas, ni conocen el pan. Hasta hace poco no conocían la moneda. No obstante, careciendo de toda instrucción, el pascuense es noble, de corazón magnánimo, y excesivamente bueno para el que lo trata. Vive de la agricultura, de la ganadería y de la pesca. El suelo no es propiedad de nadie y trabajan ayudándose mutuamente. Debido a la abundancia de lanas que allí se crían una compañía extranjera explota el negocio de lanas, yendo a la ínsula una vez al año, con un barco en el cual transportan el producto citado, que compran a los pascuenses. El dinero que reciben a cambio, no le dan gran estimación, porque no tienen en qué invertirlo; así que prefieren les lleven ropas, sombreros o cualquier baratija. Lo que más estiman las mujeres son las corbatas, las cuales se colocan al cuello, como ellas ven las llevan los hombres. Generalmente los vestidos que usan son batas hechas con sacos. El clima delicioso que allí se disfruta les permite andar en esa semidesnudez. No existe más comunicación con el resto del mundo que la llegada de dos barcos durante

el año. Uno el de la Compañía citada, que es la «Vuillamson B.», y otro, uno de la Armada, que lleva las personas condenadas a destierro y a la vez provisiones, elementos sanitarios, etc., para los que en virtud de la condena deben de residir allí. La única autoridad que representa al Gobierno chileno es un gobernador, siendo el que está en la actualidad, un sargento de Carabineros de Chile.

En relación a la epidemia constante de la lepra, el mal es hereditario. Como las uniones se efectúan entre individuos cuyas naturalezas se hallan afectadas por el mal, los hijos nacidos traen ya consigo el virus de la enfermedad, y es así, que sea imposible la extinción.

Cuando el mal se hace ya visible, el enfermo es trasladado al recinto de la leprosería, de donde ya no debe salir más. Este lugar situado en el centro de la isla, es una vivienda grande —desde luego misérrimamente acondicionada— aislada en un predio por una alta pared de adobe. Ahí debe de vivir y morir el apestado. Para su subsistencia, un pascuense bajo las órdenes del gobernador, lleva diariamente hasta la puerta del recinto, un caldero o dos de leche, según el número de enfermos, y, además, varios corderos muertos.

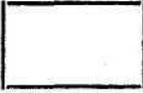
Estos alimentos los deposita, como queda indicado, a la puerta de la leprosería, y se va. Entonces uno de los enfermos los recoge, y ya ellos entre sí los condimentan y reparten. El día 6 de enero del pasado año 1930 se hallaban en la leprosería treinta y dos apestados, algunos en verdadero estado de podredumbre, contándose entre éstos una mujer que arrastraba por el suelo las dos piernas completamente descarnadas.

¡Verdadero cuadro de dolor es éste de la isla de Pascua!

En plena civilización es algo inconcebible la realidad de este pueblo.

Y, sin embargo, todo el que visita la isla, bien porque el clima es tan agradable, ora porque allí no se manifiestan rangos, categorías ni privilegios, o bien por el amor que inspira la mujer pascuense, todo abnegación, sinceridad y desinterés, es el caso que todo hombre —repetimos— que allí va, ya desterrado o voluntario, vive y permanece allí con gratitud, y es a costa de lágrimas que vuelve a retornar al contingente.

ARCADIO JOSE GONZALEZ



La neurosis del miedo

Exposición y comentario de la
doctrina del doctor Autregesillo

Partiendo de la frase de los antiguos : *Deus in primo loco fecit timorem*, dice el ilustre médico y ensayista A. Autregesillo, egregio profesor de Río de Janeiro, que quizá después el miedo creara al mundo y al hombre, añadiendo que ésta es una metáfora irónica, pero justa, porque tal cualidad psicológica constituye el arma de defensa de que echan mano los animales superiores y el *homo sapiens*. Según el doctor A. Autregesillo el miedo es un estado de emoción lento o súbito, que puede tener una tonalidad variada, desde el mero recelo hasta el terror pánico; todo depende de la rumiación de la idea, de lo subitáneo de las descargas y conmociones de los estados de conciencia.

La simple repercusión de tal crisis psicológica en todo el organismo es enorme y aun incontrastable. Diríase a veces un terremoto, porque todos los órganos, todas las funciones pueden ser modificadas, inhibidas, profundamente estropeadas, produciendo hasta la muerte, como afirmó Bichat, el fundador de la Anatomía General, por la parálisis del corazón. De ahí las variedades de miedo, súbitos y lentos, miedos instintivos o miedos racionados.

En el fenómeno psicológico del miedo se manifiestan las acciones más variadas. Unas veces es la palidez, otras el rubor, dependiendo de la intensidad de la conmoción o de la capacidad de reaccionar de cada uno. Las palpitaciones violentas, el temblor leve o intenso, la falta de aire o disnea, sensación de frío, vértigo, pérdida de los sentidos, crisis intestinales y urinarias, sudores fríos, tendencia a la inmovilidad, detención o inhibición de los movimientos voluntarios, parálisis, mirar espantado, zumbidos, ceguera, imposibilidad de hablar, lágrimas espontáneas, voz embargada, gritos instintivos, tendencias a las fugas vertiginosas, todo, todo ello, puede motivarlo el recelo, el miedo y el pavor. Los niños y las mujeres, por la más delicada constitución e irritabilidad de su sistema nervioso, son más propensos a experimentar los efectos del temor y suelen disimularlo menos, porque no

son tan dados a fingir como nosotros y el alma asoma al exterior sin veladuras.

El miedo es una reacción del instinto de conservación. Así lo afirman los psicólogos al indagar en el proceso generador de esta profunda perturbación del ánimo depotenciado y en plena turbación. El niño está más propenso a él que el adulto, por su original incapacidad para la defensa. Otra condición que en los niños facilita el miedo es la auto-sugestionabilidad. Cuanto más impresionable sea el individuo, tanto más será atacado por el pavor.

Analizando más de cerca los fenómenos que se producen en el miedo, no es raro que hallemos conmociones en todos los órganos, sobre todo de parte del sistema nervioso, que constituye el módulo de defensa del organismo y la vanguardia contra todos los elementos perjudiciales a la vida. Cuando hay subitaneidad en la producción de este estado psicológico, poniendo pavor o terror, los fenómenos biológicos pueden llegar hasta la muerte si el individuo tuviera una lesión anterior.

Cuando los fenómenos son rápidos, no fulminantes, sin embargo, asistimos a una serie de reacciones del organismo que pueden agotarse ante la Fisiología y son interpretados por las funciones psiconerviosas. La palidez es producida por la vasoconstricción de los capilares de la piel; el rubor por la vasodilatación. Las edades hacen variar los fenómenos, y, como dice pintorescamente Angel Mosso, «Una vieja no se ruboriza ya por las conmociones morales que le ilusionaban el alma en la mocedad». En las conmociones fuertes del ánimo estamos dominados por una intensa sensación de frío, aflamamiento de los dedos y de la nariz, por la contracción de los pequeños vasos que irrigan la piel, y el corazón se aprieta dolorosamente, acompañado de varias alteraciones psíquicas, todas ellas angustiosas y en alto grado deprimentes de la personalidad entera. El pueblo compara este estado con el paso de la muerte. Es algo análogo a una congoja horrible que nos deja sin alientos, casi exánimes.

El miedo, como cualquier emoción débil o fuerte, manifiéstase por el desorden del *péndulo maldito*, como le llama al corazón un poeta. ¿Por qué? Por la necesidad de llevar más sangre al cerebro, que fué presa de excitación; por la propia conmoción psíquica que produjo la irritación de los nervios que van al corazón, pues éste es el músculo más específicamente innervado del organismo por el aflujo de la onda sanguínea que huyó de la periferia y fué a acumularse en lo íntimo de los órganos. El corazón, que para los fisiólogos es una bomba aspiranteimpulente, tiene necesidad o urgencia de trabajar para vencer la pleamar sanguínea que huyó de la superficie del cuerpo.

El temblor ligero o notable, localizado o generalizado, es una de las más frecuentes reacciones producidas por el miedo. El temblor es reacción inconsciente e instintiva, indicio de la debilidad nerviosa del individuo. Puede ser fisiológico o patológico. El organismo defiéndese de él con tal estremecimiento que es un grito de alarma contra el frío o contra las fuertes conmociones, demostración de que el sistema nervioso está irritado o intoxicado. No se sabe con seguridad la causa del temblor, pero, según Fermet, parece ser una contracción muscular descompuesta en sus elementos constituyentes; y luego, la acción muscular esbozada es incompleta por la falta de excitación nerviosa suficiente.

Acostúmbrase a comparar la contracción muscular completa a la corriente galvánica o continua y el temblor a la corriente farádica, que es intermitente o interrumpida. El miedo ocasiona siempre la descomposición de la fuerza muscular y surge a menudo el temblor, que varía de intensidad conforme con la excitación emotiva, según el grado de debilidad nerviosa de cada individuo. Como ya dijo Carlos Darwin en la obra clásica *La expresión de las emociones*, el temblor es común al hombre y a la mayor parte de los animales. El miedo es un gran factor de temblores y los soldados, cuando entran por primera vez en combate o cuando están amenazados de castigos o de fusilamiento, tiritan de terror, de rabia, dolorosamente porque se sienten sobrecogidos y anonadados.

Mosso dice, muy bien, que la ansiedad tiene algo de irresistible, que la voluntad no puede dominar y se sobrepone al entendimiento, anulándolo. Toda conmoción moral débil o fuerte, pavor o simple emoción, produce en el individuo cierto grado de ansiedad, de angustia y de malestar indefinido,

que es una alteración de la cenestesia, esto es, del yo físico. El estado de angustia se acentúa más en la caja torácica y obliga al individuo a respirar más veces; y las inspiraciones son profundas, insaciables, conduciendo habitualmente al individuo a la disnea subjetiva y objetiva. Estas alteraciones cenestésicas son más evidentes en el miedo premeditado, rumiado, consciente, que en el terror. En cualquiera de las variedades hay ansiedad, apenas como contingencia automática del miedo. Estos disturbios respiratorios son más comunes en el niño que en el adulto, habiendo en aquél, con extrema facilidad, llanto y sollozos y pudiendo llegar hasta el espasmo las modificaciones respiratorias. Ansia, anhelo, temblor, perturbaciones vasomotoras y secretoras tienen su confirmación en la expresión de la fisonomía, que revela el estado de alma, consciente o inconsciente, que puede producir el miedo.

El pavor ha sido y es aún explotado como asunto pictórico en telas que representan asaltos, inundaciones, incendios, batallas, etcétera; pero la Cinematografía vino a traernos una nueva luz al problema analítico de la fisonomía en las varias emociones, a pesar de haber sido tratado genialmente por Darwin y Duchenne el estudio de la mímica y de las emociones.

Los ojos toman una parte muy notable en la expresión fisonómica del miedo; el juego de los globos oculares es tan expresivo que en los propios ciegos se denuncia. Después viene la expresión de la boca. De las alas de la nariz, del surco nasolabial. La razón por la cual los músculos del rostro son más sensibles a las emociones ha sido formulada por Heriberto Spencer y estriba en su pequeñez, su rica innervación y su abundante circulación, sobre todo capilar. Cualquier descarga nerviosa encuentra allí un camino más fácil para actuar. La acción conmovedora del miedo no excluye órganos como ya se ha dicho. Los músculos huecos del organismo están esclavizados a ella en cualquier conmoción; como el corazón, el estómago, la vejiga y los intestinos. Al lado de estas reacciones mayores presentamos todavía otras modificaciones por parte de la piel (piel de gallina), sudación copiosa, sudación fría, a veces fétida, denunciando la modificación físico-química de la secreción sudoral.

Todos los fenómenos psicológicos que acompañan al miedo son variables en intensidad y se modifican con la edad, el sexo, el

medio, la educación, el momento psicológico, etc.

Los errores de la educación aumentan el pavor de la infancia, cuya imaginación sugestionable se acerca a las fantasías y se deja dominar por los cuentos inverosímiles y por las amenazas de las madres, de los padres y de los hermanos de más edad. Así se explica la credulidad de los niños y el que acojan los infundios, patrañas, paparruchas, trolas, filfas y bulos, con la mayor buena fe. La perversión del alma infantil, por los procedimientos de una pésima educación, facilita el miedo y el pavor y, como consecuencia, la mentira y la humildad, la simulación y el servilismo.

Los pedagogos contemporáneos más competentes recalcan mucho, al ocuparse de la formación del carácter del niño, la necesidad del contacto con la naturaleza, y el excesivo cariño de las madres (perdónesenos que digamos una herejía), contribuye no poco al miedo de la debilidad de los hombres, como advirtiera Luis Araquistain. El pavor nocturno es un estado morbosos frecuente en los niños. Son crisis de sonambulismo terrorífico que surgen durante el sueño. Como sabemos, el miedo puede ser la sombra, el espectro, la defensa del alma humana. Su escala es variable; constituye habitualmente el resorte útil para la ejecución del instinto de conservación; otras veces motivo de desazón y tortura permanente de la existencia, y causa determinante de *resclamientos* y claudicaciones de todo género, e incluso de la completa despersonalización.

El miedo excita a los animales a la defensa; sin embargo, los acobarda frecuentemente. ¡¡Sólo las plantas carecen de miedo!! y, ¿Quién sabe si la sensitiva no recogerá sus hojas por timidez?; el miedo puede ser una simple aprensión del espíritu; un recelo vago, proteico, que trae como consecuencia la cobardía, el desaliento, la amargura infinita; luego viene la idea del riesgo, de peligro, de muerte. Y la perspectiva del mal parece irresistible. El temor es el estado de ánimo que hace u obliga al individuo a soportar o a huir de los riesgos, peligros o cosas dañinas.) En el espanto hay miedo, asombro, consternación, inquietud y alteración de los sentidos por cosas imprevistas. El pavor es más intenso: es EL TEMOR CON ESPANTO Y SOBRESALTO; el gran susto con conmoción fuerte del organismo y del ánimo. El terror parece ser el máximo de la reacción; es miedo violento que aterra

o conturba hondísimamente el ánimo; la mayor conmoción que puede producir la idea de la muerte, del peligro inminente. Constituye, como se sabe, el nombre de la época nefasta de la Revolución francesa del 31 de mayo de 1794 al de julio de 1798.

Cuando un gran susto no tiene causa (entre los antiguos) es producido por el dios Pan y crea el terror pánico. Todos estos estados son, aproximadamente, resumidos por nuestras pesadillas. ¿Quién no las sufrió? ¿Quién no experimentó la angustia de los sueños terroríficos? Pues bien: el ansia, el dolor interno es indefinido, el sufrimiento vago, pero inhibitorio que nos es recordado por la subconsciencia de la horrenda pesadilla, resumen las sensaciones anormales psíquicas y somáticas del pavor.

Los psicólogos tuvieron desgraciadamente la oportunidad de registrar los efectos del miedo en la gran pugna, porque la guerra (sobre todo en los primeros combates) es la causa común del pavor. Este se transforma después en caluroso heroísmo, en sentimientos salvajes de destrucción fratricida, pero nobilísimos por el momento y el ideal que los propulsa: el patriotismo lacerado y escarnecido. El miedo es altamente contagioso entre los hombres y los animales. Los soldados tímidos reincidentes son fusilados a causa del mal ejemplo y del contagio. La gloria de Napoleón, la ceguera de los paraguayos en la palabra de López son expresiones de sugestión y de contagio, sugestión impuesta por los hombres a los ejércitos y a las multitudes que están predispuestas a recibirla.

Antes de estudiar analíticamente los hechos clínicos de la enfermedad del miedo, propiamente dicho, o, como propone Autregesilo llamarla FOBONEUROSIS, veamos lo que es capaz de producir el miedo. El miedo puede metamorfosear el alma y el carácter humano hasta lo más profundo. Alguno es inducido a cometer una asesinato en virtud del terror, de la amenaza, del espanto producido por la agresión de que fuera víctima. Los tímidos pueden volverse corajudos. A este respecto cita Autregesilo varios episodios descritos en la literatura portuguesa.

Los criminales natos son, por lo común, cobardes y tímidos. Obrar por el espanto. Hay enfermedades leves y graves que se originan por las conmociones súbitas del espíritu. Se han visto casos de parálisis, mutismo, neurosis, ocasionados por los **desastres** ferroviarios, por los naufragios, conocidos en

la ciencia por *neurosis traumáticas*. En los grandes cataclismos terráqueos registran con frecuencia casos de locura. Las guerras y revoluciones cruentas despiertan siempre un gran número de neurosis y de psicosis que surgen en los soldados y combatientes y en las poblaciones civiles de las ciudades agredidas.

Chomel refiere que cierto médico, después de efectuar la autopsia del cadáver de un rabioso, sintió todos los síntomas de la hidrofobia. La timidez, afirma Elías Mechnikof, el insigne bacteriólogo, disminuye la defensa del organismo, y los leucocitos y la sangre pueden perder parte del poder defensivo contra las infecciones. Larrey decía que los ejércitos vencidos estaban más sujetos a las infecciones que los vencedores. En las grandes epidemias, los miedosos son los más fácilmente atacados. La depresión del ánimo, cuando es pertinaz, agobia, y aun a la larga aniquila. Los traumatismos morales ya constituyeron una causa de enfermedad y de muerte en personajes altamente colocados en todos los países. Pinel, Kraft, Ebing, Morse-lli y muchos otros psiquiatras registran las fuertes conmociones como causa ocasional de la psicosis aguda. Todo esto, sin embargo, es la senda inicial para el estudio completo de la neurosis del miedo, cuya base reside en el estado de debilidad nerviosa de cada uno. El miedo que es instintivo, arma de defensa de casi toda la animalidad, tórna-se en el hombre, como veremos, instrumento de torturas, iguales a aquellas que describe la pluma violenta de Octavio Mirbeau, en el *Jardín de los suplicios*, uno de sus libros más famosos y que han sido más leídos.

La personalidad psicológica normal lleva en sí el germen de las emociones, de los escrúpulos, del miedo, de la duda, de la fijeza de las ideas, de los impulsos. Basta pensar que cada hombre posee su filosofía personal, esto es, el concepto de las cosas físicas y psíquicas; es más o menos afectivo, timorato, celoso, hipócrita, desconfiado, huraño, tornado susceptible, envidioso, avaro, egoísta y se defiende, tanto cuanto le es posible hacerlo, en la vida material y social, por los elementos que posee y que invoca en el momento de ejecutar el acto físico o psíquico. Cualquiera de esos elementos que sobresalga separada o conjuntamente, constituye en la personalidad psicopatológica el síntoma dominante. Si son celos emotivos los que dominan, entonces se despierta la foboneurosis.

En el carácter del hombre normal, en va-

rias edades, desde la segunda infancia hasta la senectud, encontramos los elementos psíquicos necesarios para que sobrevenga la neurosis del miedo. En los niños y las niñas prodigios, genérase fácilmente la foboneurosis. La pubertad es el momento propicio para el incremento de tales estados.

En la mujer, los fenómenos de metamorfosis sexual suelen ser mucho más ostensibles frecuentemente, y la pubertad se establece rápidamente, la transición es súbita; de niña a moza es cuestión de meses, la crisálida se torna en mariposa con suma rapidez. Pues bien, esta rapidez de la nubilidad predispone a que las neurosis de base emotiva surjan con más intensidad y más instantaneidad. En los muchachos, los fenómenos son más diluídos e indefinidos. Las mujeres son mucho más predispuestas que los hombres. La debilidad femenina, no obstante, es ya una tradición y una creencia legendaria que, por fortuna, se va desvaneciendo a medida que se difunde el idealario redentor de la mujer que piensa y actúa; la flojedad nerviosa, sin embargo, a menudo es un arma de dos filos...

Los hombres de grandes preocupaciones absorbentes, los bolsistas y los intelectuales, son presa en múltiples ocasiones, del miedo patológico; en todas las profesiones se encuentran escrupulosos enfermos, máxime en las grandes ciudades y en ciertas razas y categorías sociales.

Sigmundo Freud, gran psicólogo y gran neurólogo, ahora tan en moda, afirma que la psiconeurosis del miedo tiene su origen en la esfera sexual, esto es: la recalcadura de las ideas amorosas y eróticas en el fondo de la personalidad psíquica tiene influencia obsesionante y origina el miedo, el escrúpulo, la duda y la angustia. A pesar de reconocer mucha verdad en los hechos invocados por Freud creemos que su doctrina es exagerada. La edad adulta y, sobre todo, el iniciamiento de la declinación del organismo predispone muchísimo a la psiconeurosis.

No existe en la esfera de la vida ningún hecho de orden material que no pueda originar los temores morbosos, las obsesiones, los celos; en fin, las fobias. Hay individuos que se sienten angustiados cuando se ven constreñidos a tocar ciertos cuerpos o sustancias; el miedo les nace del contacto y surge el estado angustioso descrito por Falret como síntoma de *La locura de la duda*; y Legrand de Saulle como *El delirio del toque*. No es locura ni es delirio, sino un temor morbosos, de base emotiva, cuya objetivación

se multiplica indefinidamente. Los médicos que se esfuerzan en crear términos y hacer nomenclaturas bautizan las fobias de acuerdo con los objetos.

Si el alma humana sufre así, ¿cómo curarla? Nada es más fácil, ni nada es también más difícil. Las causas principales de la foboneurosis residen en la errónea formación del sujeto, varón o hembra, en la debilidad nerviosa, en el agotamiento moral o mental, en la postración general del individuo y en el adiestramiento de la voluntad y de la energía. La condición esencial estriba en la educación del niño: el timorato será en lo futuro un predisuesto a las fobias.

La persuasión debe ser iniciada desde la infancia, de manera que los terrores se disipen siempre del alma infantil. No rara vez el internado es un excelente remedio, porque libra al niño de las boberías y nonadas del hogar. El problema en los adultos nos interesa más de cerca. Como la foboneurosis aparece en los extenuados, en los enfermizos, conviene tratarlos, principalmente, por el reposo, por los tónicos físicos, el buen aire, los baños de sol, las excursiones, las duchas y los reconstituyentes. Pero la gran cura reside en la reeducación de las emociones, en la persuasión constante, porque la tendencia natural de esos procesos morbosos es hacia la curación. Ahora es preciso rehacer los planes de estudios y adecuar la enseñanza a las apremiantes necesidades de nuestro tiempo.

Es, en síntesis, la Psicoterapia el método terapéutico de la lógica persuasiva. La Psicoterapia es la escuela de las victorias morales de la vida y en las enfermedades nerviosas de origen emocional; su construcción nace del raciocinio, de la demostración de los errores y de las falsas interpretaciones ante los temores patológicos.

Las reglas de la Psicoterapia son infinitas; para cada caso imaginaremos un proceso especial. Pero digamos en términos generales las bases de la cura; educación del espíritu infantil, ahuyentando el miedo. En el adulto, si hay cansancio, reposo; si debilidad general y nervosismo, tónicos físicos y muy pocos remedios. En cuestiones de fobias y neurosis, todo el mundo puede ser médico de sí mismo; o, entonces, cualquiera persona con ascendiente moral podrá, después de la palabra del clínico, orientar la curación de los sufrimientos infundados de millares de hombres y mujeres.

Considera el egregio profesor brasileño

casi una cobardía el tener miedos vagos, infundados. Debemos amar a la naturaleza que nos proporciona el encanto de los paisajes terrenos y que es fuente fecunda de todas las inspiraciones artísticas, y no temer nunca los efectos naturales. El pensamiento es una calidad neutra que puede ser llevado tanto hacia el bien como hacia el mal. Conduzcámonos siempre hacia las ideas buenas y abandonemos el acerbo pesimismo, el miedo, la pusilanimidad psíquica, que ennegrecen el alma y perturban la eurtimia de la vida. Huyamos de la neurosis del miedo, que es inevitable; hagamos como el gran filósofo Leibniz que venció los sufrimientos físicos evocando las ideas alegres. El pensamiento fóbico es un niño timorato que con algún gesto podemos conducir hacia todos los lugares; es cuestión de paciencia, tacto, persistencia y confianza y amabilidad.

Termina el doctor Antregesilo su luminoso trabajo, altamente adoctrinador, nutrido todo él de notas bibliográficas y de curiosos ejemplos de las múltiples fobias, observadas unas por el mismo autor, aportados otros casos por eminencias científicas, sentando la afirmación de que las fobias son curables y que todo depende de los métodos a emplear. Las unas, dice, se curan súbitamente, las otras con lentitud, pero todas ellas se curan. La perseverancia impulsada por el buen sentido vence todos los obstáculos. El tino y la discreción triunfan siempre, en la lucha entablada para hacer el bien, y divulgar la cultura y la solidaridad.

SANTIAGO VALENTI CAMP

No estriba la riqueza de un país, y por tanto su grandeza, en que su suelo atesore minas de oro, o pozos de petróleo, o vastas extensiones con las que pueda inundar de trigo al mundo; es imprescindible que estos tesoros se exploten y que su explotación sea racional, y que la riqueza que representan no sea acaparada, u oculta o desperdiciada por quienes creen que estas defensas que la Naturaleza otorga a la humanidad pueden ser objeto de apropiación por un hombre o por un grupo. Es rico y poderoso un pueblo si es libre, y la libertad no se alcanza en donde el derecho natural no es respetado.

Leo en una colección de revistas de hace algunos años la noticia del suicidio de Mia May, la célebre artista alemana de la pantalla, en Baden.

No resisto a la tentación de comentar ese hecho inactual. Las circunstancias en que tuvo efecto me impelen a ello.

Mia May era una de las mujeres más bellas que se han asomado a la pantalla, y una de las artistas que, en su tiempo, tuvo mayor número de admiradores. Había una gracia noble en todos sus movimientos, y sus gestos, aun los más significantes, estaban henchidos de dignidad, de prestancia, pero por modo espontáneo, sin artificio alguno. Se imponía su figura por una altivez natural, en la que no había asomo de vanidad, cualidad inferior.

Su suicidio nos dice claramente que era muy desgraciada. Se suicidó delante de su prometido, y era ésta la cuarta vez que iba a casarse. Se había, pues, divorciado tres veces, lo cual quiere decir que tres veces había ido en busca de la felicidad y no la había encontrado. Debía ser, la infortunada, muy exigente en este aspecto. Es increíble que haya mujeres que no lo sean. El anhelo de felicidad es uno de los impulsos más genuinos de la mujer.

La desgraciada Mia May no pudo, indudablemente, satisfacer ese anhelo. Acaso serían casas de muñeca las suyas, en las cuales se le consideraría como un juguete y no como una criatura sensible, delicada, de sentimientos tiernos, propicia a la emoción estremecida ante una caricia cuyas raíces tuvieran asiento en lo íntimo entrañable. Quizá, también, ante cualquier rasgo suyo, noble y digno, encontrara de parte del que había escogido para compañero de su vida sequedad de alma, dureza, incomprensión, esa actitud orgullosa del hombre que delata, ante todo, tontería. Y, naturalmente, en este caso, hubo de abandonar la casa de muñeca.

En cada herida de éstas se iría dejando, no cabe dudarlo, parte de sus ilusiones. Ya había sufrido tres veces ese suplicio. Acaso ahora, antes del suicidio, pensaría que si nuevamente su anhelo de felicidad quedaba insatisfecho, no podría resistir el cuarto destroz de sus ilusiones. Y puede ser que el temor a ese futuro doloroso le hicieran ver con más alegría la muerte. Preferirla, antes que correr el riesgo de un nuevo desengaño,

da idea del dolor que éstas le causaban. Indudablemente, había en ella una mujer que nadie supo descubrir.

Ante la tragedia espantosa de su vida, ¡qué superficiales debían parecerle las tragedias que le hacían interpretar en la pantalla!

Cuando tuviera que hacer un papel de mujer feliz, ella que no había logrado encontrar la felicidad, ¡qué espectáculo más excepcional habría sido poder asomarse a su pensamiento íntimo, a sus sentimientos más hondos!

Y cuando tuviera que representar una mujer desdichada, ella que lo era tanto, ¡qué acento de vida pondría en la acostumbrada frialdad de estos papeles, imaginados por quienes apenas si conocen la psicología femenina, y mucho menos si se trata de una feminidad sufriente, herida en su ternura, incomprendida, infeliz, sedienta de dicha y rodeada de infortunio!

Solamente una mujer que haya vivido una tragedia terrible, como Mia May, puede darse cabal idea de la falsedad y la superficialidad de la mayor parte de las otras cinematográficas, cuya protagonista es una mujer desgraciada.

Recuerdo haber visto a Mia May representar un papel de mujer desdichada. Recuerdo también que lo representaba de un modo admirable. La obra valía poco; tan poco, que no recuerdo siquiera su título. Sólo el trabajo de Mia May tenía importancia; una importancia singular. Ahora me lo explico perfectamente. Era que la artista no vivía en la pantalla la ficción imaginada por el autor de la obra, baladí y sin ningún rango. Era que Mia May nos daba allí un trozo de su vida, de la tragedia de su vida, con independencia absoluta de lo que el autor de la película había imaginado, arrancando de su sensibilidad herida arte impercedero, grande como su dolor.

El público, en general, suele ser bastante indiferente a este matiz del arte de los intérpretes. Como se ha convenido en que las pasiones que se representan no tienen nada que ver con la vida de los artistas, tanto le importa que rían como que lloren. Sin embargo, el suicidio de Mia May nos recuerda que detrás de la artista hay la mujer, y que el espectador atento podría advertir dónde termina la ficción y dónde empieza el dolor propio de la intérprete.

C. LINAN

Cartas de mujer

Seguramente cuando estas líneas vean la luz, se habrán templado ya los ánimos y no se usarán como ahora a diario, los nombres de los héroes de diciembre como medio efectivista mitinesco y como anzuelo para pescar votos.

Una de las pocas cosas simpáticas de todo este exceso de heroísmos, es la carta de la madre de Galán. Si su hijo se hizo responsable y al aceptar esta responsabilidad se ganaba la muerte, ¿para qué derramar más sangre? El dolor de otras madres no mitigaría el suyo, los temples de mujer fuerte no se acogen al mal de muchos consuelo de tontos. De tal palo tal astilla, de tal madre tal hijo. Tenía que ser hijo de quien sabe sentir el dolor ajeno, el que supo morir asumiendo toda la responsabilidad y con la sonrisa en los labios.

Pero los arrivistas necesitaban un símbolo y no vacilan en tomar las acciones de los hombres enteros como bandera para sus ambiciones. España es el país de los héroes, ahora que para llegar a esta categoría se necesita sacrificar la vida, si se trata de ideas más o menos liberales; fuera de los matadores de toros o de los ases del puñetazo, para merecer un poco de consideración se necesita que ésta sea póstuma; parece que debiera ser lo contrario y el empeño estuviera en conservar los hombres enteros y las conciencias honradas; pero esto no es así: en tanto que un hombre pone todo su entusiasmo por la causa que defiende, la mayoría le vuelve la espalda, por inoportuno; muere por ella y su nombre es arrastrado por tribunas y periódicos, poco menos que los santos de los altares.

Pícaro condición humana, que necesita del símbolo para todos sus actos: Cristo, Mahoma, Ferrer, Galán, el nombre es lo de menos, lo que hicieron también importa poco; lo esencial es conmemorar fechas y citar nombres, y a los vivos que los parta un rayo. Preguntad a un católico la esencia de la religión y se quedará asombrado; lo esencial para él es el aparato escénico del templo, los sermones de cuatro sacerdotes, muchos de ellos más ignorantes de lo que parece, que citan cuatro latines y nombran a muchos santos que ni siquiera saben de ellos lo más insignificante, y explican un

cuento chino como si terminara de suceder en Grecia.

Necesitamos de platos fuertes y sucesos truculentos, y en nuestro afán de grandezas, ya que cotidianamente somos tan pequeños, formamos un héroe que tenga esa entereza, esa firmeza y ese carácter que para nosotros quisiéramos en la mayor parte de las ocasiones, y allá va nuestro héroe de pueblo en pueblo, y allá vamos nosotros cantando sus excelencias.

Señores, un poco más de miramientos y algo más de respeto a los muertos. ¡Qué héroes ni qué ocho cuartos! Dejémonos de tonterías, considerémosles como hombres dignos de imitación y con eso les hacemos más favor que trayéndolos y llevándolos como zarandillos, para ganarnos un aplauso a su costa. La madre de Galán debió educar a su hijo en el culto a la hombría de bien, por eso quiere que vivan los otros hijos, porque con su muerte nada gana; derramarse la sangre a torrentes y su hijo no resucitaría; por eso si un poco menos que se ha hecho por su memoria se hubiese hecho para salvarle, su hijo no sería héroe; pero podría estrecharlo entre sus brazos y depositar un beso de amor en su frente. ¡Con qué alegría daría toda la gloria póstuma de su hijo por tenerlo a su lado!

Esta carta me recuerda las de Mariana Pineda recomendando a sus hijos antes de morir; para su centenario se repicará a gloria en todos los corazones amantes de la libertad; a buena hora, cuando no queda de ella casi ni el polvo; en cambio su legado, ¿quién lo ha recogido? Murió por la libertad. Sacrosanta palabra. Mas, ¿dónde está esa señora? Que se lo pregunten a los que están entre rejas por defenderla.

Déjate de héroes, lector amigo; esa palabra tenemos que borrarla del Diccionario; conténtate con menos y aspira a ser hombre, en toda la extensión de la palabra; ganará mucho la humanidad el día que no se considere como una heroicidad tener algunas partículas de vergüenza; pero claro, hoy anda tan escasa, que al que cumple con su deber se le mira como un bicho raro y se le tiene que poner algunos signos de admiración par distinguirlos de los demás. Razónemos con un poco de serenidad y veremos que es poco digno engañar, explotar, fal-

tar a nuestros compromisos y todo eso que es hoy lo corriente, y nos daremos cuenta que obrar íntegramente con arreglo a nuestras convicciones no es de héroes, sino sencillamente de hombres honrados, en la verdadera acepción que debiéramos darle a esta palabra; si toda la humanidad tuviera conciencia de su deber se terminarían los héroes, pues toda la admiración que hoy inspiran los que sencillamente cumplen con su deber, se trocaría en desprecio hacia los otros, los traidores de lesa humanidad, por representarla tan indignamente.

El hombre que contrae un compromiso debe cumplirlo; el que siente un ideal, defenderlo, y el que cree que defiende la verdad, no doblar el espinazo ante el poderoso; si triunfa, no es él el triunfador, sino la causa justa que defiende; si cae, la maldad o la intransigencia lo abate, pero no lo vence, que una causa justa y noble no puede ser vencida en la persona que la representa. En ninguno de los dos casos hay heroicidad,

ya que cuesta poco defender lo que se siente muy hondamente. Preguntad a los presos sociales si quieren la libertad a cambio de una claudicación y os dirán que no. ¿Para qué la quieren si la tendrían que dejar encerrada en el calabozo que abandonaban y en la calle se sentirían más presos que antes?

Pero somos tan amigos de buscar las grandes cosas, sin comprender que las sencillas y naturales son las más valiosas, que formamos nuestro santoral heroico por rendir culto a algo, y ya que no mejoramos a los vivos, nos preocupamos de honrar a los muertos. Hasta al héroe desconocido sacamos a veces en nuestras elucubraciones, como si fuera heroicidad pasarse la vida deslomándose para que otro triunfe y prospere. Yo creo que es más tontería que otra cosa, y que ya es hora de dejarnos de adjetivos pomposos y preocuparnos de otras cosas más reales y provechosas.

ANTONIA MAIMON

	<p>Parejas humanas</p> <p>Niños abandonados</p>

Quien haya visitado un hospicio o cualquiera otra casa de caridad oficial, no habrá podido menos que conmovirse. Ver aquellos rebaños inmensos de niños o niñas que no tienen una madre que los mime causa una tristeza infinita. Es una de las calamidades sociales que más piedad inspira por ser unos tiernos infantes las principales víctimas.

No es motivada la compasión por la miseria o cosa parecida: es motivada por su abandono. La higiene de que disfrutan algunos de ellos es bastante aceptable, los alimentos, también; pero ¿qué puede sustituir el cariño materno de que carecen, que es lo más preciso en la vida de los niños? Las monjas o mujeres que los cuidan podrán tener buena voluntad, o no, pero les es imposible atender convenientemente a tantos infantes, y hacen una vida como de cuartel; una vida que para los hombres es dura, ¿cómo será para los niños? Las horas de levantarse son las mismas para todos, y las de las comidas, las de los recreos, todas;

en esa primera edad que las necesidades y los gustos son tan variables, ¿cómo van a quedar satisfechos con un régimen general? En esa edad en que su espíritu se va formando y necesita de unos sentimientos grandes que lo moldeen, ¿quién va a reemplazar su falta? Tratan de inculcarle el sentimiento religioso en vez del humano, y quien haya observado un hospicio recién lanzado al torbellino de la vida habrá podido comprobar los deplorables efectos. Sólo cuando ha corrido por el mundo adquiere su espíritu ciertas tendencias aceptables, aunque, a veces, ha sufrido tantos desengaños que aún es peor. No es que el hospicio lleve el estigma de su origen, lleva el de la educación que ha recibido; el que desde niño es adoptado por familias particulares no tiene por qué diferenciarse de los demás hombres.

La caridad oficial es fría y no puede satisfacer a nadie. Sólo cuando algunos de los que la representan le añaden un poco de cariño por su parte, la dulcifican. Nada más sirve

para evitar que los desheredados reclamen los derechos que les corresponden, para dar una pequeña parte de lo mucho que en el mundo les pertenece. Tan solamente los niños, esos seres que no tienen clara conciencia de las cosas, la aceptan sin pensar que merecen algo mejor; pero el socorro que se les proporciona no basta, ellos necesitan pan y besos, alimento material y sentimental.

Se objetará que el interés de quienes cuidan de los asilados no puede proporcionarles tal cosa, y que la culpa es de esas madres *desnaturalizadas* que abandonan a sus hijos. Precisamente, recuerdo haber leído un suelto de un cronista en el que relataba un caso de un recién nacido que había sido abandonado; y se lamentaba de la indiferencia de esas madres y recomendaba a los psiquiatras la observación de esos casos. Pero lo que ignoro aún es si esos respetables señores debían observar a las madres o a los padres, aunque creo que a los últimos; porque es muy lógico que, siendo el niño de los dos, aquel que lo abandona primero es el más culpable.

Si extendemos la mirada desinteresadamente por la explanada del mundo, veremos que las únicas madres que abandonan a sus hijos por falta de amor son las de las clases acomodadas. Desde el momento que tienen un auto, o muchas amigas que visitar, y una niñera, ya no hay manera de retenerlas al lado de sus retoños. Abandonan su cuidado a las muchachas que tuvieron la mala suerte de nacer pobres y, por eso, tienen que cuidar críos que no han hecho, y creen degradarse si tienen que limpiar alguna de las graciosidades del nene. Muchas de ellas, ni se dejan besar por temor a estropearse el maquillaje. Esas madres que nada hacen por sus niños, que hasta repelen su contacto, ¡ésas sí que desconocen el amor a los hijos!

Pero las otras... ¿Habéis visto nada más conmovedor que una madre besando a su hijo? ¿Habéis soñado nunca algo más dulce, más agradable, más tierno que un beso de madre? ¿No habéis visto alguna vez a una madre, una madre verdad, ante la cuna de su nene enfermo? ¿No habéis presenciado el horror de una madre al ver a su niño ante un peligro inminente? ¿No habéis tratado jamás a una madre que haya perdido a su hijito? Quien esto haya presenciado y dude del amor de madre, permitid que dude de su sano juicio. Al verlas, parece que hayan venido al mundo expresamente para criar hijos. ¡Y aún dudan de su amor!

Cuando a una mujer se le enseñó que el

amar es un pecado, tan sólo sabe del peligro de su sexo lo que frases maliciosas le enseñaron, se va sola a servir a la ciudad, se encuentra con un galán que le finge amor, la seduce y la abandona, y en ella se realiza el acto de la vida, se halla sola, abandonada, despreciada y sin medios de mantenerse ella y el fruto de su amor, ¿qué ha de hacer? O cuando estando al lado de sus padres tiene novio y, debido a su ignorancia en asuntos de amor, es fecundada y abandonada y sus mismos padres le obligan a abandonar el infante que resulta, por librarse de la *mancha* que representa para la familia, ¿quién es el culpable? O la mujer que no la llevó el amor al matrimonio y durante la ausencia del marido tiene amores clandestinos y dan su fruto, ¿cómo la acogerá la sociedad si lo conserva a su lado? Si no tienen amparo del seductor, ni de la sociedad, ni medios de procurarse lo necesario, ¿por qué se pretende acusarles de su abandono?

Las jóvenes que van lejos de sus padres y éstos no pueden hacerlas vigilar, son las que mayor contingente de niños abandonados proporcionan. Debido a su mayor libertad y su mucha ignorancia son más asequibles a los donjuanes de oficio, y debido a su inexperiencia reciben la semilla humana sin pensarlo. Apenas se hacen visibles los síntomas del embarazo son echadas de las casas donde prestan sus servicios —pues no hay señora que guarde en su casa a una muchacha en ese estado— y por más que busquen trabajo la realidad las convence que a una mujer sin oficio le es completamente imposible vivir del jornal que recibe. Rechazadas por todas partes, con la vergüenza que ellas mismas creen es llevar un ser en el vientre, no tienen otro camino que ir a la maternidad que cada capital tiene. ¿Y allí qué sucede? Da a luz un nuevo habitante para este planeta, hacen que de sus senos se alimenten otros que no son suyos y en cuanto está fuerte la dedican a trabajar desde las cinco de la mañana hasta las ocho de la noche, y por si le falta algún consuelo la hacen rezar dos o tres veces al día; y como no todas sienten esa fe que sus defensores quieren mantener por medios más o menos nobles, la que quiere evitarse la molestia de repetir frases absurdas está expuesta a ser víctima de las más vergonzosas arbitrariedades. Se quiere encadenar el espíritu a la voluntad de una autoridad religiosa y matar toda manifestación que se desvíe de las pautas trazadas, y la mujer que no puede adaptarse a ellas,

sufre; y como vivir en aquel ambiente le es un suplicio, determina marchar. Pero a su hijo no puede llevarlo, tiene que quedarse allí, temen que su madre no lo quiera bastante. ¡No quererlo su madre! ¿Qué no haría una madre por su hijo? No obstante, esa caridad oficial, en vez de procurar que nada les falte a su madre y a él, lo retienen; y desgarran, con ello, el corazón de las madres. Y si se presenta un hombre que nada tiene que ver con ellos y lleva unos documentos y unos billetes en el bolsillo, le será entregado el niño; sin mirar si también lleva unos buenos sentimientos o quiere al niño para convertirlo en un instrumento explotable.

Esas otras muchachas que son víctimas del excesivo honor en la familia, que son obligadas a obrar como el cabeza de la casa dispone *por bien de todos*, que nunca más pueden sustraerse a la obsesión de haberlo abandonado, ¿no son dignas de compadecer por sus sufrimientos?

Y si una mujer se engañó al ir al matrimonio y su marido le causa asco; o la casaron por redondear una fortuna y nunca ha sentido atracción hacia su esposo; o fué casada de muy joven, cuando era una chiquilla y apenas conocía el mundo, y al despertar se convence que aquél no es el compañero que anhela; y en su camino se cruza un hombre que la enamora, ¿no tiene derecho al amor? Y el modo que acoge el marido la noticia, y aún la sociedad entera, de nadie es desconocido. La mujer adúltera es acogida por la sociedad con hondo desprecio, en los tribunales con castigos correccionales, por el marido hasta con la muerte. ¡No sé qué mujer no ocultará su *falla* ante tal perspectiva! Sin embargo, el hombre adúltero causa gracia en cualquier parte, y aun admiración. Pero apenas hay quien se fije en tamaña desigualdad.

Voy a permitirme que haya madres que el sentimiento de tales tan sólo lo tengan ligeramente arraigado. Pero si así es, nosotros podríamos recriminarles su actitud en una época que dispusieran de todo lo preciso para criar a sus hijos; aunque sólo fuera los mismos medios que los hombres, que no hemos de criarlos. La mujer que posee una voluntad a toda prueba, espolea la inteligencia sin cesar, trabaja tanto como sus fuerzas le permiten, sufre todos los desprecios de las personas que antes la respetaban, y con todo este calvario logra sacar a flote el fruto de un amor *culpable*, bien digna de admiración

es. Pero hay muchas mujeres que no poseen la voluntad e inteligencia precisas y no son capaces de vencer todas las dificultades. Además, hoy día se tiene tal concepto de la mujer, que aquella que haya tenido un hijo y lo conserve a su lado ya puede renunciar a la esperanza de un amor sincero. Los únicos que la requieran de amores serán hombres que piensan que quien fué seducida una vez, bien puede serlo otra.

Los niños abandonados causan piedad porque además de serlo de sus madres lo son de la sociedad. No sé si serán más en una época de mayor libertad sexual, pero sí sé que actualmente hay muchas madres que abandonan a sus hijos por serles completamente imposible dejar de hacerlo. Y estoy convencido que si las mujeres llegan a tener un modo más fácil y más libre de vivir y llegan a tener hijos siendo solteras, no serán tantas las que los abandonen. Y también me atrevo a afirmar que cuando llegue la ocasión que las hembras sean completamente conscientes de lo que representa su sexo y sus consecuencias antes que puedan ser seducidas, si no están dispuestas a mantener el infante que puedan traer al mundo, se abstendrán de traerlo.

Por eso a los hombres, o a los que como tales se consideren, pertenece procurarles a las mujeres todo lo necesario para criar a sus hijos cuando los tengan por medios no legales; y pueden tener la seguridad que si hay mujeres de poco sentimiento que nada les importe dejar abandonado el fruto de su amor, no las hay tan malvadas que lo críen expresamente para abandonarlo.

• • •

Repito que la unión, como función biológica y como placer o satisfacción, es de una necesidad evidente; por fines de comodidad, resulta de suma conveniencia; por las dificultades que tropieza la libertad de amar, se hace precisa; por no dejar abandonados a los seres que de la unión resulten, se hace imprescindible; y por el modo de pensar de la generalidad de las masas, se hace inevitable.

Pero no hay que olvidar de modo alguno que actualmenté no se puede ser en la unión *completamente feliz*; mas si se quiere hacerla tan grata como sea posible ha de estar formada a base del amor y la inteligencia.

VALENTIN OBAC

COMO EVITAR LAS ENFERMEDADES VENEREAS

Sin reglamentación de la prostitución ni policía sanitaria

Seguido de unas reflexiones sobre la mentalidad de las prostitutas y la vida sexual del porvenir

(Continuación)

La gazmoñería y la pudibundez inglesa, tan criticadas por los franceses y otros europeos, no se pueden comparar con lo que pasa en los Estados Unidos, en donde el simple hecho de tener relaciones sexuales aparte del matrimonio es rigurosamente castigado por las leyes. Pero dicen «que cuando lo natural se ahoga, con más vigor surge». Y así lo vemos en Niza, a la llegada de algún barco de guerra norteamericano, que los marineros de todas las graduaciones se precipitan al asalto de las casas de tolerancia, a los cafés frecuentados por las ramera y después los vemos pasearse cogidos del brazo de una cortesana por la Avenida de la Victoria, la principal calle de Niza.

Hablando con algunos de estos americanos me han manifestado su entusiasmo sin límites por Francia, país considerado por ellos como un paraíso terrestre.

Y puesto que las necesidades sexuales existen en América como en todas partes, ¿cómo explicarse que haya leyes de un rigor increíble que tiranicen a extremo tal a una población tan numerosa?

Para dar una respuesta suficientemente extensa sobre este fenómeno, necesitaría mucho más espacio del que se me permite para este estudio. No obstante, éste es un asunto exclusivamente inglés, ya que sólo es en Inglaterra y en América del Norte que se restringen las relaciones sexuales, puesto que los escandinavos, de la misma raza nórdica, practican una vida sexual tan libre como la de los franceses. También en esto puedo hablar por experiencia por mi calidad de danés y por haber practicado la Medicina en Copenhague durante largo tiempo.

Los dos factores responsables de esta tiranía en los Estados Unidos, son la dominación universal del clero protestante y la no menos universal dominación de la «mujer honrada».

Es comprensible que mientras la mujer en

su vida material dependa de un hombre, busque ligarlo por medio del matrimonio.

Los lectores de *La France de Nice et du Sud Est*, diario esencialmente burgués, pueden estar seguros de que cuando la joven estudiante se escapó con su galán fué para ir en busca del más próximo «clergyman» para que los casara, porque en los Estados Unidos, el casamiento se efectúa sin la menor formalidad y sin el previo permiso ni consentimiento de los padres. En cambio, el divorcio, en contra lo que se cree en Europa, no se obtiene con la misma facilidad, lo que es ilógico y absurdo.

Ya se sabe lo numerosos que son los «Don Juanes», yendo a la caza de jóvenes e inexperimentadas vírgenes, arrullándolas con sus falsas palabras. Yo invitaría a estos señores «Don Juanes» a que practicasen su *sport* en otras condiciones. Que en vez de despertar amor en una jovencita, cosa fácil por demás, que fueran en busca de una prostituta. ¡Ah, entonces sería más difícil *su labor!* La prostituta conoce a fondo al hombre, cuando menos en lo que se refiere al acto sexual y todas sus exigencias. Comúnmente se dice: «no hay amo bueno para su criado» y yo añadiría «no hay hombre bueno para la prostituta». Si el hombre cobarde e hipócrita pretende despreciar a la prostituta que le ofrece con su cuerpo los placeres sexuales, ésta, a menudo, le devuelve su desprecio fingiendo un amor que no siente.

Empero, la vida sexual, no será siempre tal como es hoy en día en la sociedad capitalista, tan indigna y tan vil.

Creo que la mejor manera de terminar este estudio será reproduciendo un artículo que publiqué en el *Pionnier* (enero de 1924).

«Con E. Armand he sostenido hace tiempo y en el periódico *Par delà de la mêlée* una discusión sobre la moral sexual. Como muchos otros, Armand cree que lo mismo que hace el hombre debe hacer la mujer.

Es evidente que la promiscuidad puede existir en una sociedad en donde los niños

estén a cargo de la colectividad, como acontecía en algunos felices países de Oceanía, antes de la invasión por los europeos. Pero estando los hijos a cargo del padre, forzosamente las restricciones en el orden sexual se imponen.

Desde largo tiempo vengo indicando mi punto de vista sobre lo que deben ser para el porvenir las relaciones sexuales.

Claro está que una evolución está siempre sujeta a diferentes factores de orden social y científico; pero me creo en la posibilidad, desde luego, de poder dar unas simples indicaciones sobre lo que podrá ser la vida sexual en el porvenir.

1.º El punto principal, la base de todo verdadero progreso, ya sea en la vida sexual como en todos los demás aspectos de la vida, será la garantía de la existencia material resuelta: *el socialismo*. Mientras no exista esta garantía, la prostitución será universal, es decir, que abarcará todos los órdenes de la vida humana, excluyendo la mínima posibilidad de vivir dignamente.

2.º Una vez la existencia económica resuelta, podrá reinar la más completa libertad sexual, incluso la promiscuidad entre las personas que lo deseen. Pero de aceptar la promiscuidad, será un absurdo hablar de la familia.

3.º La promiscuidad ¿será la forma más probable para la sociedad del porvenir? Yo creo que, al contrario, existirá mucho menos que en el estado capitalista actual, ya que para todo ser humano la vida material estará resuelta.

4.º Mi opinión sobre esto se funda en que interrogados los clientes que a mí acuden como médico especialista en enfermedades sexuales, todos, hombres y mujeres, salvo raras excepciones, confiesan que bajo un punto de vista moral y estético y hasta físico, amándose desinteresadamente, sinceramente, en libre unión, no desean otras relaciones sexuales que las de la *libremente* elegida o elegido.

5.º Actualmente la mayoría de las relaciones sexuales son impuestas, ya sea en el matrimonio como fuera de él, y he aquí lo que constituye la verdadera prostitución. Resuelta la cuestión económica, la prostitución desaparecerá, si no por completo, al menos en su casi totalidad (quizá se encuentren personas cuyas concepciones no le alcancen a dejarle comprender un concepto elevado de la dignidad y caigan momentáneamente en la prostitución). Pero lo que desaparece-

rá en absoluto serán las relaciones sexuales impuestas, desde el momento que todo contacto sexual será asunto de gusto entre ambos contrayentes, excluyendo todo interés pecuniario, como tampoco existirá ninguna necesidad de explotarse mutuamente.

6.º Lo que yo creo más estable es que, de una manera general, se concertarán uniones libres entre un hombre con una sola mujer, uniones que serán de más o menos duración, pero que mientras ella tenga efectividad, la *fidelidad* será observada. Este es mi criterio que se ha formado a base de largas y minuciosas investigaciones. Admito que todas las formas de uniones sexuales que preconiza Armand podrán existir, pero estoy plenamente convencido que las uniones plurales serán excepcionales, al menos por lo que a la mujer se refiere, ya que la unión con varios hombres no le permitiría conocer al padre de sus hijos. He dicho, además, que las uniones para toda la vida no serían generales, a pesar de la belleza moral de que en algunos casos se podrían revestir, ya que sería una gran casualidad encontrar a un hombre y a una mujer que desde el primer contacto sexual hasta la muerte, se amaran tiernamente.

Lo esencial, pues, radica en la libertad más absoluta, única garantía de una vida sexual feliz.

7.º Solamente de la libertad completa en las relaciones sexuales nacerá la posibilidad de una selección humana, tendiendo al progreso físico, intelectual, moral y estético, lo que en el fondo constituye la base de todo verdadero progreso social.

En cuanto al concepto de la familia, su valor, su estabilidad, tan discutida y que mujeres como Alejandra Rollontai y Magdalena Pelletier han enfocado tan bien, ya hablaré en otro trabajo.

La inmensa, la indiscutible inmoralidad que representa la vida sexual en la sociedad capitalista actual, se halla en el sorprendente contraste de que mientras las prostitutas tienen relaciones sexuales con millares de hombres durante su carrera, hay millones de mujeres que mueren sin haber jamás satisfecho esta necesidad fundamental, creada por Natura para la continuación de la especie.

Aparte la necesidad de satisfacer el deseo sexual, existe la cuestión de la selección humana por el mejoramiento de nuestra especie, que halla una potente barrera desde que el ideal del hombre consiste en acumular

fortuna, base del parasitismo, quedando eliminado el solo factor útil: el mérito personal, la salud moral y física.»

Por último, voy a reproducir un artículo mío aparecido en *Le Reveil de l'Esclave* del 1.º de enero de 1925, bajo el título de «El matrimonio y la selección humana»:

«La inmensa mayoría de los niños nacen de padres casados. Veamos cómo se conciertan estos casamientos en Francia, así como en la mayoría de los pueblos:

En primer término, lo que más preocupa a los futuros suegros es la cuestión financiera; que el novio sea viejo, feo, enfermizo o estúpido, nada les importa mientras sea rico o pueda serlo por medio de una herencia próxima a caer, o por cualquier otro procedimiento. Esto por lo que toca a los padres de la chica. En cuanto a los padres del mozo, ¡qué más da que la mujer sea fea, antipática, analfabeta y hasta tartamuda! ¡Lo interesante es una buena dote! Y a esto puede añadirse que en la mayoría de los casos el buen mozo ya calcula, de acuerdo con sus respetables padres, el gran negocio que resultará de la santa y bendecida boda... Además, el hombre siempre es hombre, y después de casados, ya se dará maña, ya verá de qué trucos se valdrá para, con el dinero de su mujer, procurarse bellas amantes...

Si la novia es joven y agraciada y posee un ideal, es raro que sea con alegría que acuda al tálamo nupcial, en donde en vez de cariño halla cálculo y siempre el cálculo financiero que ahoga todas las demás consideraciones de orden sentimental y ético.

Naturalmente que se producen casos en que se halla excluida toda consideración a base de interés económico al realizar un matrimonio; pero son casos muy raros. Son contados los matrimonios en que domina la preocupación de la *cuestión fundamental*, es decir la probabilidad de hacer hijos buenos y sanos. Así vemos que no es posible un mejoramiento de nuestra especie, sino que al contrario, vamos a una deterioración manifiesta.

¡Cuántas muchachas hay que poseen superiores cualidades físicas, éticas, intelectuales y morales y nadie las solicita por ser pobres! Y también, ¡cuántas veces, estas muchachas, en lugar de unirse a un joven dotado de las mismas cualidades, vense entregadas a un viejo estropeado por el vicio, pero rico, que labra su infelicidad!

La unión racional no puede tener otro fin, aparte las razones de simpatía, que ofrecer

buenas condiciones para la procreación de hijos dotados de un valor físico y moral, lo que al cabo, contribuirá a hacer más feliz el matrimonio. Porque ¿qué padres, qué madres no se sentirán orgullosos de tener hijos sanos?

La Naturaleza ha querido que dos seres de sexo opuesto se sientan atraídos mutua e instintivamente por la belleza física, mas el individuo posee una razón adquirida por largos años de experiencia, que le incita a reflexionar sobre la cuestión más importante de la existencia del hombre: la gran responsabilidad que contrae en el momento de la procreación. ¡Cuántos hay entre nosotros que no hubieran querido nacer! Reflexionemos pues, y seriamente, sobre las condiciones en que podemos traer al mundo nuevos seres, sin que luego se les dé margen a reprocharnos su nacimiento.

Una procreación concienzuda y, por ende, en buenas condiciones y no exenta de un sentimiento de responsabilidad, no podrá practicarse jamás, mientras la cuestión económica sea el norte de todas las acciones del individuo.

La lucha para la obtención del bienestar económico se hace imprescindible si aspiramos al mejoramiento de la especie por medio de la selección en las relaciones sexuales. Y a esto habrá que añadir la más completa libertad para deshacer el matrimonio en cada momento y a la menor indicación de una de las dos partes contrayentes, único medio de hacer digno el casamiento, que en el estado actual es causa de tantas y tantas desdichas.

En efecto, mientras el divorcio no se pueda llevar a cabo, que cuando existan actos vituperables que reprocharse entre los dos cónyuges, que las conciencias delicadas repugnan darlos a la publicidad, prefiriendo sufrir antes que llegar a tal acto vergonzoso y cruel, no es en nada beneficioso a la colectividad. En cambio, todo ello, matrimonio y divorcio tal cual están instituidos, son campo de acción para los espíritus mediocres que poseen instintos viles y despóticos.

(Concluirá.)

Se miró al espejo.

Era viejo.

Y volvió a pensar en la Muerte.

MARIO MARIANI

Legenda y realidad

En el número anterior de ESTUDIOS dice Liñán con toda razón que en el teatro prevalece la sensiblería. En el teatro y en la pantalla priva un sentimentalismo quebrado como de convaleciente. Lo que no es sensiblería amoratoria es sensiblería *de golpe y tante tieso*, de *banderita tú eres roja*, de mariscos y vinazo.

He tenido ocasión de leer recientemente unas bellas notas del *Cancionero del Cowboy*, y como reflejan una vida totalmente distinta de la que se presenta en la pantalla, me permito algunas referencias. El cowboy no es, según se verá en su traza auténtica, ese centauro de las praderas que apaga la luz a tiros y emplea la sensiblería a ratos perdidos. El cowboy es nada menos que todo un hombre y tiene su Romancero en mucha más estima que su pistolón.

Jinete arrogante de las extensas llanuras del Oeste, el cowboy marca el ganado, cuida la vacada, sabe cazar a lazo y domar potros. Se distinguió siempre por su actitud peculiar ante el peligro: sereno, brioso y resistente. Muy susceptible, taciturno o brusco para los extraños, aficionado a sacar motes, jaranero entre los suyos, algo jactancioso con la jactancia inocente de los sentimientos fuertes, dista mucho del vaquero de 1880. Tiene libros y teléfono, sabe lo que ocurre en el mundo, enfundó el pistolón y conserva los rasgos típicos de los antepasados refinados por su andar y ver. No se entrega a la venial molición más que en la alegría.

En el *Cancionero de Lomax*, que es el que voy a comentar brevemente, figuran las tradiciones del vaquero vivificadas por una ráfaga de garbo y donosura: brindis, chanzas, apólogos, alusiones a las praderas, melodías, rimas, canciones, fábulas, verdaderas muestras de humor y primor. Se trata de una recopilación a lo Menéndez Pidal y no a lo Bertoldo; se trata de algo auténtico y veraz que sirve para reflejar con exactitud el torrente de vitalidad y sentimiento fuerte, de noble empaque y delicadeza que hay en el cowboy tal como es, no como lo falsifican los cineastas.

Siempre se conserva en la canción su sen-

cilla y natural galanura, ese airoso poema corto y expresivo que florece en labios de vaqueros y granjeros; poema que es a veces una dolora y otras un madrigal, pero que siempre tiene aire íntimo y serenamente rebelde.

La doma es una fiesta cuyo epílogo se desarrolla entre danzas y canciones. Estas nacen en la doma como flores en mayo. Y he aquí que el *spanish cavalier*, coplero incansable, canta o recita sin cesar las bellas canciones de la pradera mientras lanza el acordeón pastosas resonancias. El inglés del cowboy no se parece en nada a un gorjeo, pero es bello y austero. Oíd lo que canta con maliciosa fachenda:

El caballo valía diez dólares y la silla cuarenta. Vinc volando de Panhandle donde marcaba el ganado de Texas y entré a servir al viejo Bolt. ¡Vaya un tipejo! ¡El caballo valía diez dólares y la silla cuarenta!

Los domadores describen sus hazañas, la caza a lazos y las cabalgadas. Casi siempre hay en las canciones referencias rápidas al tiempo, a la lluvia, a la primavera, a la flora del Oeste. Una de las canciones más típicas es «The old cow» («La vaca vieja»):

Despanzurramos la vaca. ¡Qué cordajes salieron! ¿A que no sabéis lo que hicimos con los cuernos? Pues unas redomas mucho más resistentes que las otras. ¡Ya durarán más que la vaca vieja que murió en primavera!

Otra tonada popular entre los vaqueros del Oeste es «La linda española». Tan conocida y preferida es, que se han hecho versiones distintas con el mismo asunto, convirtiendo los potros en barcos, los jinetes en marineros y los chambergos en gorros de coronilla. He aquí la versión predilecta del cowboy:

El sol se levanta sobre la pradera mientras hablan el cowboy y la moznuca. «Vamos a cruzar la llanura, linda española, y nuestros caballos nos llevarán corriendo como flechas a la ciudad.» La española se disfraza de vaquero y pasa ante su padre que no la conoce. Averigua éste la verdad por un lengualarga y sale con gente armada a perse-

guir a los fugitivos, el vaquero enamorado y la linda española, quienes se unen a un grupo de vaqueros de defienden al vaquero enamorado y a la linda española cuando llega la tropa de mercenarios del padre. Salen a relucir los rifles y triunfa en la refriega la libertad y el amor...

Los potros son baratos en el Oeste: sólo valen diez o doce dólares. El cowboy comenta ingeniosamente el hecho diciendo que la dificultad no está en comprarlos, sino en montarlos. No falta en alguna canción el matiz delicadamente elegíaco:

Allá lejos, al Oeste de Texas, cayó muerto el pobre cowboy. ¡Siempre dormiré en la llanura! El que ocupó la vacante murió también, porque la doma no es juego. Otro cowboy, el tercero, quiso ser valiente y perdió la vida como los otros... Los tres compañeros duermen allá lejos al Oeste de Texas, en la llanura...

El vaquero demuestra también en sus cantos una gran capacidad de valentía y humor.

Soy un rudo vaquero del Oeste, donde tiene el buhurro su madriguera, se arrastra

la serpiente de cascabel y crece a sus anchas el cuclio. Mido seis pies y siete pulgadas de estatura. Me llaman «el jaranero», pero ya saben que cumplo con mi deber. Ayudo a los otros vaqueros a reunir el ganado en manada, aunque nieve o llueva. ¡Quién piensa en dormir! Sabemos lo que es un látigo de cuero, no por lo que dicen las espaldas, sino porque resistimos y nos movemos como látigos mascando hierbas aromáticas y cruzando la llanura como la cruz un rayo. ¡Soy un vaquero del Oeste!

Para cerrar esta pequeña aportación de canciones, incluyo una muestra típica que canta en castellano por influencia sin duda por los vaqueros mejicanos. Exceptuando el último verso y la palabra «tobacco», la canción parece una seguidilla por su donaire vivo y su espíritu, aunque no por el metro:

*No tengo «tobacco»,
No tengo papel,
No tengo dinero...
God damn it to Hell!*

FELIPE ALAIZ

Un centro ejemplar
de cultura

El Pedagógium

Huérfana de una verdadera y pura Pedagogía está España. Se halla en esta orfandad, pese al patriotismo de altavoz y radio que se expande por los cinco picos de la península ibérica.

Los charlatanes de la política —los de uno y otro extremo, comprendidos los «escafándricos» del centro— rezan diariamente el padrenuestro de la cultura. Cultura por aquí, cultura por allí. Pero lo mismo que en sus manifiestos: siembra de tópicos, cual si quisieran batir el récord del lugar común. Ningún sector perfila un programa cultural medianamente estructurado. Todo son líneas generales y, como ustedes pueden comprender, las promesas son elementálsimas. Dan a entender a quienes estamos al margen de estas luchas de gitanos, a quienes jugamos por la periferia sin respetar barbas ni calvas, que esta zococracia tremenda —como la llamaría Baudelaire— profana impune y alevosamente la cultura. Y hablan de ella con

igual desfachatez y superficialidad que se charla de una corbata: porque está de moda.

En el pecho de pocos patricios «profesionales», y aun en el de los de última hora, se encontrará incrustado el vocablo que tanto les vibra a flor de labios. Estaría de primera sacarles el corazón y al que no lo tuviese en consonancia con sus palabras arrojárselo con ímpetu a la frente y espachurrárselo como un huevo de gallina.

Es criminal que se juegue con sagrados ideales. Quien no sienta la cultura profundamente que se inhíba de teorizar sobre ella. Que no la ponga como bastidor en la comedia de sus concupiscencias. Ha pasado, por fortuna, la épica triste en que se lograba un estado de opinión, mediante ofertas incumplidas y huecos discursos. (Guiarse de esto costó a mi pobre pueblo —que puede ser España entera— esclavizarse más y más.)

Precisa que los muñecos del guñol politiqueril se den cuenta de que las juventudes

de última edición no se convencen con sermones, repelen toda monserga y toman con gracia el pelo al que como título de aptitud alega su facilidad de palabra, porque nuestras generaciones piensan que la elocuencia no es esa «facilidad», consonante perfecto de vulgaridad.

Los liberalazos que peroran y peroran sin compasión del oyente debían ver que tal procedimiento se parece mucho al de los «frailazos». Con una ligera diferencia —por desgracia— a favor de los últimos: que ellos no hablan en despoblado, sino en las numerosas escuelas con que riegan la nación, en donde forman sus ejércitos. Ejércitos que jamás claudican porque llevan un marchamo dogmático que les llega de las uñas de los pies a los pelos de la cabeza.

Aún hay tontos que esgrimen el argumento socorrido de que de las aulas jesuítas brotan los más furibundos ateos, pero echan en saco roto que éstos son el uno por mil. Y las decisiones las toman las mayorías, que en este caso son una suma de minorías selectas que llamándose librepensadoras llevan en sus venas globulitos de catolicismo.

A los líderes de partido les da un bledo el progreso de las ideas siempre que ellas no sirvan para estorbarles sus candidaturas. Basta para adquirir esta certeza observar cómo obran en la vida los representantes de esa tabla pitagórica, que es la política española, para verles los mismos vicios, idénticas miopías en la búsqueda de valores reales, igual incapacidad seleccionadora y análogo interés en obstruir el paso y atropellar a posibles sustitutos.

Imposible confiar en reivindicaciones de especie alguna mientras que la manifestación vital no sea eco fiel del pensar o nuestras maneras externas el reflejo del ideal sin oxidaciones. Imposible toda renovación en tanto que el español haya de «decir» cómo piensa para que se le pueda catalogar. Es decir, someterlo a interrogatorio para obtener una psicografía que en la mayoría de los casos es falsa por la superficialidad de clasificados y clasificadores.

Nos queda una airosa salida. Es creer en esta verdad de nuestro tiempo: el progreso que se desenvuelve en España débese al sacrificio de los espíritus callados que se superan todos los días; esos que practican al mismo ritmo la higiene espiritual que la física; los hundidos por la avalancha de los arribistas; los que agotan sus fuerzas en una batalla sorda, que parece que no están en

nada y están en todo; aquellos pájaros bobos que se clavan horas enteras en los escaparates de las librerías.

Por eso, cuando nos dicen «el partido tal ha dado un gran impulso a esto, aquello o lo de más allá» podemos sonreír y pensar que el partido tal no ha hecho más que lanzar en mares de ignorancia su caña de pescar y sacar correligionarios. Nada más. Para creer en impulsos habían de manifestarnos cuántos centros de cultura serios y bien orientados había fundado el partido tal. Aun así quedaría esta duda: ¿cómo serán tan «primos» —ahora que esta palabra toma nuevas resonancias— costeando para los demás las escuelas que ellos necesitan?

* * *

No por la ineficacia y anquilosamiento de los políticos de castañuelas —que son los mismos de siempre, como dolorosamente estamos experimentando— íbanse a obstruir las iniciativas de la gente culta no salticada de escaldaduras. Al contemplar tanta inmoralidad, personas desinteresadas —y enteradísimas— depositaron su buena fe al servicio de la instrucción. («Al Servicio de la Instrucción»: he aquí el título que falta en las ediciones «Morata».)

A salvo de todo menjarje de baja estofa congregáronse un puñado de profesores, médicos y maestros, verdaderos arqueros de la cultura, que asqueados de los rutinarios procedimientos de enseñanza en los colegios españoles y de cierta hegemonía perniciososa, decidieron sacrificar sus economías en aras de una institución modelo, donde se respirasen alegrías y aire puro.

Vigías alertas a todo progreso educativo se cuidaron rápidos de poner al timón de tan interesante nave una mentalidad indiscutible y acrisolada. Que fuese la concreción de todas las orientaciones europeas, abierto a todos los vientos de renovación posibles. Tan delicadas y poco corrientes dotes rebosaban en la persona del ilustre peruano don José Antonio Encinas, admirador incondicional del esfuerzo pedagógico de ese genio italiano que se llama Radice.

El nombre de Encinas habrá quedado grabado en la mente de los maestros barceloneses que tuvieron la suerte de escuchar sus valientes y jugosas charlas pedagógicas —tan amenas y tan profundas— y no decimos en el corazón de sus discípulos porque ellos aún lloran su ausencia. Este hombre

singular se había sabido fácilmente introducir en el santuario que es el pecho de cada niño.

Batallado en las lides políticas de su país —también como el nuestro, bajo la férula idiota de un dictador— supo armonizar el trabajo del hombre de acción con el del intelectual. En esto daba ciento y raya a muchos de sus colegas españoles que, como Romanones, Maura, Cambó y Ventosa —señores de consistidura que diría Unamuno— son víctimas de las ironías de un escritor.

Espíritu comprensivo y amplio, estaba dispuesto a entregar su corazón, al par que a los niños, a quienes trabajan y sufren. Yo que sólo dos veces dialogué —digo dialogar— con él presentí que en aquel hombre bajito, de ojos semioblicuos y profundos, de rostro aceitonado y frente espaciosa —de pensador cual la «meseta» de Castilla— se escondía un apóstol de la enseñanza, un partidario acérrimo de la causa infantil.

Lo que yo había intuido se convirtió en una categórica afirmación cuando traté a los chicos que él educaba. Estaban llenos de nobles curiosidades, pletóricos de sublimes rebeldías. Razonaban los muchachos con una claridad de criterio y un deportivo sentido de las cosas y las ideas, que para sí quisieran muchas momias que han saltado la cuerda de los treinta tomando bríos en trampolines arcaicos.

Artista —y científico— de la Pedagogía, virtuoso de la Educación —como tantos otros pasó por España sin alharacas y sin que se dieran cuenta quienes debían— consiguió hacer que lo más interesante del «Pedagogium» fueran los niños.

Es posible que en esas concreciones anti-pedagógicas en que estriba la tiranía de un programa preciso —¡y malo!— no hiciera milagros; pero desafiaríamos al más pintado a que presentase un plantel de chicos tan razonadores e inquietos como los que salían de sus manos. Con un tan grande espíritu de solidaridad y justicia; con una tan importante nobleza en el juego. Y, sobre todo, predispuestos al diálogo y a la conversación aunque éstos se elevasen a insospechadas alturas.

Encinas —lo llamo a secas por ser, a la vez que más democrático, menos pedante que ese otro tono doctoral que usan los coristas— abandonó la institución por reclamarlo altísimos deberes de patriotismo, pero dejó entre España y su país una corriente sentimental. Actualmente es rector de la

Universidad limeña, en donde de seguro pondrá en práctica las experiencias adquiridas durante sus andanzas por las urbes más interesantes de Europa.

Con la dirección dada por este Profesor —con letra mayúscula— y el celo entusiasta de sus fundadores en conservar el calor de este crisol en donde se forjan de un nuevo y mejor tipo las conciencias libérrimas de futuros españoles, marcha este Centro contra viento y marea. Porque a pesar del altruismo que le preside, no ha podido evitar los feroces zarpazos de tigre que de vez en cuando le lanzan sus enemigos; aquellos que quisieran ver a España envuelta en la atmósfera espiritual del medioevo: toda cogullas. No; no se ha regateado la diatriba a una institución tan leal como ésta. Pero también la sagrada institución de Giner de los Ríos fué combatida y nadie ha podido evitar, como demuestra Azorín en sus actuales artículos al rojo vivo, que sean los discípulos del inolvidable don Francisco quienes formen las élites españolas.

* * *

Mas a pesar de este simpático grupo de románticos de las ideas que expone su fortuna a la contribución de una cultura real —sin trampa— nos quejamos de que no haya en España —ahora que se cacarea el espíritu liberal y de avanzada— siquiera veinte grupitos como éste que sufraga el «Pedagogium». Y algunos centenares de «puritanos» que viviendo con arreglo a sus convicciones mandasen a sus hijos a colegios limpios de todo prejuicio y miradas al pasado.

Que aún actualmente —época de efervescencias radicalísimas— se da el caso sorprendente de que mientras los papás en el café despotrican contra el trogloditismo, los hijos se están empollando el nuevo Ripalda, tan graciosamente comentado por Heliófilo, en los negros bancos de las clases negras.

Por eso los que estamos al margen de la estupidez y pisamos con los pies de nuestras ironías las cabezas de tanto Robespierre (1) de cartón, seguimos burlándonos con la mandíbula batiente de esa terrible conciencia republicana, socialista, comunista, etc., etc.

ISIDORO ENRIQUEZ CALLEJA

(1) Léase como está escrito, que es más despectivo.

La estatua viva

Los periódicos publicaban días pasados un telegrama informativo, procedente de Milán. Era un texto conciso y breve, pero sustancioso:

«Con objeto de demostrar la superioridad de la verdad sobre el arte, una joven artista rumana se desnudó rápidamente junto a la estatua de Leonardo de Vinci, situada en un lugar céntrico de la ciudad, alrededor del mediodía, y pronunció un discurso que oyeron los asombrados transeúntes. Apeló a éstos para que juzgaran si el cuerpo de una mujer moderna no es mucho más artístico que todo lo que han creado los pintores y escultores del Renacimiento. Se aglomeró la multitud, a pesar de la lluvia frente al teatro de la Scala, escuchando la arenga hasta que las autoridades municipales, avisadas telefónicamente, llegaron con ropa y mantas. Los agentes tropezaron con dificultades para vestir a la joven, que se defendía enérgicamente; pero consiguieron por fin meterla en un taxi y conducirla a una clínica mental. En el camino continuó atacando a Leonardo de Vinci, haciendo resaltar lo mediocre de sus esfuerzos.»

He aquí otro caso de salvajismo fascista. El que dice la verdad se ve, indefectiblemente, en la cárcel o en el manicomio. Y he aquí una coincidencia de las camisas negras policíacas con todos los académicos del mundo, que a última hora no son más que policías del idioma, del sonido o del color.

El carácter de sublimidad y de objetos sagrados que tienen los cuadros de un Museo o las estatuas, linda con el mesianismo *tabú*. Al paso que se ensalza el arte clásico se crea una especie de Olimpo para escritores y artistas actuales; un Olimpo, un altar, una hornacina o una capilla o cenáculo.

Pero, en realidad, los artistas, como los escritores, sólo obtienen la beligerancia de la gente de dinero y para obtenerla huyen del pueblo. La artista rumana tuvo el honor de desnudarse para hacer una demostración tan alejada del descoco como de la mojiganga puritana; buscó el anhelo popular y no se equivocó. La estatua de Leonardo de Vinci debió parecer junto al cuerpo lleno de vida palpitante de la rumana, un trozo de piedra.

La literatura que surge como de un surtidor de cada museo, de cada exposición o

galería, envenena al ingenuo lector y le hace creer que un paisaje pintado requiere más gusto y más arte que un paisaje construido en el suelo por jardineros y cultivadores; que una figura pintada por Velázquez o Goya es más estimable que el talle de una jovencita.

Paulatinamente se convierte el arte en algo delirante y apasionado, en algo que se cree superior a la vida. Se amotona palabrería para hacer del arte una divinidad nueva cuando todo el esfuerzo de Miguel Ángel y los pinceles de Leonardo no valen lo que un cuerpo vivo. Y mirando a los artistas se llega a comprarles un cuadro por un dínaral, a creer que son unos comadrones de la civilización siendo, en realidad, unos aduladores de los ricos.

Goya era el más repugnante de los cortesanos, el hombre que vivía perpetuamente inclinado ante el rey; como Velázquez, que no pasó de ser un criado humilde. De los famosos artistas del Renacimiento nadie hubiera hecho caso de no ser ricos, de no vivir como príncipes entre juergas, borracheras y queridas.

¿Qué artista es capaz de rechazar los doscientos mil dólares que le ofrecieron al matemático Einstein por una juerga en Hollywood? ¿Quién contestaría como él que una hora de laboratorio vale más que todas las riquezas que pueden ofrecerle los peluceros?

Se odian los artistas acerdamente, con odio de mujeres histéricas, con odio inextinguible. Se odian más unos a otros de lo que odia a todos esos cómicos y danzantes del reclamo un hombre normal.

Una obra de arte no es más ni menos sagrada que un pan o un raíl, que una flor o una estilográfica. ¿Qué es eso de categoría divina vendida a los ricos para ellos o al Estado para meterla en un panteón llamado Museo y poner entrada?

Cualquier advenedizo de la cultura se cree artista por el hecho de admirar a los artistas que admira su crítico. ¿Quién hace un motor? ¿No es el motor un objeto de maravillosa síntesis? ¿Lleva firma? No. En cambio cualquier pintamonas pone la firma al pie de un engendro. Para construir un motor se necesita mayor espíritu de precisión que para

dosificar un azul o un verde; más ojo requiere refinar un motor que una paleta.

Cuando se pinta un paisaje se ve por los ojos del pintor predilecto y cuando se es pintor predilecto por los ojos de la moda. Picasso ha inventado unas doscientas maneras para deslumbrar cada año a los snobs con un estilo nuevo. Unos artistas son partidarios de pintar una calavera tal como la ven; otros pintan no la calavera sino lo que ven al contemplar la calavera.

En América vive Huntington, un millonario que compra cuadros a diestro y siniestro; cuadros de autores que son el polo opuesto, que se repelen por oposición; cuadros grandes. Los compra a buen precio a condición de que tengan muchos metros

cuadrados de superficie. Para eso es millonario.

El mundillo del arte es una cosa manicomial. Hay que tratar a los artistas para comprender que en general tienen alma de esclavo, alma clasificada. Hay que oír a los artistas cómo se burlan de sus admiradores cuando les sacan los cuartos y cómo pagan a los críticos doctorales como jumentos.

El arte divinizado es baja inferioridad. El arte sin cronistas ni firmas que hay en un pañuelo estampado en una talla de pastor, en una máquina de escribir superan al arte mimado del filisteo. Esa mujer que se desnudó para poner en ridículo a Leonardo de Vinci es un ser superior, y, naturalmente, los fascistas la recluyen en un manicomio.

RODELA

Años de mocedad

(Páginas de un libro que no se ha de escribir)

Años de dolor, estos de la mocedad. Nos dicen los burgueses vacuos de ideas, que son los mejores años de la vida. Yo creo que son los más preñados de torturas morales. Hemos de librar batalla con los problemas vitalísimos del sexo y de la forja de la personalidad. El sentimiento reclama también parte de las horas de nuestra juventud, que no podemos negarle y que, desgraciadamente, derrochamos las más de las veces sin tacañería alguna, ni interés. La mayoría de los jóvenes malgasta el caudal de sus sentimientos en amoríos insustanciales, que no sirven ni siquiera de aprendizaje erótico, ya que se olvida, por los mismos, la necesidad de un gran amor que nos acompañe en la vida toda. El amor deviene pasatiempo. Pero si así es, ya no es tal amor, es sólo un amorfo.

Esto en cuanto a la vida del sentimiento. Y ¿qué diremos de la vida del sexo? Lo más triste, lo más doloroso de las horas juveniles, es la entrega, triste también, de nuestro cuerpo en brazos mercenarios, huérfanos de cariño; el cuerpo joven ha de buscar su complemento en la carne macerada de las prostitutas de tarifa media o baja —pocas veces el joven proletario y el estudiante

pueden ofrendar a Venus con sacerdotisas de lujo, que son las únicas que no ofenden íntima y calladamente nuestra sensibilidad— que lleva al alma moza, después del abrazo sexual, un amargo dejo de melancolía. Y, todo esto, cuando a veces tenemos una novia que nos aprieta con cariño las manos, e incluso hemos conocido el sabor de su boca fresca y jugosa; y cuando vemos desfilar por la calle tantos bellos cuerpos femeninos, jóvenes y sanos, que se debaten en el mismo infierno que nosotros, y que, como nosotros, debe maldecir interiormente la sociedad actual que coarta y esclaviza hasta lo más íntimo y recóndito de nuestra personalidad y de nuestra vida.

RAUL ROMAN

Cuando tú naciste, tú florabas y todos reían a tu alrededor. Procura que, al cerrar los ojos en la muerte, floren todos la ausencia de aquel que parte, con una sonrisa en los labios, para el remoto país de donde nunca más ha de volver.

FÁBULA ÁRABE

Poetas de ayer, de hoy y de mañana

II

Poetas de ayer

Antes de atreverme a confundar mis pies con las innúmeras lengüecitas del prado florecido de lirios y estrellas del cielo, con que esos seres en perpetua ensimismación, en constante rebuscamiento por los cajones del yo —los poetas— salvaron el tajo abierto entre nuestro siglo y el pasado, prosiguiendo su sensibilidad una vez lanzado el puente, tejiendo cenefas de roja piel en los muros pardos de los días, antes, digo, de ello, quiero traer aquí escenarios de otros tiempos, mascarones de una vida que casi no lo fué.

Aquel tiempo —fines del siglo XIX— pasó por las almas como húmeda esponja por encerado. Bien es cierto que apenas existía en ellos huella de un sentimiento o de una idea. De tiempos anteriores quedaba en las conciencias una como sombra de idealización de la vida, esa sombra que durante breves instantes vemos parpadear sobre un trigal, al cruzar una bandada de cuervos la sonrisa del sol. Y ni siquiera esto, cercano a nada, sería lo que queda en una habitación cuando es desocupada. Queda en ella la fotografía de los espejos, de las sillas, de los cuadros tras los que se parapetaba contra la soledad, contra ese vivir vacío que le abarrota las entrañas de resbaladizos duendes. Las estancias desamuebladas conservan en su memoria la imagen, un recuerdo imborrable de las cosas que la poblaban. Las cosas van dejando de habitación en habitación, partes de sí mismas, el calor, el sonido que producían al tocarlas, una pata, un fleco.

Así como una metáfora no es el objeto metaforado, sino que viene a ser como unas pinzas que la inteligencia se crea para poder apresar de algún modo el objeto, la imagen de las cosas, su sombra perdida en la soledad helada de una estancia, no son nunca las cosas, son, acaso, el último peldaño hacia ellas, el límite entre su realidad contundente y la alada realidad de la imaginación.

Y el tiempo aquel que vivía de sombras de ideas, de migajas de sentimientos servidos

en lejanos festines, del eco de voces lanzadas a la fosforescencia estelar hacia lustros, respiraba lejos del calor del momento que pasa del minuto que se desprende por exceso de plenitud del racimo de las horas. En ello todo es carnavalesco. Por la boca de su fingimiento asomaba a veces una risa histriónica, empapelada con trozos de periódico, como sus pechos de bronquinómanos. Para su vida les bastaba con mantener un culto ciego a la pasada presencia de grandes ideales. Con el corazón reszumando cenizas ideológicas pretendían remontar la vía del vicio entonces actual.

Con los miembros del antiguo ideal, que, por no ser cumplidos de talla no pudieron prestar servicio a su hora, con el polvo de pasados ideales, manteníanse los españoles de fines del siglo, mientras lo que es más que todas las ideas, la vida, iba desatonizándose en una atmósfera que olía a polilla, a bajezas, a estuñicia. Un cuarto de siglo estuvo pisado por hombres que llevaban en sí la chamarilería de la historia. Lo que nadie, por medianamente sano que se encuentre, toma, para evitar el mareo de hallarse solo, sin una idea que brille a cuatro pasos de nosotros, como posible mano protectora, lo tomaban ellos para sus necesidades.

Si alzaban los ojos para entresacar del bosque de horizontes que cada generación tiene a su cargo, destinados a convertirlos en blando lecho donde gozar la vida, una ruta, cualquiera, la que mejor correspondiera a su subjetivo destino, sus ojos araban con la quilla de su mirar el lozo de la tierra, la salivita del mar.

Ante el primer pedrusco que topaban las lanzas de su retina, se deshilaban sus fuerzas, y sus labios, carentes de las ballestas de sangre que los amapolizan, esculpían en el espacio vacío de vibraciones cordiales, lamentaciones posteriores.

Tanto sus ideas, como sus sentimientos tuvieron el corto vuelo tragicómico de un ave de corral. Y no se trataba de un cambio en el vivir, en que se recluyeran en las catacumbas de un verdadero egoísmo y dejaran vagar al mundo, al esplendoroso mundo, por

los mares de la negación. No; nada de eso. La sordidez de su intimidad evocaba las cuevas en que los gólfillos se guarecen. De tanto en tanto, una poetisa despertaba el saco vacío de su alma. Intentaba clavar banderillas de cera en la sensibilidad de sus contemporáneos. Su musa emperifollada con chistosidad callejera, o con resplandores de corazones que jamás ardieron, parecía el muerto a quien le fuera permitido asistir a su propio entierro.

En este irse todo a los despeñaderos de la desolación, en este llevar como único lema el «ir tirando», cuando la realidad, esa que de nada se tiraba, ni aun de la propia vida, sorprendió el desplome de los sueños nacionales soñados cuando la electricidad serpenteaba por las señas de los españoles. La caída de aquellas perlas, sujetas con infinitos hilos de sangre a la tontería máxima, la fe ciega en que la vida no es una rueda de barquillero y que el ser afortunado depende de la buena mano de quien la impulse, les dejó a todos como atragantados con los cadáveres de tantos españoles inmolados a la chochez de una generación.

Los pobladores de aquellos días que atravesaban las calles con seriedad de sacristía y un aleteo de sotanas raídas en la cúspide de sus preocupaciones, rapantigados en seguridades de hacía trescientos años, dejábanse deslustrar la responsabilidad que todo hombre tiene por cobardías vitales.

Para que esto tuviera un punto final, una brusca vuelta de hoja debieron emerger de la superrealidad española, tan atestada ya entonces de futuros resplandores, seres de otra índole, frutos exóticos en aquel panorama suspenso entre flácidas palmeras y vagancias de escuálidos. Hombres que emprendieron la suprema tarea: la de agujerear el espíritu nacional con dardos emponzoñados de otra verdad, de una verdad más nueva, la verdad que se precisaba para no dejar de ser. Porque hasta esto se llegó. Hasta quedar detenidos en el aro de la nada por un velo imperceptible que en aquel momento volvió el aire a un macizo de nubes.

Entre estos hombres, pocos, escasos, que en el caos polvoriento español lograron encajar luminosidades europeas, paseaban los poetas su rosado pesimismo, alentado más que por España, que ya dejaba entrever sus prietas formas nuevas, por vagorositades de allende el Pirineo, por dejadeces del ánimo en versos donde el sentir vertiase mezclado a voluptuosidades musicales.

Un sentimiento triste que no era tal, pero que trataba de parecerlo, se escanciaba en los jarros de los versos.

Estrellas, estrellas dulces,
tristes, distantes estrellas,
¿sois ojos de amigos muertos?
¡Miráis con una fijeza!
¿Sois ojos de amigos muertos,
que se acuerdan de la tierra,
¡ay flores de luz del alma!,
con la primavera nueva?

Así habla Juan Ramón Jiménez a comienzos del siglo. Con ser enormemente melancólico este poema —el poeta se cree cercano a sus amigos muertos, sus ojos son las estrellas que durante la primavera también parecen sentir el escozor erótico y a satisfacerlo descendiendo a la tierra. Tal vez bajen en pos de un dulce himeneo, porque allí arriba les resulta imposible olvidarse de nuestra humana vulgaridad—, esto, vuelvo a repetir, de una tristeza traspasadora de pétreas alegrías, tiene el encanto de la vitalidad recién manada de la fuente eterna, que, con toda probabilidad, ha sentido doloridas sus plantas al dar los primeros pasos.

Ríe entre las pías del poema una joven alegría acabada de acuñar, alegría de niño que por primera vez ha sido sacado a pasear después de una larga permanencia en el lecho. Si esta tristeza es de niño alegre que de un gesto corajado se ha librado del hastío de la convalecencia, y que al ser acariciado por un rayo de sol, festivo y dulce como su mirada, acude presuroso, sólo con el pensamiento, a las blancas manos de mamá. Manos que él durante su enfermedad perlaba con las lágrimas, filtrándolas mayor blancura de la que poseían. Este retorno tiene gran importancia emocional para el niño. Durante unos segundos se encuentra frente a dos imágenes opuestas, el sol, su mamá. Se diría, al ver la atención del niño, que toda su vida va a depender de la solución que adopte. A mí la posición de esta poesía me parece gemela de la situación que acabo de diseñar.

La poesía que esteló los cielos de los primeros años del siglo y subsiguientes, está compuesta de luz y sombra, alegría y tristeza en tono menor, difuminada. Para el que apetezca una aprehensión justa de su esencialidad, no damos con otro sistema que proceder a la desmontura de su andamiaje. Desmenuzada, separado cada ingrediente,

así es posible que pueda llegarse a su fondo. Pues esta poesía llegó, por causas que no son ahora del caso, a una intersección de la superficie con el fondo, a un amalgamiento de la profundidad a la rala estepa que la esconde. En otras palabras, a una inversión de la ley hasta entonces tenida por aceptable: fondo y forma.

La medula, el árbol sobre el cual todo giraba, era un equilibrio mantenido por abandono de las posiciones extremas, en cuanto esto quiere decir ir más allá de lo actual. No. Ellos se situaron fuera de lo actual, no más lejos, sino un poco en la cuneta, rodeados de nubes azuladas que tan pronto transportaban una muñeca vaga como el suspiro de una flor, o un coro de danzarinas persiguiendo un sueño de fontana.

El dolor parecía alegría. La risa tenía un rictus de dolor presentido. El amor era subrayado con exclamaciones de una melancolía lunática. Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, dioses mayores del momento poético español, nos dan la tristeza envuelta en imágenes alegres, en redes sonoras de una blancura transparente.

En estos dos poetas, que apostá olvidaron sus inmediatos antecesores, que desconocieron las influencias del ambiente, las insinuaciones de los que se van hundiendo, la musa es un ala de mariposa refulgente, bajo un sol primaveral, que gusta de meditar sobre lo humano entre chopos y lunas, entre surtidores sembradores de luceros y esos álamos que las pasadas generaciones dejaron coigados de la muestra de su pena.

Leyéndolos atentamente, observamos el alma de aquellos primeros días del siglo. No sé por qué nos parece que queda algún pliegue de ella por llenar. Su rebullir es de más altas calorías al que yace expuesto en el escaparate de las palabras. Suspendemos un instante la lectura y exhala nuestra garganta un grito. Estamos a punto de preguntar: ¿Por qué, poeta, no nos dice usted todo lo que siente, por qué esa falta de ímpetu, para de un brinco sentimental adelantarse al transcurrir manso de la vida? Estamos a punto de fabricar esa pregunta. No lo hacemos. Nos contiene el que con la vista vadeamos los ríos de imposibilidades que ellos debieron vadear en persona.

Hay en estos poetas una como porción de sí mismos no lograda. Es indudablemente aquella que debieron librar a la lucha por obtener superficie, desde donde izar los cometas de su lirismo. Se les ve con afán

escarbar en la misma roca, hundir sus manos, primas al menos de los lirios, en las faltriqueras de la material tierra. Probar aquí y allí la consistencia del terreno, la sensibilidad de la piedra, el eco de los estanques. De uno a otro amanecer les vemos perdiendo energías, y nosotros, que sabemos su destino, temblamos por sí una treta de la casualidad —dama de gran importancia en España— malogra el luminoso papel que les corresponde.

Sinceramente, esta poesía no levanta en nosotros ninguna importante voz. Caen sus estrofas en nuestra alma suavemente como brisa abrilena en el cáliz de una flor. Tal vez cruja un lato sutil de nuestra sensibilidad, o pueda también descender un verso hasta un oscuro rincón de ella. Pero queda intacto, virgen de huidizos perfumes impresionistas, el punto céntrico de nuestro ser. Pese a procurar desimularlo, no podemos evitar que los hombres, inspirados por el espíritu, inicien un vuelo que no podrán proseguir.

No podemos, en definitiva, reconstruir el gesto físico e intelectual que personas mayores que nosotros producen espontáneamente cuando se entregan a la lectura de estos poetas, iniciales de ubérrimas plenitudes. Los horizontes que nos corresponden están mucho más lejos que estos que nos ofrecen Juan Ramón o Antonio Machado. Permanecen aún guardados en el arca de la niebla. Vamos con paso neuroso, con ansia de adelantarnos a todo, en busca del destino escrito en la carta que nos corresponda. Vamos viviendo nuestra alma, la individual, y, luego, esa que nos abraza a todos, dándonos unas mismas resonancias. Al pasar, rasamos almas que desde luego viven, pero ya no son del día, viven de la renta que les produce el haber llegado a la plenitud, viven un poco de la merced de ese puñado de ilusiones que llamamos alma. Nosotros, que vamos a nuestro fin, notamos pronto quién no está a nuestro lado. Son esos seres que han dado con el límite y por lo mismo han quedado estancados. Y nosotros avanzamos, llevando el espíritu sin desenrollar aún, preparado para recibir todas las novedades que se le acerquen.

ENRIQUE DE JUAN

Cuando más, en el amor, sólo hay un deseo insensato de lo que nos huye.

MONTAIGNE

Lo moral y lo educación sexual!

VII

Rehabilitemos el amor

En todos los seres organizados el instinto del sexo desempeña un papel absolutamente primordial.

El animal come y se reproduce. Estas son las dos funciones esenciales para la conservación del individuo y de la especie.

¡No se diga, pues, que concedemos demasiada importancia al amor! Los que tal afirman no serían quizá muy sinceros o fueran dignos de lástima.

El amor conduce a la sociedad actual, dirige nuestra actividad, es el fin hacia el cual tendemos, por diversos caminos, a menudo más o menos defectuosos, los esfuerzos de todos los humanos. Es, en fin, la suprema ley de la Naturaleza.

En las solitarias abejas, la hembra se entrega al macho y es fecundada desde su nacimiento. El macho muere enseguida. La hembra pone, acumula la miel en sus larvas y muere luego.

Cuando los batracios están unidos, les domina hasta tal punto el instinto sexual que se les podría cortar las piernas y la mitad de su cuerpo, sin que por ello se interrumpiera el coito.

El pez esparce su simiente en huevos que halla flotando sobre las aguas y de los que no ha conocido jamás la madre y no obstante, los acecha con voluptuosidad y pasión.

El macho de la marta de mar es devorado por la hembra en el transcurso del acto sexual. La cabeza ha desaparecido y, a punto de estarlo también el cuerpo, él se agarra aún a la hembra asesina (dicho sea sin intentar un retruécano), obedeciendo a un espasmo supremo de lo que le resta de sistema nervioso. Los ciervos y los jabalíes se disputaban la posesión de las hembras hasta la muerte.

Remy de Gourmont ha citado innumerables ejemplos de este género: supongamos que un naturalista se pone en el bolsillo una hembra de bóbice, al entrar en su casa se halla ya envuelto por una nube formada por más de cien machos que le siguen la pista.

¡Los perros a distancia de más de una legua vienen atraídos, no se sabe cómo, por el olor de una perra en celo.

Contemplad las flores abrirse en la primavera y los pájaros y los peces tomar un color más vivo. Es también la época de las grandes emigraciones llevadas a cabo por ciertas especies animales que van hacia el amor, venciendo los peores obstáculos. Es el verano que ve despertar el amor de los insectos y de numerosos mamíferos. En invierno, en cambio, se desarrolla en mayor grado la voluptuosidad de los animales polares, tales como el lobo y el zorro. Parece como si la Naturaleza quisiera entonar, en todo tiempo, un himno grandioso a la voluptuosidad.

¡V se diría todavía que la carne es obscena, el amor repugnante y la voluptuosidad un pecado!

Y es todo lo contrario; el hombre debe sacar provecho del gran ejemplo que le da la Naturaleza. Pecar es no seguir su ritmo.

Debe ir hacia la dicha, hacia una felicidad más completa y más perfecta, ya que es un animal superior; pero su ideal se ha de basar en la alegría y no en la mortificación.

Debemos buscar la superioridad moral en el amor; creo haber demostrado que no intentaba prescindir de ello, pero tengamos presente que el amor más tierno no resiste a la inarmonía carnal.

Que la mujer cuide de ser para el amante o el marido una enamorada perpetuamente joven, cuidadosa de agradarle y satisfacerle plenamente. Que uno y otro de los cónyuges eviten los gestos groseros o ridículos, las indiscreciones, las promiscuidades molestas y saldrán ganando con ello, en una esfera de poesía y nobleza.

Se nos diría que el amor requiere variación y atractivo. ¿Hallaréis quizá esta variedad derrochando vuestras experiencias sexuales con compañeras a menudo ignorantes, repugnantes, vanidosas o estúpidas? ¿O la encontraréis en brazos de la elegida, que se ingenie en destilar para vosotros la deliciosa miel de sus caricias y concentre todas sus aptitudes amorosas en un solo ser elegido noble y libremente?

Que elija el lector.

Preguntas y Respuestas

ADVERTENCIA.—Una vez más rogamos a los consultantes que se atengan a las indicaciones que hemos dado ya en números anteriores acerca de la presente sección. En resumen, son: que las preguntas sean esquemas y concretamente expresadas, que no envuelvan una consulta (pues para esto está el Consultorio Médico de ESTUDIOS), que se escriba con letra clara y que las cartas conteniendo preguntas sean dirigidas **PRECISAMENTE** a ESTUDIOS y no al doctor Remartínez.

PREGUNTA: *Reservada.*—Laura B., Sevilla.

RESPUESTA: Evite tomar ninguna clase de específicos a este fin. El mejor tratamiento para lo que desea es la electricidad ayudada de hidroterapia, pero esto ha de hacerse bajo la dirección del médico.

PREGUNTAS: 1.^a *¿Por qué tendré siempre la lengua blanca a pesar de regir el vientre a diario?*—2.^a *¿Es cierto que las culebras beben la leche de las mujeres que crían?*—Dos amigos.

RESPUESTAS: A la primera: Sin duda su estómago no digiere bien, a pesar de que crea que «todo le sienta bien». Le aconsejo se haga ver por un médico o pida cuestionario para consultas por correspondencia a fin de conocer más detalles.

A la segunda: No, señor.

PREGUNTA: *¿Es cierto que los deseos no satisfechos de una mujer encinta se graban sobre su piel?*—E. García, Mislata.

RESPUESTA: Ya ha sido contestado esto. No, señor. Es una de tantas creencias populares derivadas de la imaginación ayudada por ciertos casos de manchas en la piel de recién nacidos que se atribuyeron a dicha causa.

PREGUNTAS: *¿Es lo mismo catarro intestinal que estreñimiento crónico? ¿Puede el dicho catarro producir impotencia sexual? ¿Cómo combatirlo?*—Ramón Pui.

RESPUESTAS: Catarro intestinal, es decir, inflamación, no es lo mismo que estreñimiento; antes al contrario, en la enteritis suele haber diarrea; ahora bien, puede haber inflamación del intestino grueso, colitis, y acompañarse de estreñimiento, putrefacción intestinal excesiva, mucosidades, pujos, etc. El término catarro es en sí mismo muy vago

y conviene siempre afinar el diagnóstico para instituir un tratamiento adecuado.

Tratamiento sin más indicaciones (y se precisaría cuestionario o consulta) no puedo darle; por cuanto el régimen alimenticio y las demás cosas a hacer dependen de que haya tendencia a las fermentaciones con intolerancia para los hidratos de carbono (enteritis) o bien predominen los fenómenos de putrefacción (colitis). Póngase al cuidado de un médico.

Estas dolencias no pueden producir impotencia en ningún caso, al menos directamente.

PREGUNTAS: 1.^a *¿Hay alguna sociedad Naturista en Madrid?* 2.^a *¿Cuáles son los medios de combatir la impotencia?*—F. Ronda, Madrid.

RESPUESTAS: A la primera: La hay, sí, señor, y cuenta, por cierto, con valiosos elementos en su seno. Para más detalles puede dirigirse al doctor Eduardo Alfonso. Príncipe, 18 y 20, Madrid.

A la segunda: Ante todo es preciso saber si se trata de verdadera impotencia, con sus causas orgánicas bien definidas. Si fuese así tiene poco y mal tratamiento. Pero es que la mayoría de los casos no son de tal impotencia, sino de pseudoimpotencia o impotencia falsa, de causa psíquica. Los enfermos de tal lo son más que de aparato genital, de sistema nervioso o de parte mental. Estos casos son casi siempre fácilmente curables. No puedo decirle más en los límites de esta sección. Precisa consulta.

PREGUNTA: *Desea explicación detallada de la acción curativa de los «baños biológicos».*—Albino Martínez, Estados Unidos.

RESPUESTA: Se han invertido los términos y ahora soy yo el que pregunta: ¿Qué es lo que entiende usted por baños biológicos? Se han puesto tantos moteles recientemente a sencillas prácticas higiénicas, hidroterápicas, dietéticas, etc., etc., que necesito esta aclaración.

PREGUNTA: *¿Es cierto que la tuberculosis pulmonar se hereda de abuelos a nietos aun estando los padres sanos?*—F. Camacho, Algeciras.

RESPUESTA: No, señor. Es más; aún no está probada la herencia de la tuberculosis ni de padre a hijo. Lo que sí se hereda in-

dudablemente es la predisposición, el terreno preparado, muchas veces a causa de la debilidad congénita de los hijos engendrados por progenitores tuberculosos.

PREGUNTA: De F. Aguado, Ecija.

RESPUESTA: Precisa consulta. Puede pedir cuestionario si lo desea.

PREGUNTA: De «Un asiduo lector de ESTUDIOS». Primera, impublicable; segunda, ¿hay tratamiento no operatorio para el varicocele?

RESPUESTAS: A la primera: No hay nada para lo que usted desea, mi amigo, sino conformarse con la dotación de Natura. A la segunda: Si el varicocele es benigno, no precisa operarse y puede hacerse la vida habitual con un buen suspensorio. En caso contrario, opérese; pues la intervención es sencilla y sin peligro.

PREGUNTA: De D. G. J., reservada.

RESPUESTA: Comprendo su caso, en efecto muy desagradable, pero no tan raro como supone. Para ello, puesto que la solución entraña la paz y la alegría matrimonial, le aconsejo que haga visitar a su esposa por un médico. Se dan casos de himen tan resistente, que sólo puede hacerse el acto carnal en forma satisfactoria después de una sencilla intervención quirúrgica.

PREGUNTA: ¿Cuál es el remedio emenagogo más sencillo y eficaz — G. F. Ferrer.

RESPUESTA: Ninguno, en manos de los profanos, pues todos pueden determinar accidentes o, cuando menos, molestias. Además, se precisa saber, o al menos presumir, cuál pueda ser la causa de la suspensión del menstruo (embarazo, afecciones del aparato genital, tuberculosis, anemia, insuficiencia ovárica, etc., etc.). En caso de embarazo, aparte de constituir el aborto un hecho delictivo que cae dentro del Código penal, absténgase de emplear remedios a este fin, siempre peligrosos.

PREGUNTA: Si una joven efectúa unión sexual y no queda encinta, ¿termina con ello la pubertad, o mejor dicho, no se desprenden ya los óvulos que causan la hemorragia? — Joaquín Chulvi.

RESPUESTA: No está clara la pregunta. La pubertad nada tiene que ver con esto. Pubertad quiere decir tránsito de la niña a la mujer. Ahora bien; la mujer normal y sana que menstrúa normalmente y cuya menstruación se suspende después de un contacto sexual, es probable embarazada, mien-

tras no se demuestre lo contrario. De no estarlo y no haber ninguna otra causa o afección que implique esta suspensión, la ovulación continúa al mes siguiente.

PREGUNTA: Tengo un hijo de doce años con muchas lombrices. ¿Qué hago?

RESPUESTA: Supongo se refiere a los vermes pequeños y no a la tenia o solitaria, y ateniéndome a tal suposición, contesto:

Lo primero que debe hacer es cuidar de una escrupulosa limpieza de las manos del muchacho a las horas de las comidas, y evitar del régimen las cosas dulces, confituras, etcétera. Para su expulsión le indicaré una receta «casera» de probada eficacia. Tenga al muchacho un día antes a régimen de ensaladas con marcado gusto a ajo, y al día siguiente haga la siguiente fórmula:

Dientes de ajo machacados... .. 50 gramos.
Azúcar 200 »

Hervir cinco minutos en medio litro de agua. Cuélese. Déjese en digestión en frío, en vasija abierta doce horas. Se toma a tacitas con media hora de intervalo entre cada una. A la noche de este día, dele un purgante, y cuando éste obre complete su efecto con un buen lavado intestinal, y verá salir lombrices.

La pregunta de José Espinós precisa consulta. Puede pedir cuestionario.

Idem, ídem, las de José García Montañés, Luis Castellanos, J. P. Adnes y P. R. C.

PREGUNTA: ¿Puede la mujer concebir sin sentir el espasmo o placer sexual? — A. Lariego, Estados Unidos.

RESPUESTA: Sí, señor. Es creencia vulgar y errónea, que para que la mujer quede encinta precisa sentir el placer u orgasmo sexual como el hombre y aun al tiempo de éste, pero no hay tal. En el hombre es preciso el orgasmo, puesto que sin él no hay eyaculación de semen, y por tanto, espermatozoides; pero para la mujer no se precisa esta condición y hay numerosas madres que no saben lo que es el placer sexual. En la mujer el fenómeno de la concepción depende del fortuito encuentro de un óvulo con un espermatozoide que lo fecunde, y cada menstruo la mujer expulsa un óvulo a este fin. Nada tiene que ver en ella, por tanto, el orgasmo sexual con la capacidad de concebir.

R. REMARTINEZ
Médico

Niños y mayores

En una calle cualquiera, a unos quince metros delante de mí, ante la puerta de un «conventillo» (1), un niño y una niña de cuatro años, están abrazados y pelean, procurando derrumbarse mutuamente. Los contemplan unos hombres divertidos por la lucha, quizás por ellos provocada, que ahora excitan. Sisean a las criaturas como si fuesen animales, o boxeadores en el tablado.

—¡Mételo, Titina!

—¡Tírala, Pocho!

Y los dos niños, enardecidos, alentados por los aplausos de los mayores, exasperado su amor propio porque la caída será objeto de la mofa general, arquean la espalda, asientan los pies entrecruzados, buscando con los dedos un mejor punto de apoyo entre los adoquines; crisan las manos, las facciones todas en un esfuerzo supremo que no da resultado.

Paso asqueado. La gente ríe del espectáculo. Los pequeñitos siguen jadeando y forcejeando, y yo tengo ganas de insultar a los brutos, incapaces de enseñar a esos niños, ni a los suyos si los tienen, una sola letra del alfabeto, incapaces de darles la menor noción de higiene ni de cuanto pueda elevarlos, pero empeñados en despertar el instinto de brutalidad que tal vez sin su intervención habría quedado dormido en el fondo de esas almas infantiles.

Los combates entre niños, especialmente los provocados, son mucho más terribles que los combates entre mayores. La personalidad del adulto está ya generalmente formada. Se ha desarrollado lo que constituye sus principales características de bondad o de crueldad, de inteligencia y voluntad. Un episodio, cualesquiera que fuese su índole, no alterará mucho o nada su fondo psicológico. En cambio, esos episodios pueden alterar, deformar o formar, en sentido pésimo, el fondo psicológico de las criaturas que van hacia la plenitud de la edad y de las facultades.

Hay en todo niño infinitas posibilidades.

El desarrollo de su intelecto y de su sensibilidad está sometido a multitud de fenómenos que escapan a nuestro control, y a otros que podemos observar y sobre los cuales podemos actuar, para propiciarlos o estorbarlos, según sea o no conveniente.

La historia de los grandes hombres es al respecto sugestiva. Muchos, siendo niños, anunciaban perfectas nulidades. Y más tarde, por un despertar súbito de su inteligencia, el genio apareció como por aparente generación espontánea.

Pero, si en ese momento, esos niños grandes hubiesen estado rodeados de bestias en forma humana, si hubiesen estado sometidos a un rudo trabajo de diez, o doce, o más horas diarias; si hubiesen tenido que dormir en un jergón tendido en el suelo, vestir ropa destrozada, ir sucios, mal alimentados, a buen seguro que la personalidad latente que esperaba su hora no se habría exteriorizado nunca, y ni los demás ni ellos mismos habrían sospechado su existencia.

Recuerdo una niña de ocho años, que tuve por alumna en una escuela de instrucción primaria, en La Coruña. Era hija de un pescador. La madre salía por la mañana temprano, a comprar, para venderlo, pescado en los muelles del puerto. La hermana mayor, desaseada, haragana, no se ocupaba de la pequeña. Y los padres mismos la dejaban totalmente abandonada. Estaba y era sucia, rotos sus vestidos, como embrutecida porque nunca la luz había llegado a su espíritu. Olfía mal de tanta mugre. Con otras niñas mayores, después de comprobada la imposibilidad de sacudir la indiferencia de los padres, formamos un complot. Hicimos de padre y de madres. Conchita —así se llamaba— fué limpiada, peinada. Le corté el cabello, le arreglamos la ropa. Y se sintió igual a los otros. Pudo ir a saltar a la cuerda, a jugar al padre y a la madre, pudo reír lo mismo que las demás. Nada la diferenciaba. Antes sí: estaba muy sucia y olfía mal, y aunque buenas las otras, se apartaban de ella porque su vecindad era insoportable.

Yo observaba el cambio que se operaba en ella. No era, a los pocos meses, la retraída, triste, ensimismada en la cual se advertía anticipadamente un alma vencida para toda la vida. La risa le brotaba espontánea-

(1) Se llama «conventillo» en la República Argentina una especie de casa colectiva donde viven los obreros, generalmente con una sola pieza por familia.

mente. Y he visto así otras que en mi escolita, que cerraron los esbirros de Primo de Rivera, aprendieron a refr.

Conchita estudió también. Y, al mismo tiempo que la alegría, su fisonomía fué reflejando inteligencia. Salía a la superficie lo que estaba en el fondo, abandonado o sumergido bajo la estultez del ambiente que hasta entonces había influido sobre ella. La mirada ya no era la torpe, apagada, inexpresiva mirada de antes. Brillaba. Había algo bueno que vivía en esa alma y que la iluminaba.

Y cuando hube de decir adiós a mis chiquillos, después de recibir la orden de clausurar la escuela, la mayor pena que sentí fué por varias de esas criaturas que tenían en la escolita casi el hogar de que hasta entonces habían sido privadas, que habían nacido a la luz del espíritu, y que iban a hundirse de nuevo en las tinieblas que los padres, los parientes, los vecinos retardados, incultos o indiferentes mantendrían muy espesas en su derredor.

Quisiera tener hoy la dolorosa posibilidad de poder comprobar si mis temores han sido o no verificados.

Sí, indudablemente, la influencia del ambiente pesa enormemente sobre la personalidad del niño. Se pueden citar casos de individuos que lograron sobreponerse a él, tarde o temprano. Esto no significa nada. Nos interesan los niños todos, los hombres futuros todos y las futuras mujeres todas. El mundo está, estará compuesto por la totalidad. Los superhombres no son la norma ni la obra de la humanidad. Y esta humanidad de mañana está guiada por la de hoy. ¡Trágica fatalidad de un destino que debemos enmendar todo lo posible! Porque, si lo que será ha de ser mejor de lo que es, si todo porvenir ha de ser superior a lo actual y al pasado, ¿como lograr esa superación entregando la generación naciente a la que la precedió, dando por maestro lo que por ley biológica es inferior al alumno?

Mañana representa más cultura, más civilización, más civilidad que hoy, como hoy representa un progreso sobre ayer. A pesar de las dificultades, a pesar de los obstáculos, es otra fatalidad inexorable que en condiciones normales, una generación marque sobre otra un avance. Allí reside siempre la gran esperanza de los Quijotes del progre-

so, de quienes viven en la raza a través de su perpetuación. Y los hechos demuestran que tienen razón.

Pero, ¡cuán triste es ver ese mañana todavía frágil, en pugna con esta actualidad triunfante que le manosea, le aplasta, le atormenta! ¡Cuán amargo es ver ese amanecer sometido al capricho de la noche, su dueña y señora!

Los mayores hacen la ley, la tradición, las costumbres. Están en la posesión total de sus aptitudes físicas y mentales —sobre todo físicas—. Y, deformados ellos mismos durante su niñez por el ambiente impersonal y por el de los hombres más cercanos, siguen deformando, y dirigiendo las existencias jóvenes, según los conceptos en ellos predominantes, o según los hábitos de bestialidad que han acabado por dominarlos.

—¡Mételo, Titina!

—¡Tírala, Pocholo!

—No os parece que es un espectáculo de todos los pueblos de la tierra el de esos niños de cuatro años, luchando con ira por derribarse, irrumpiendo sus milenarios instintos de brutalidad, ante la risa estúpida de unos hombres divertidos? Traducirlo a todos los idiomas, a todas las jergas que por el mundo se hablan, Y eso simbolizará siempre el predominio de lo bajo, de una generación fracasada sobre otra que puede triunfar en las nobles lides de los seres de excepción que la humanidad podría componer.

Esos hombres, esas mujeres, ignoran el mal que hacen porque ignoran su propia ignorancia. No saben nada de la compleja psicología de las personalidades en formación, ni cuánto daño, cuánta desastrosa influencia regresiva pueden causar sus actitudes, sus incitaciones, sus aprobaciones o su desaprobación.

Han sido criados como bestias. Ellos no tienen la culpa. La sociedad no ha sabido hacerlos mejores. Ella ha apagado la alborada, ha cerrado el amanecer, ha embotado el espíritu. De padres a hijos, de hijos a hijos nuevos. Desde siempre, ¿hasta cuándo?

No son responsables. Se ha gastado infinitamente más dinero para enseñarlos a matar que para enseñarlos a vivir, para ahogar su inteligencia y su sensibilidad que para hacerlos florecer. Pero, independientemente de la causa, miro los efectos. Veo esa ignorancia, ese mal involuntario pero atrocemente efectivo, guiar a los niños. Veo a la bestia convertir en bestia lo que aún es humano, y no puedo dejar de protestar, de gritar,

porque no hay fatalidad adversa que el hombre no deba tratar de vencer.

¿El remedio? Ciertos proponen el alejamiento del hijo, la separación con los padres. El niño entregado a la sociedad, a la colonia, al Estado. Esos no han advertido aún que la sensibilidad del niño necesita toda la atención de la madre, y que no es demasiado, para las necesidades de su corazón y de su psicología en formación, del cuidado de una madre para un niño solo. No han advertido que privarlo de ese alimento, que también lo es del espíritu, que tanto influye sobre la formación de la mentalidad, es tronchar casi toda su vida futura y la obra de esa vida. Los teóricos impenitentes que nos hablan de la Naturaleza y nos muestran las especies animales donde los lazos familiares son más breves o inexistentes olvidan que la especie humana tiene distintas necesidades del intelecto y de los sentimientos.

Necesidades más hondas, más restringidas aquí, más universales allá, que le son peculiares.

No se puede privar al niño del afecto de los genitores, cuando existe. No se le debe separar. Pero esto nos obliga a dejarlo en sus manos, como educadores.

¿El remedio, el remedio? No hay otro que defenderlo en la escuela, no hay otro que presionar sobre los padres, que hacer comprender a los mayores el papel funesto que tantas veces desempeñan. No hay otro que educar a la madre al mismo tiempo que al hijo, lo más y lo mejor que se pueda, y hacer comprender al padre que en toda criatura humana balbuciente hay una promesa de superioridad que no debe destruir, una sensibilidad estremecida, infinitamente delicada que no debe herir, una grandeza en gestación que no debe empequeñecer. El remedio está en hacer comprender que no se debe solamente dar a la sociedad seres de carne y hueso, sino hombres o mujeres en los cuales la divina chispa de la inteligencia debe arder victoriosamente hasta la tumba, y contribuir al nacimiento de otras chispas más brillantes.

Tarea ardua, pero necesaria y no imposible. Parcialmente se ha realizado ya en Inglaterra, en Alemania, en Bélgica, en Francia, en Suecia, Noruega y otras naciones. Más parcialmente se ha realizado en otras, y dentro de todas hay regiones más atrasadas donde prima aún la adoración del músculo, donde causa regocijo el nacimiento de la barba-

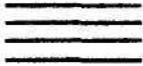
rie en las criaturitas que pueden ser toda dulzura y luz.

Hay ya padres que comprenden que deben ser protectores, colaboradores de la salud física y de la de todas las facultades psíquicas; que se apasionan por ayudar a ese resultado, la tarea más enaltecedora, en tiempo normal, de todo hombre, de toda mujer normal. Hagamos, con nuestra labor perseverante, con nuestra incesante prédica, penetrar poco a poco esta convicción. Insistamos hoy y mañana, toda nuestra vida, seguros de la utilidad de nuestro empeño, de lo santo de nuestra misión. Gradualmente, lo que ha nacido se desarrollará y se esparcirá por doquier. Y día llegará en que el amanecer no habrá de luchar más con la noche, sino que será acompañado por tardes acogedoras, reveladoras de horizontes inexplorados.

GASTON LEVAL

Nadie ha podido, ni podrá, demostrar cualquiera de estos dos hechos: que la tierra es suya legítimamente, o que el incesante aumento de valorización de la tierra es debido únicamente a sus propietarios. Y a pesar de ser reconocida la detentación, la tierra, «alma máter», «madre nutricia» de la vida, sigue siendo, en manos de unos pocos, fuente de hambre y miseria. Cuando Dios dijo en el Génesis: «He aquí que os he dado toda hierba que da simiente, que está sobre la faz de toda la tierra; y todo árbol en que hay fruto de árbol que da simiente, seros ha para comer», no adivinó que el Amor y la Justicia de su Ley iban a ser corrompidos. Ni menos pudo sospechar que habían de ser los más fieros enemigos de su doctrina los que más ostensiblemente le adoran. Hoy todo árbol que da fruto tiene a su lado un fusil que dispara en cuanto que el que se acerca no es el «amo»; y toda tierra tiene una linde o una alambrada que le dice al hombre que su vida, que viene del suelo, es propiedad de los que poseen la tierra, porque en sus manos está dar o no trabajo. El que detenta la tierra, no sólo ha robado los derechos de subsistencia que la Naturaleza otorga a la Humanidad; ha robado y sigue robando el derecho más sagrado; el derecho a vivir libremente. ¿Cómo va el hombre a vivir libremente en una tierra que no es libre?»

EMILIO PALOMO



Una definición del librepensador

En tanto que este término se emplea para designar cierto modo de conducirse respecto a las religiones y a los clérigos, creemos que, para aspirar al gallardo título de Librepensador no basta manifestar sus opiniones después de la muerte —mediante el rito del entierro civil—, sino que conviene, durante la vida, accionar en todos los dominios de la actividad social contra el panurgismo de las multitudes.

Por tanto, para nosotros, el librepensador no es el espíritu fuerte que, desde el fondo de su pueblo, lanza alguna chanza o burla grosera contra su cura o se hace, en período electoral, agente de un arrivista anticlerical cualquiera; lejos de eso.

Es el que se afirma, de hecho, no sólo anticlerical, sino en primer lugar *antirreligioso*, y hay aquí una gran transición, cuya exposición excedería los límites de este corto artículo; limitémonos a decir que es el que, por razones científicas que expone y propaga (astronomía, geología, antropología, etc.) no cree ya en la existencia de un Dios, que no reconoce la autoridad de ningún amo (rey, patrono, diputado, etc.); creencia y autoridad que expone, en toda ocasión, de los argumentos sacados de Sócrates, Diógenes, Galileo, Descartes, Tolstoi, Buchner, Bakounine, etc., así como de su propio fondo.

Es el antihipócrita que no combate la clerigalla católica, protestante o judía, para reemplazarla por la chusma masónica o marxista, sino que aspira a meter a todos los trapaceros de la credulidad humana: azules, blancos o rojos, en el mismo saco para lanzar al mar... Es el que considera la obediencia como acto envilecedor y que se erigirá siempre contra el bandido coronado, galoneado, mitrado o afortunado, que pretenderá intimarle una orden e imponerle una fe.

Es el que todo lo pasa por el cedazo de la crítica y que no acepta nada como definitivo que no sea probado por la razón o por la experiencia. Nada tiene de común con el agente electoral del diputado radical o socialista que (para no contrariar a su esposa) se casa por la Iglesia (para vivir bien con su madre política), hace bautizar y comulgar a sus vástagos. Jesuitas negros o rojos, para él son equivalentes.

Es el que afirma y sostiene el derecho del pobre a recobrar del rico —a viva fuerza, si es preciso— lo que éste ha robado, a él o a sus infelices antepasados, por la violencia o por la astucia; es el que obra con los demás como él quisiera que se obrase con él: con franqueza, con justicia y lealtad.

Es el que proclama, al gran sol de la Libertad, que la tierra, el mar, el cielo, los medios de producción y de intercambio, son de *todos*, y que nadie tiene el derecho de mandar a su semejante ni de obtener una utilidad sobre su trabajo. Desprecia tanto a la aristocracia nobiliaria como a la oligarquía del dinero burgués o artesana, cuya omnipotencia combate, a pesar de que las cárceles republicanas hayan reemplazado tan ventajosamente a las Bastillas del antiguo régimen.

Es el sin fe ni ley, es el portaantorcha que ilumina el pensamiento humano de clarividencia y de reflexión; es el que ridiculiza y rompe los iconos religiosos, patrióticos, familiares y políticos; que destruye los moldes de las sociedades milenarias; que rechaza el espíritu de resignación en las tinieblas de la ignorancia o de la cobardía.

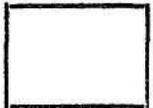
Es el Cruzado del Santo Espíritu de la Rebelión que, a través de las edades, ha hecho derrumbarse los tronos, cortar la cabeza de los reyes, libertarse a los pueblos y que hará, en lo por venir, que los hombres adquieran conciencia de su Derecho en la misma parte de las alegrías de la existencia, cuando ellos participan en el mismo esfuerzo del Trabajo.

¡He ahí lo que es el librepensador integral!

G. WITHOUTNAME

Es escalofriante ese espectáculo de los barrios pobres de las grandes urbes y de las cuevas de las aldeas; ese hacinamiento inhumano de criaturas depauperadas, enfermedades, escrofulosas y raquíticas, colgando de pechos tuberculosos; ese espectáculo del campo y del taller, viendo en ambos a criaturas de diez y doce años arrancadas de la escuela porque en sus hogares hace falta pan.

EMILIO PALOMO



Para una antología
de temas pedagógicos

Instrucción y educación

Si lo esencial en la escuela y en la enseñanza es la instrucción, la mera instrucción, entonces surge toda una escala de valores a cuya cabeza está el profesor de Universidad, y en cuyo extremo inferior se encuentra el maestro de escuela. El profesor de Universidad, como tiene que instruir mucho, que enseñar mucho, valdrá mucho; en cambio, el maestro de escuela, como tiene que enseñar muy poco, valdrá muy poco, y en último término nos encontraríamos con la maestra de párvulos que, como atendiendo a la mera instrucción, no tiene que enseñar nada, no valdría nada.

En esta escala, inevitable desde el punto de vista de la simple instrucción, nos encontramos en lo más alto al catedrático del Doctorado, encargado de transmitir conocimientos sublimes; después, un poco más abajo, el profesor del Instituto o de las Escuelas especiales; después el maestro primario, y por último a la maestra de párvulos; la cual, con este criterio, podrá ser la pobre anciana iletrada que nos describe el doctor Rubio, con una caña en la mano, rodeada de chiquitines sentados en sillas de esparto con un travesaño delante, y cuya misión pedagógica consiste en prestarles ciertos cuidados domésticos, en decir de vez en cuando, amenazando con la caña, «¡Niño, quietecito!», y en hacerles rezar a coro el *Bendito* al terminar esto que no me atrevo a llamar la clase. Este criterio de valoración es frecuente en muchas personas y hasta en muchos maestros. Por eso se observa que cuando un maestro es director de un grupo escolar con varios grados, varias clases, casi siempre se queda con la más adelantada, donde están los niños mayores y que más cantidad de instrucción pueden recibir. Y otro ejemplo muy característico nos lo ofrece el Consejo de Instrucción Pública, donde, entre tantos profesores de distintas especialidades, no figura un solo maestro de escuela primaria.

Pero invirtamos los términos, y pensemos que lo fundamental en la escuela es la edu-

cación. Entonces ya no habrá jerarquías, sino mera diversidad de funciones y de aptitudes. ¿Por ventura es menos eficaz la obra de la educación con niños pequeñitos que con muchachos? ¿No es, por el contrario, la receptividad, la plasticidad, digámoslo así, para el influjo educativo mucho mayor en los primeros años de la infancia? Pues, entonces, desaparece la escala, o más bien se invierte. Y así, ya hoy tenemos en España profesores eminentes de la Universidad, hombres de ciencia de primera fila, que consagran una parte de sus esfuerzos a la educación de los niños pequeños. Precisamente investigaciones científicas contemporáneas, que, por lo demás, no hacen sino confirmar lo que ya el vulgar buen sentido había hecho entrever, demuestran que muchas de las que se creían disposiciones innatas, heredadas, no son tales, sino que fueron adquiridas durante los primeros años de la infancia, aunque luego hayan dejado en el espíritu un pliegue, una huella que no podrá ser modificada en ningún modo por la educación posterior. Y aún hay quien cree entre los modernos hombres de Ciencia que determinadas afecciones nerviosas o mentales provienen de hechos acaecidos durante la primera infancia; hechos olvidados, sin consecuencia aparente por el momento, pero que, excluidos del campo iluminado de la conciencia, pugnan con lo inconsciente por volver de nuevo a la luz, y dan por resultado esas modificaciones patológicas, que quizás habrían podido evitarse si desde la cuna hubieran estado los niños a cargo de un educador suficientemente ilustrado.

Cuando se piensa en estas cosas, ¿quién se atreverá, sin la más amplia y escrupulosa preparación, a encargarse de la educación de los niños pequeñitos? ¿Quién se creará demasiado sabio para tal misión? Recuerdo a este propósito las palabras de uno de los grandes escritores del romanticismo francés: «Ya no basta que los sabios se contenten con decir: «¡Dejad que los niños vengán a nosotros!» En este tiempo es preciso que los sabios vayan en busca de los niños.»

LUIS DE ZULUETA



Don Ramón se subió apresuradamente el cuello de su magnífico abrigo de pieles. Hacía un frío intenso. La calle, casi desierta en aquellas horas del atardecer, estaba toda gris, como si hubiera absorbido el color sucio y plomizo del asfalto.

—¡Qué noche más cruda va a hacer! —pensó don Ramón, acomodando con voluptuosidad el cuello y la cara entre las tibias pieles de su abrigo.

Sin embargo, ni el frío, ni el aspecto triste de la calle, lograron avinagrar su humor. Estaba contento y no sabía por qué, a ciencia cierta. Era, quizás, la buena marcha de sus espléndidos negocios; era tal vez que se encontraba en uno de esos momentos de optimismo para el cual, aparentemente, no hay un motivo concreto; pero que tiene su origen en una serie de circunstancias. Sin duda, su buen humor provenía, en primer lugar, de la marcha excelente de sus negocios, y en segundo término, de la agradabilísima tarde que había pasado.

Entre los brazos de Manolita, su amiga, sentía don Ramón casi siempre una buena disposición de ánimo. Aquel *biblot* de labios pintados y de cabellera oxigenada, cuyo sostenimiento le costaba muchísimos duros, tenía la virtud de hacerle olvidar la vida agitada y enfadosa de los negocios. Porque don Ramón no era, ni mucho menos, un sentimental, sino un ave de presa, un hombre de gran sentido práctico y de conciencia muy elástica que gustaba enormemente de los placeres materiales; era, ante todo, un sensual, un buena cerdo de la gran manada burguesa.

Venía del comfortable «cuarto» de su amante, en donde había pasado la tarde saboreando las caricias interesadas de ésta, que el pobre, en su cerrazón de viejo libertino y pretencioso, creía espontáneas y sinceras.

Caminaba por la calle de La Puebla, pensando con regodeo en el buen efecto que había causado en Manolita su último regalo. Al llegar al final de la calle para tomar el automóvil, que le esperaba en la de Valverde, paró su atención en un mendigo que se disponía a tocar el violín.

Ninguna de las otras tardes se había fijado en el pobre violinista, pero ahora sintió despertarse en él, súbitamente, el sentimiento de la compasión. Realmente daba pena ver al pobre ciego, con un gabancillo raído, apoyado en la esquina, afinando torpemente el violín con sus manos amoratadas y yertas. Su cara semejaba la de un Cristo de Van-Dyck, pero ciego y con la barba entrecana; era un rostro en el que habían dejado huella todos los dolores humanos. Don Ramón pensó en la noche que pasaría aquel infeliz tiritando en aquella esquina, para recoger unos céntimos. Recordó que Manolita le había hablado en una ocasión del violinista ciego. Según ella, había sido un «artista» en sus mocedades, pero la fatalidad y la ceguera le habían arrastrado a aquella vida horrible. Y recordó también que su amiguita se había expresado respecto al mendigo con esa simpatía que las prostitutas, tanto las encumbradas como las humildes, sienten hacia todos los desgraciados.

Don Ramón se enterneció más con este recuerdo, y dispuesto a hacer una buena obra, se aproximó al mendigo. Tocaba éste una romanza, con los ojos inexpresivos perdidos en el vacío. Le cogió por un brazo y le dijo:

—¿Cómo has salido con esta noche? Seguramente no vas a recoger nada...

Aquella voz antipática y autoritaria, que pretendía en vano ser tierna, sacó al violinista de su éxtasis.

—Es mi vida, señor —replicó, con una voz dulce y pastosa—; si no salgo a tocar, no como.

—¿Pero tú crees que con este frío tiene nadie gana de pararse a oír tu música?

La voz de don Ramón era, como de ordinario, despótica. El ciego no contestó a sus palabras.

—Escucha —prosiguió don Ramón—; me ha dado pena verte aquí en esta noche tan mala. Te voy a dar un duro (y recalcó esta palabra) para que te vayas a tu casa.

Pronunció estas frases con su acostumbrado tono de altivez. Al mendigo debieron parecerle humillantes.

—Señor —replicó—, ¿qué adelantaría con irme esta noche a mi buhardilla, si mañana, que hará seguramente el mismo frío, tendré que volver a salir? Es preferible *que no me haga a malas costumbres*. (Había en su voz un ligero acento de ironía que no hizo ninguna gracia a don Ramón). Yo no me puedo permitir ciertos lujos...

Estas palabras enfriaron un tanto la compasión del burgués, que contestó:

—Sin embargo, mi deseo es que te marches esta noche. Con un duro puedes cenar hoy, y aún te queda para dos días...

—Señor, yo le agradezco su caridad; pero comprenda usted que si me marcho, mañana se me hará todavía más dura la noche a la intemperie.

El ciego, que era un pingajo humano, había sentido, sin embargo, avivarse su dignidad al escuchar las palabras de don Ramón.

—¡En mi vida he visto una cosa tan peregrina! —barbotó éste—. No sé por qué me figuro que el orgullo ha debido ser tu perdición...

—Yo no soy orgulloso, señor. ¿Acaso puedo serlo?

La vanidad y el orgullo son cosas de ricos. Mi único orgullo consiste en entretener con mi violín el tedio de los hombres sencillos. Mi modesto público está formado por gentes humildes, que me socorren sin exigirme nada; yo deleito a los parias y a las prostitutas...

Don Ramón empezaba a perder la calma; aquellas palabras le parecían henchidas de estupidez y de soberbia.

—Bueno —interrumpió secamente—; hace frío y, además, no puedo perder mi tiempo. Toma el duro y márchate a tu casa.

Insistía porque así se lo ordenaba su terquedad, y porque, estando acostumbrado a ser obedecido siempre, no se resignaba fácilmente a ser desobedecido por un simple mendigo. Este, por su parte, sentía repugnancia hacia aquel hombre, que practicaba la caridad como el que practica un deporte.

Dispuesto a rehusar la moneda que se le ofrecía, contestó con aplomo:

—Siento mucho, señor, no poder complacerle. Una limosna se puede dar sin exigir nada. Con un duro quiere usted comprar la tranquilidad de su conciencia, dándose el gusto de evitar que un desgraciado se hiele en la vía pública. Pero convenga usted conmigo en que la compra demasiado barata... Déjeme en esta esquina, donde debo estar toda mi vida, y tranquilícese la conciencia por otros medios. ¿Qué adelantaremos usted y yo con que mitigue por una sola noche el horror de mi vida sombría? Mañana estará usted muy saitsfecho, reconciliado con su conciencia; pero yo volveré a helarme aquí.

—Pero, ¿qué sandeces dice este hombre? —barbotó, colérico, don Ramón— ¿Quién te ha dicho a ti que yo no tengo la conciencia tranquila? Gracias a Dios no tengo nada que reprocharme. Mereces por tu orgullo que me marche sin darte la limosna, pero comprendo tu malhumor y te perdono. Por última vez —añadió más calmado, sacando el duro del bolsillo—, ¿te irás a tu casa si te doy las cinco pesetas?

El ciego hizo un gesto de asco y contestó enérgicamente:

—¡No me moveré de este sitio!

—Pues se las daré a otro. ¡No faltan pobres en Madrid!

—Haga usted lo que quiera — balbuceó el violinista.

Entonces don Ramón, fuera de sí, exclamó con rabia mal contenida.

—¡Es claro! Así has caído en esa miseria. Con tu soberbia no se consigue más que la ruina. Yo diré quién eres a todo el mundo...

Y se alejó rápidamente, refunfuñando. Al poco, se perdió el eco de sus pasos.

El mendigo se apoyó en la pared; golpeó contra el suelo sus pies entumecidos; sonrió extrañamente, con una sonrisa que tenía más de mueca. Descendía la noche. De nuevo, volvieron a elevarse en el ambiente frío las notas tristes de su violín. La oscuridad empezó a envolver la astrosa figura del ciego, cercado ahora por un doble muro de tinieblas.

Bibliografía

LA MALADIE DE L'AMOUR, por el doctor Paul Voivenel. (*La Renaissance du Livre*, París, 1925.)—Es uno de esos libritos—diría una crítica sencilla— que se leen con el interés de una novela. Y diría bien. Pero, naturalmente, no lo diría todo. Si la labor del crítico consistiese sencillamente en hacer destacar, entre otros, un libro, su labor sería simplemente estéril. Y, en realidad, el mayor número de veces el crítico es sólo una mano que estampa un pasquín en la pared. Un título. Para el que escribe esta corta reseña, un crítico es, ante todo, un investigador. Valga la imagen desgastada —pasada por agua— del buzo, del buceador. Un libro no es sólo libro porque los haya en torno suyo. No es un fenómeno puramente exterior. Y la labor del crítico ante un libro —nuevo o no— es una labor de reversión. Hay algo dentro de ese espacio rectangular, que es un volumen, que hay que hacer avanzar, con lo que tiene todo avance de incorporación al paisaje estricto. Una cultura no es un coto cercado por libros. Una cultura es un puro ambiente. Lanzar a ese ambiente, a esa atmósfera, el juego de burbujas y pompas que es una idea nueva, una imagen más nueva con ese gesto de cocktelerero con que hay que romper siempre el silencio: he aquí en lo que, a nuestro juicio, estriba una labor crítica exacta.

El libro del doctor Voivenel —diría otro— no es un libro más. Desde luego se equivocaría. Porque, antes que más, ha de ser libro y un libro no son doscientas, trescientas páginas de amazotada lectura. En el trabajo que da nombre al volumen, el doctor Voivenel ensaya una reducción al diagnóstico, del amor. Siguiendo un periplo riguroso de observación y crítica, describe síntomas y estados como quien aborda playas y acantilados, gallardamente, pero precavido como explorador por archipiélagos trillados. Conventría —y vaya dicho sin la menor malicia— que para el buen entendimiento de la obra de nuestro Marañón el conocimiento del doctor Voivenel no quedase restringido al círculo de especialistas o de *amateurs* en que ahora le mueven.

J. R.

CONNAISSANCE DE LA VIE SEXUEL, por el doctor Pierre Vachet. París, 1930.—

Conviene recordar de vez en vez que divulgación no es conocimiento. Uno de los puntos de referencia de la filosofía nietzscheana es el descenso de las ideas. Pura y llanamente, su vulgarización. Que la extensión del conocimiento no sirva lo más mínimo ni a lo que alguien pudo llamar causa del conocimiento, no es cosa para que ahora se debata. Pero que bajo capa de apostolado pedagógico —es curioso que una época, afortunadamente pretérita, ocupada en divulgación, no se haya interesado por la pedagogía de esa divulgación— se haya venido ofreciendo un generoso bric-a-brac de conocimientos, funestos en resultados, obtenidos a veces a costa de la finalidad que se perseguía, es uno de los fracasos más rotundos de todo —vaya por el contrasentido— un sistema de inquietudes.

No pueden ir, en una referencia que quiere ser crítica, todas las sugerencias que derivan del tema de la divulgación. Pero, por lo que fuese, no se deje caer en saco roto que, posiblemente, nada ha contribuido tanto a la desorientación que impera en las cuestiones sexuales como el gran número de publicaciones que, con ánimo educador, han salido al mercado en las últimas décadas.

El libro del doctor Vachet —quien en Francia y aun en nuestra tierra goza de excelente prestigio— no quiere ser, naturalmente, otro libro más. Pero tampoco es por cierto una aportación de novedad. En realidad —lo desproporcionado de sus partes lo deja entrever— es una compilación de trabajos aislados sin otro nexo de continuidad que el denominador común del tema sexual. El capítulo más interesante —que trata de las aberraciones sexuales— es de un optimismo consolador. El nuevo sentido biológico del sexo, reemplazando a ese régimen de excepción que era la lupa del patólogo, tiende, si no a disculpar, mínimamente a comprender en un mismo plano psicológico todas las manifestaciones del instinto *mâter*. Unas notas sobre el período puerperal, claras y concisas, cierran el libro, que en su parte puramente clínica no encierra más novedades de método que un optimismo reconfortante —casi deportivo— frente al fantasma de la enfermedad.

Para terminar, séale permitido al anotador exponer sus dudas acerca de lo que pue-

da haber de eficaz y hasta de legítimo —en entregar a un puro investigador, a un biólogo, a un fisiólogo o a un especialista algo tan definitivo para la formación del carácter como es la educación sexual.

J. R.

EL IMPERIO DE UNA SOMBRA, por León Rollín. Editorial España, Madrid. — La publicación en castellano de este interesante libro de Rollín constituye un nuevo acierto de la Editorial España.

De algún tiempo a esta parte viene diseñándose en España la tendencia, cada vez más marcada, de lanzar al mercado obras de positivo mérito que contribuyan a elevar el nivel cultural de la mayoría. Orientación digna de todo encomio. Al escritor corresponde desarrollar la delicada misión de remover y propulsar ideas y revalorizar la cultura imprimiéndola continuamente un valor universal y humano. Hoy día todos los problemas que agitan al mundo pueden resolverse, y sólo se resolverán bien, tras un laborioso proceso de educación. Y esa labor, nadie puede contribuir a desarrollarla mejor que el escritor, educador de muchedumbres cuando se inspira en sentimientos de justicia y se dispone a servir fielmente la causa de la Verdad. Pero es preciso que el editor le ayude, le comprenda y experimente sus mismos fervores. Es el caso de la Editorial España y de la Cenit, por no nombrar nada más que un par de ellas.

En *El imperio de una sombra* Rollín estudia con precisión y suficiencia, la situación económica y política de Panamá, Colombia, Méjico y Cuba. Mejor, con más acusado relieve que en ningún otro libro de esta índole, se ve la sombra de Monroe proyectándose y gravitando sobre los pueblos de Sur y Centroamérica.

La penetración pacífica de los Estados Unidos (pacífica cuando no es necesario tirar por la calle del medio); los manejos de su diplomacia y de sus capitalistas para adueñarse de las riquezas naturales de sus vecinos; y las luchas por la independencia de los pequeños Estados tributarios del rapaz coloso y por él amenazados de continuo, están descritos de mano maestra en este magnífico reportaje.

Conocemos otros libros, muy valiosos por cierto, acerca de tema tan sugestivo y tan pleno de interés, y confesamos que, en nuestro criterio, éste de Rollín puede parearse justamente con los mejores.

León Rollín escribe en una prosa llana, sobria, sintética, clara y empedrada de cifras. Y, admirablemente documentado, con perfecto dominio del tema. Sabe ver. Observa y deduce con certero tino. Y posee el raro mérito de acertar a apasionarnos, de encariñarnos con el asunto que trata, por árido que éste sea.

El imperio de una sombra es un libro que vale la pena de ser estudiado. No sólo porque pone al descubierto la codicia insaciable que forma la tónica del imperialismo yanqui, sino porque revela el peligro que para el futuro de Europa representa ese imperialismo, al mismo tiempo que da bastante luz acerca de la misin de nuestro continente ante el magno problema.

EL ANGEL AZUL, novela, por Heinrich Mann. Trad. de L. López-Ballesteros y de Torres. Editorial Cenit, S. A., Madrid. — No es de ahora que creemos que la obra literaria debe estar henchida de calor humano. Las bellas creaciones del ingenio humano que tienen por exclusiva misión procurarnos un pasajero deleite, carecen, a nuestro juicio, de verdadero valor.

El literato debe henchir de contenido su obra. La novela tiene una misión social y humana que llenar. Remover, sugerir y propulsar ideas. Presentar al desnudo los defectos, los vicios y las virtudes individuales y sociales. Interrogar a la vida. Y procurar en todo momento elevar el nivel moral de la sociedad en que vive.

Para ello tiene que ser, necesariamente, educador y revolucionario al mismo tiempo que artista. El estilo terso, bello, bien cuidado, tiene su valor, pero es un valor secundario. Lo ideal sería unir a la corrección impecable en el manejo del idioma, el profundo significado, el acabado dominio de los complejos factores que determinan la dinámica individual y colectiva.

Heinrich Mann, lo entiende también así.

El Angel Azul es una novela en la que no sabe uno qué admirar más, si la belleza insuperable del estilo, el perfecto dominio de los tipos, la agudeza psicológica, o el contenido profundamente humano, el aliento vital que la anima.

En ella se estudia y satiriza al profesor del Instituto alemán, lo que da pretexto al autor para hacer resaltar a toda luz lo impropio de un sistema de enseñanza que deforma y envenena a la juventud y que imprime a la sociedad una fisonomía especial que no

brilla, precisamente, por su contenido espiritual selecto y superador.

El tipo, la contextura moral del Profesor Basura, es algo de un dibujo asombrosamente perfecto, como asimismo la descripción del ambiente escolar.

No obstante, lo que sobresale a través de la bien urdida trama del relato, elevando la superior categoría de la obra, es la reconstrucción del medio social en que se desarrolla la acción de la novela. Esto hace que el libro sea un documento de historia sintética de un pueblo, admirablemente novelado.

EL PLAN QUINQUENAL DE LOS SOVIETS, por G. Grinko. Editorial Cenit, S. A., Madrid.—Aparte los defectos que se han señalado al régimen soviético por individuos de los más diversos matices ideológicos, existe en Rusia algo que no puede ser negado y es por muchos conceptos admirable: el esfuerzo heroico que viene realizando un pueblo para cristalizar en las costumbres una nueva organización social cuyas normas difieren casi enteramente de cuantas se han aplicado hasta el día en el mundo.

No vamos a romper una lanza en defensa de la dictadura del proletariado ni a intentar legitimar la esclavitud económica y política que, indudablemente, impera en Rusia. Somos enemigos declarados de toda dictadura sea cual fuere su marchamo. Por otra parte, creemos que en un ensayo de la índole del que se viene haciendo en el país de los soviets, un régimen de libertad amplia, de libre discusión, resultaría más beneficioso que el sistema sostenido a rajatabla por los dirigentes del Partido Comunista ruso. Es necesario, sin duda, luchar sin contemplaciones ni blanduras contra los enemigos del nuevo régimen que la revolución ha instaurado, pero esto se consigue mejor en un ambiente de franca libertad.

Es posible que los comunistas rusos no hayan podido hacer las cosas de modo distinto a como las han hecho. Hay que tener en cuenta que cuando en octubre de 191 tomaron los bolcheviques el Poder por asalto, no era Rusia precisamente una maravilla. Un pueblo inmenso, una especie de mosaico formado por elementos heterogéneos. Analfabetismo. Servidumbre. Crueldad y violencia arriba, abajo y en el medio. Industria nula. Vías de comunicación insuficientes y defectuosas. Agricultura atrasada, primitiva. In-cultura general.

Con tales elementos no pueden realizarse muchas cosas, en verdad.

Apenas empuñan los bolcheviques las riendas del poder, se encuentran con un país que es la sexta parte del mundo y una población de 150 millones de almas, totalmente desorganizado. Es preciso rehacerlo todo. Dar un salto gigante de las tinieblas a la luz, del zarismo al marxismo. Imaginad qué sumas de energías es necesario desarrollar para eso. Hay que trabajar de firme. Por si ello no fuera suficiente, hay que organizar a toda prisa un ejército que sofoque la contrarrevolución y la guerra civil.

En tales condiciones no se puede crear un paraíso ni organizar una Arcadia feliz. Justo es convenirlo.

Poco a poco, pasando por muchas y muy varias alternativas, la revolución se va afirmando y venciendo obstáculos. La organización económica del país, comienza. Y asistimos a un resurgir admirable. Se industrializa la agricultura. Se electrifican los campos. Se organizan los transportes. Se impulsa y desarrolla la industria. Se atiende en la medida de lo posible a los múltiples problemas de la cultura. Se van socializando los medios de producción en la proporción factible.

En este sentido, en lo que se refiere a la reconstrucción económica de Rusia, el plan quinquenal que en buena parte es una realización ya, es algo verdaderamente sorprendente.

Estudiando serenamente la exposición razonada que de ese plan hace Grinko en este interesantísimo libro, se ve cuán grande ha sido el esfuerzo realizado y se conciben las más halagadoras esperanzas. Indudablemente el régimen soviético, económicamente se desarrollará y sobrepasará todas las previsiones. Ello será la demostración práctica de que sí es posible organizar la producción y el consumo de una manera aceptable sin necesidad de soportar a la clase capitalista. Sólo falta que, estabilizada la U. R. S. S., desaparezca la vergüenza que representan los obreros sin trabajo, se reduzca la burocracia a su mínima expresión y no se considere un delito no pensar de acuerdo con el Comité Central del Partido Comunista.

El libro de Grinko, magníficamente editado por la Editorial Cenit, y pulcramente traducido por A. Buendía Aragón, es un valioso documento acerca de la reconstrucción económica del país de los soviets, y como tal se halla pleno de enseñanzas. No sólo se aprecia la magnitud del esfuerzo realizado, sino que

se ven también los errores del sistema. Gran mérito por cuanto nos ilustra acerca de lo que hay aceptable en el susodicho sistema y acerca de lo que del mismo es preciso descartar.

DE ESTO Y DE LO OTRO, por Roberto Blanco Torres. — Biblioteca «Murguía», La Coruña.

Una colección de artículos plenos de atisbos y sugerencias. Y escritos con una soltura y un dominio del lenguaje y de los temas, verdaderamente admirable.

Blanco Torres, periodista culto y atildado, es, además, un hombre que piensa bien y expone con valentía, sinceridad y acierto, sus pensares. De ello nos ofrece una prueba este bello libro.

Quisiéramos señalar con el presente comentario algunos de los trabajos que más nos han gustado en esta colección, pero no sabemos decidirnos. Todos nos gustan a cual más. Interesantísimos y sesudos los que se refieren a los asuntos de Galicia, no lo son menos los que tratan de la política general de España, ni los que estudian la orientación de la cultura, ni los de crítica literaria, ni los que se enfrentan con los problemas de la enseñanza.

Cerebro bien cultivado y abierto a todos los vientos, Blanco Torres, cuanto trata lo hace con suficiencia y tacto, y lo impregna, además, de un encanto inconfundible.

Su estilo, claro, terso, conciso, de verdadero periodista, es tan bello, que casi todos los artículos parecen cincelados sin que por eso pierda vigor ni quede diluído el pensamiento entre la pomposa hojarasca verbal, como suele acontecer con la mayoría de los estilistas.

En una sola frase: nos ha satisfecho este libro, por lo que dice, por lo que sugiere y por la suprema elegancia del estilo.

CONTRA LA PENA DE MUERTE, por Santiago Argüello, prólogo de León Drovar. Editorial Iniciales.—Barcelona.

Un formidable alegato contra la pena de muerte. Cristiano el autor, es bajo el punto de vista de sus creencias que combate la bárbara pena. Su voz se alza acusadora y viril, y fustiga un orden social que, impotente para evitar el crimen que sus mismas imperfecciones e injusticias originan, pone todo su interés en castigar implacablemente al criminal, pobre juguete de la ignorancia, la miseria y el vicio.

Sirve de motivo al señor Argüello para pronunciar este bello y brioso discurso, la condena a la última pena de un desgraciado. Y plantea los términos del problema con una claridad y una lógica irrefutables. A un lado la sociedad que no supo prevenir el delito que pretende castigar. Al otro, el delincuente, víctima desdichado del abandono, la incultura y la miseria. Planteada la cuestión, atribuye a los dirigentes de la sociedad cierta cultura, y en nombre de esa cultura pide que no se manchen con un asesinato por castigar la transgresión de la ley escrita perpetrada por un hombre para el cual no reservaron las leyes beneficiosas, sino todo lo contrario.

Toda la argumentación, vibrante y viril, pletórica de generosidad, se puede condensar en esta frase: la sociedad, en su afán de no dejar impune el delito, no halla mejor expediente que delinquir colectivamente atentando contra las sagradas leyes de la vida en nombre de una mal llamada justicia.

Interesantísimo este escrito. La pena de muerte, que aún se conserva en los Códigos de muchas naciones que se apellidan civilizadas y de hecho se aplica en todos los países del mundo, ha encontrado en el doctor Argüello un enemigo sincero que posee, además de cultura, sentimientos nobles y elevados y la suficiente valentía para exponerlos con galanura y sin ambages.

L'É VERITABLE ROLE DE L'HOMME DANS L'UNIVERS, por el doctor Antfoco Zucca.

La tesis desarrollada por el doctor Zucca en este tratado puede condensarse en pocas palabras: el hombre, bajo su aspecto cósmico, debe orientar sus sentimientos hacia los valores eternos de la vida, tomando esta palabra en su acepción más universal.

A demostrar lo justo de este criterio, se encamina toda la argumentación del libro que, dicho sea de paso, es una joya de forma y de fondo.

Antfoco Zucca, bien enterado de todo el contenido de las diversas escuelas filosóficas, y habiendo meditado mucho, expone su criterio con claridad y suficiencia y, en muchas páginas, con la belleza deslumbradora del verdadero poeta.

Después de demostrar lo efímero de casi todo lo que el hombre reverencia y toma como objetivo de su existencia, eleva el tono y nos pone en comunicación con el Cosmos infinito en cuyo seno la vida teje de continuo incontables maravillas y nos hace ver, desta-

cando la unidad de la materia y la energía, que el hombre es una partícula de ese gran Todo y que sus elementos constitutivos persistirán eternamente formando parte de las innumerables combinaciones que forja la Naturaleza.

Amar la vida en todas sus manifestaciones, lo mismo en la flor de esmaltados pétalos y delicados matices que en la estrella que centellea lejana en el oscuro tapiz del cielo. Amarla y comprenderla. He ahí el verdadero papel del hombre en el Universo.

No es preciso detenerse en hacer resaltar la elevación de este credo filosófico. Con poco que el lector medite, se dará cuenta de ella. Sólo nos resta decir que el libro del doctor Zucca no es un libro más ni uno de tantos tratados de pseudofilosofía escritos en una prosa fría y pesada, llena de oscuridad y confusión. Al contrario; está escrito con claridad y galanura y animado del calor que acompaña a las grandes convicciones.

H. N. R.

Folletos y Revistas

Rocío, poesías de Julio César Ford. — Hemos gustado un honesto deleite leyendo este volumen de poesías.

Cultiva J. C. Ford un género de poesía vario. Su musa es fácil. Su estilo, sencillo, ameno, galano. Casi siempre tierno, delicado y sugerente. Y rebosando emotividad.

Tiene un claro sentido de la medida y del ritmo. Sus producciones, profusamente matizadas de imágenes justas, muchas veces rayan alto, dan certeramente en el blanco.

Esperamos de este autor obras de mayor enjundia, pues ya en ésta se revela como un poeta de altos vuelos.

Caña dulce, por Ezequiel Díaz.—Una colección de viñetas, impresiones y cuentos, que no están mal, pero que aportan poco al acervo común de la cultura y del arte. No basta copiar estampas de la vida real y copiarlas bien, en lo que se refiere al arte. Es preciso además pasar de la superficie, adentrarse en la entraña íntima de los problemas que se abordan.

Ezequiel Díaz olvida esto con excesiva frecuencia, y si bien ha hecho el librito, a veces ameno, a veces interesante, no ha llegado a realizar algo de verdadera categoría.

drid.—Los números correspondientes a enero y febrero de esta importante revista, no desmerecen en nada de los anteriormente publicados.

En ellos se insertan trabajos de Krishna-murti que, como todos los suyos, rebosan sabiduría y belleza. Además, en ambos números, leemos notas biográficas del apóstol hindú, de un interés subido.

Mediterránea, revue mensuelle, Rue de Chateaufort, 18, Nice.—Hemos recibido el número homenaje que esta interesante revista dedica al poeta Armand Godoy.

Cuanto se diga acerca de la valía de este número resultará pobre comparado con la realidad. Bastará decir que publica ciento cincuenta artículos de primeras firmas de la intelectualidad francesa estudiando la personalidad artística de A. Godoy, y muchos grabados de un valor notable, entre los cuales aparece uno de Vittorio Macho, que es una maravilla.

Un verdadero alarde de presentación y de contenido, este número extraordinario de la simpática revista *Mediterránea*. Nuestra cordial felicitación al grupo editor y a su director Paul Castéla.

En Extremadura hay fincas de 114.000 hectáreas! Catorce mil hectáreas, que equivalen a 140 kilómetros cuadrados de tierra. Para dar idea de la monstruosidad que esto representa, señalaremos el hecho de que las leyes sobre colonización interior de algunos países consideran latifundio toda superficie que exceda de 300 hectáreas.

¿Se da cuenta el lector de la tremenda injusticia que representa que sobre ciento cuarenta kilómetros cuadrados de tierra sólo exista la voluntad y el capricho de un hombre? ¿Y se da cuenta de lo odiosa que resulta una ley que ampara a este hombre en tan insultante derecho? El puede, a capricho, decretar el hambre o la huida de los seres que por ley natural pueden y deben vivir en ese trozo de mundo; le basta dar o no dar trabajo, pagarlo bien o mal. ¡140 kilómetros cuadrados! ¡Tierras de esclavitud y de barbarie, en donde la conciencia del hombre, como un péndulo, ha de oscilar fatalmente entre la anarquía y el sometimiento de bestia!

Una página maestra

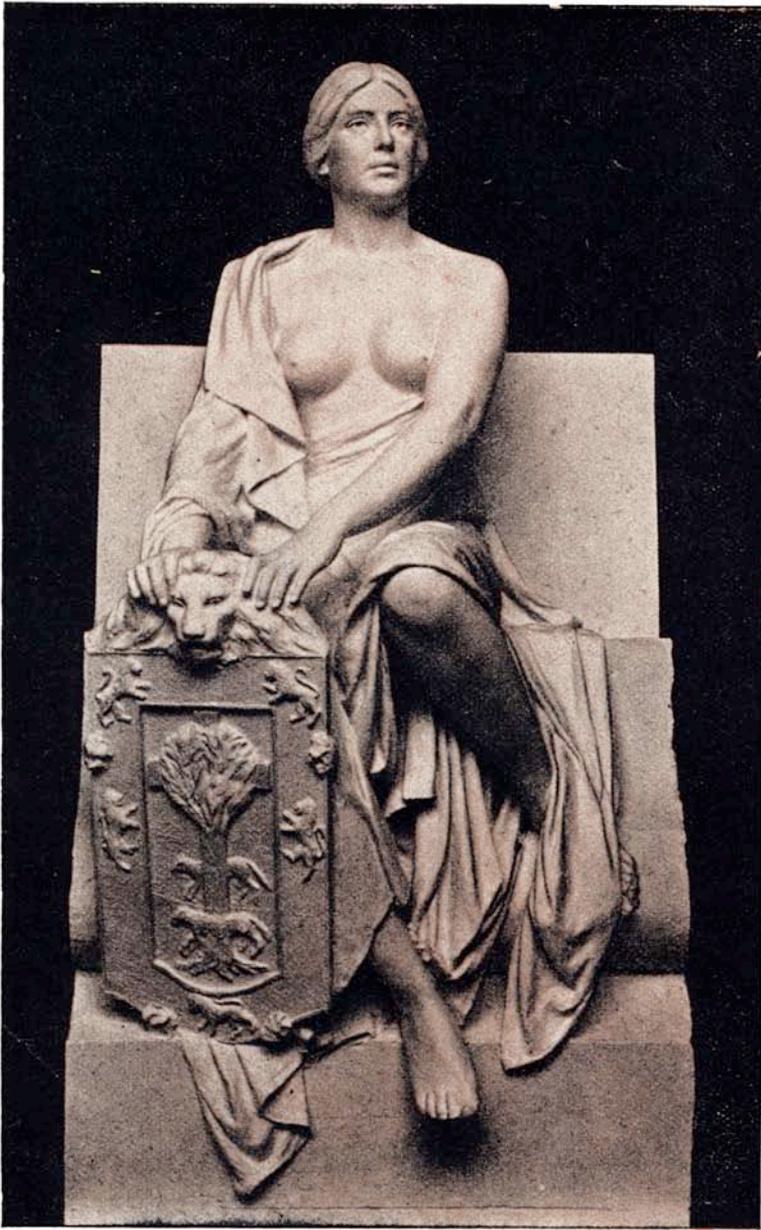
De la distribución de la riqueza

La desigual e injusta distribución de la riqueza y el incesante aumento de la miseria, con todo el séquito de males nacidos de ella, que son la maldición y la amenaza de la civilización moderna, tienen por origen el monopolio de la tierra, la institución de la propiedad territorial como propiedad privada, el haber desalojado ésta casi por completo a la propiedad comunal. De esa injusticia fundamental —la propiedad desigual del suelo, la negación de los derechos naturales de los demás individuos, la desigual distribución de la riqueza—, de esa injusticia, no menos enorme ni menos osada que la de la esclavitud personal, se engendran todos los males que padece la humanidad y que aumentan al mismo compás que se multiplican y crecen los adelantos materiales: tantas miríadas de hombres que, en medio de la abundancia, producida por ellos, padecen hambre y mueren de miseria; que investidos de toda clase de derechos políticos, están condenados a la soldada del esclavo, y a quienes los inventos de la mecánica y de la

física, ideados para aliviar y casi suprimir el trabajo corporal, no proporciona ningún alivio; tantos enjambres de holgazanes, viviendo en el lujo, sostenido con el sudor de los desheredados; la sociedad dividida en dos clases de hombres, la del muy rico y la del muy pobre, la de los que siembran y la de los que cogen, la de los que comen sin trabajar y la de los que trabajan sin comer; la muchedumbre despojada de la riqueza que ella gana con título legítimo, y la minoría que acumula en sus trojes y en sus arcas esa riqueza en cuya producción no ha tomado parte; el vicio, la miseria, la degradación, las llagas sociales, el enflaquecimiento político, tan amenazadores en medio de los esplendores de la civilización; el tugurio al lado del palacio, el burdel junto a la iglesia; los trabajadores declarados platónicamente soberanos en las leyes, menos libres en la realidad que los ilotas de Grecia, que los colonos de Roma, que los solariegos de la Europa feudal.

COSTA





LA VIZCAYA, escultura de M. Garci-González

Garci-González no es conocido como merece. Su ya abundante producción artística, que acusa poderosamente un valor nuevo entre los mejores de nuestros escultores, no han llenado todavía las páginas de las revistas ilustradas y los espacios de las exposiciones como han hecho otros muchos con menos méritos. Sin embargo, basta ver la estatua magnífica que reproducimos para percatarse enseguida que Garci-González es un gran artífice y un poeta fundidos en una inspiración feliz. «La Vizcaya» es una muestra contundente, aunque no la mejor, puesto que en este caso ha tenido que ceñirse al simbolismo preconcebido, y no obstante, en la arrogancia elocuente de la figura, en los pliegues muy bien modelados y en la pureza de líneas se ven claramente manifestadas las altas dotes de los verdaderos elegidos del Arte.

PÁG

DI

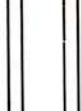
AR



UNA

DE

ARTES



HOMENAJE A LOS MÁRTIRES, escultura por M. Garcí-González

Más afortunado en el asunto que en la anterior, en ésta que, según creemos, es su última producción, Garcí-González se nos muestra con la plenitud de sus poderosos recursos artísticos. La concentración y actitud recogida y contemplativa de sus figuras, la elocuencia que el grupo emana en su conjunto no puede ser más verdadero; influye al contemplarla con un sentimiento de respeto profundo. El asunto es de una fuerza emotiva extraordinaria y está ejecutado con verdadera maestría. La composición es irreprochable; el modelado justo; los detalles cuidadosamente estudiados, y el conjunto es de una belleza incomparable que da idea perfecta de las dotes singulares de su autor.

niños aumente de tal modo, que sea imposible para la familia el alimentarlos y educarlos; se debe evitar engendramiento de niños que tengan la posibilidad de nacer «enfermos o raquíticos.» Estas palabras revelan la moralidad racional y humana que inspira a su autor al escribir esta obra. Que a tan nobles propósitos se corresponda leyendo y recomendándola, es misión de cuantos sepan el valor de estos conocimientos. — Precio, 1'50 pesetas.

Educación y crianza de los Niños. — Por Luis Kunhe. — Consejos a los padres, preceptores y educadores. Libro de alto valor biológico y de utilidad inapreciable. — Precio, 1 peseta.

El Vegetarismo. — Por Carlos Brandt. — Esta obra está considerada, con justicia, como una de las mejores, si es que hay alguna que la aventaje, de la ya vasta literatura moderna naturista. En efecto, la pluma galana y sutil de Carlos Brandt, movida al impulso de la lógica incontrovertible, el concepto diáfano que subyuga y convence, abre, nuevos e insospechados horizontes al lector, lograron esta bella obra, a la que deben hermosos y eficaces conocimientos a la par que nuevas normas de vida sana y optimista, la generación actual de hombres de firme voluntad y de nobles ansias de vida natural. — Precio, 3 pesetas

Enfermedades del estómago. — Por el doctor T. R. Allinson. — Compendiado y documentadísimo tratado acerca de las enfermedades del estómago y sus causas, medios y tratamientos para combatirlos, seguido de un tratado alimenticio racional. Libro de gran utilidad y eficacia indiscutible. — Precio, 1 peseta.

Enfermedades del aparato respiratorio. Por el doctor T. R. Allinson. — Tratado conciso y breve, pero metódico y bien definido, repleto de prácticas y racionales enseñanzas para evitar, tratar y combatir las diferentes enfermedades del aparato respiratorio. Un libro que nunca se pondrá bastante por su gran eficacia y por las normas científicas en él expuestas para la conquista de la salud. — Precio, 1 peseta.

Reumatismo. Por el doctor T. R. Allinson. — Sus causas, síntomas, complicaciones, resultados, tratamiento. — Precio, 0'50 pesetas.

Los Vegetales. (Génesis y milagros). Por el doctor Arthur Vasconcellos. — Es bien conocida en el campo naturista la alta personalidad y el prestigio científico del doctor Vasconcellos. El presente librito es uno de los mejores tratados acerca de los vegetales como alimento natural del hombre, sus propiedades y su valor fisiológico. — Precio, 1 peseta.

Los microbios y el Naturismo. — Por el doctor Arthur Vasconcellos. — La teoría microbiana, sobre la que fundamenta la Medicina oficial su base experimental como origen de todas las enfermedades, es rebatida en este librito desde el punto de vista de la teoría naturista, que desecha todo el farrago mercantil y venenoso de sueros y específicos, buscando en la vida natural e higiénica la verdadera fuente de salud. — Precio, 0'50 pesetas.

Un viaje por Icaria. — Por E. Cabet. — Descripción de un nuevo sistema de convivencia humana. Cabet es uno de los precursores del comunismo. Su concepción es digna de estudiarse y contrastarse con otras nuevas y más modernas teorías. — Dos tomos, 8 pesetas.

Evangelio Naturista. — Por el doctor Arthur Vasconcellos. — Hermosa elegía del ideal naturista evangelio de la vida y de la salud. — Precio, 0'50 pesetas.

Humano Ardor. — Por Alberto Ghirardo. (Memorias de Salvador de la Fuente.) — Libro de luchas vividas, emocionante y de mucha y provechosa enseñanza. Ghirardo es de sobra conocido para que hagamos una apología de su obra. Su nombre y su historial de luchador dicen de sobra el crédito de que goza su literatura rebelde y humanista. — Un tomo, 5 pesetas.

Emilio o la Educación. — Por J. J. Rousseau. — Este libro de educación que basó un sistema y consumó una idealidad en Pedagogía, no debe faltar en ninguna biblioteca de hombre estudioso. — Precio, 4 pesetas.

En la línea recta. — Por Eusebio C. Carbó. — Sabido es que el movimiento naturista, que cada día adquiere nuevos incrementos, adolece, en sentido general, de un error mayúsculo: el de tender a mejorar al individuo, sin cuidarse del factor social. Error que neutraliza los buenos resultados que pueden derivarse de la difusión y el arraigo de esas excelentes doctrinas. El individuo es la correspondencia con su medio. Esto es lo que induce a Carbó a sentar en esta su utilísima e interesante obra una senda liber-

adora integral de las colectividades humanas, basada en la transformación radical de la sociedad. — Precio, 2'50 ptas.

El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. — Por Miguél de Cervantes. — Hermosa edición especial para conmemorar el tercer centenario de la muerte de Cervantes, acaecida el 23 de abril de 1616. Precedida de un documentado estudio de la vida y obras de Cervantes, y de una iniciación bibliográfica de excepcional interés. Un volumen de 892 páginas, con hermosas ilustraciones, encuadernado en cromotipia. — Precio, 3 pesetas.

Entre dos frentes. — Por Madam Smit. — Novela de paz y amor. Provechosa propaganda en contra de la guerra. — Un tomo, 4 pesetas.

El Dolor universal. — Por Sebastián Faure. — *El dolor universal* es, sin disputa, la más grande obra, la más humana, la de más fundamental importancia de cuantas se han escrito propagando una sociedad libre. Hasta los más encarnizados enemigos de toda libertad, forzosamente han tenido que reconocer la lógica y la bondad, profundamente humanas, de esta obra inmortal. — Precio, 3 ptas.

La Revolución rusa en Ucrania. — Por Néstor Makhno. — Todos los que han seguido con atención la trágica pugna desarrollada en Ucrania, saben ya quién es Makhno. Pero su retrato más cabal, al propio tiempo que la historia verídica, y toda ella fervor, de la revolución ucraniana, está en su reciente libro *La Revolución rusa en Ucrania*, documento que ningún hombre preocupado por los problemas sociales debe desconocer. — Precio, 3 ptas.

Juana de Arco, sacrificada por la Iglesia. Por Han Ryner. — El genial filósofo y eximio novelista Han Ryner sostiene en este formidable libro, con valentía inusitada, una formidable acusación contra la Iglesia: el martirio y sacrificio de Juana de Arco, la heroína doncella que, pasado el tiempo, la misma Iglesia había de elevar beatificándola, como un sarcasmo más contra su víctima. En esta acusación, Han Ryner invita a recusar su afirmación a los más calificados representantes del catolicismo, que rehuyen la invitación con astucia diplomática. — Precio, 0'60 pesetas

Para ser vegetariano. — Por José Galián Cerón. — De utilidad para los que sigan la dieta vegetariana indispensable al que desee adoptar el vegetarianismo. Contiene además una utilísima guía de los alimentos naturales y de los derivados, admitidos en el régimen vegetariano corriente. — Precio, 1'50 pesetas.

Higiene del Matrimonio. — Por el doctor F. Monlau. — Obra magna y única en su género, de alta erudición y de prácticos consejos, que la hacen insustituible en toda biblioteca y necesaria en todo hogar. En ella se compendian nociones útiles generalmente ignoradas, se dan preceptos importantísimos para la conservación de la salud y se dictan reglas provechosas para la felicidad doméstica, la crianza, educación e higiene de la familia. Última edición revisada y puesta en armonía con los recientes adelantos de la ciencia. Ilustrada con numerosos grabados, y primorosamente encuadrada en tela. — Precio, 7'00 ptas.

El Amor Libre. Por Diderot. — Una obra de Diderot, desconocida por tres generaciones, cuya concepción no asustó a los enciclopedistas. Hizo más bien aceptarla y consolidarla ante el mundo que razona. — Precio, 1 peseta

José Martí. Por M. Isidro Méndez. — Estudio biográfico de la personalidad del gran libertador de Cuba, José Martí. Obra premiada por el Real Consistorio Hispanoamericano del Gay Saber, en el Certamen de 1924, conmemorativo de la Fiesta de la Raza. — Precio, 4'00 pesetas.

Contra la pena de muerte. — Por Santiago Argüello. — Es una página vibrante, viril, una recia y elocuente protesta contra la bárbara condena que no encuentra más apoyo que el espíritu innoce de venganza, y que la conciencia humana debe desterrar de todos los códigos por inhumana y cruel. — Precio, 0'70 pesetas.

Los grandes problemas del alma humana. — Es una sustanciosa y célebre polémica sostenida públicamente entre el abate Violet, eminente orador católico, y Han Ryner, el profundo filósofo, autor de tantas obras maestras literarias, acerca del interesante tema: «¿Existe Dios?». — Precio, 0'50 pesetas.

Rejas adentro. — Por Ramón Magre. — Esta novela vívida, profundamente humana, es de un realismo insuperable. La aparición de esta obra, la mejor lograda y más bien definida de su joven autor, reveló las cualidades excepcionales de Magre como ameno narrador y observador profundo. Psicólogo y perseverante escudriñador del alma humana, traza en ella la vida carcelaria, describiendo tipos

y costumbres con una analogía que tiende a oscilar las concepciones de los mejores maestros rusos. — Precio, 2 pesetas.

Segundo Certamen Socialista. — Conjunto de incomparables trabajos de varios teóricos del anarquismo premiados en 1888 en dicho Certamen, y que son el mejor caudal y base de toda Biblioteca ideológica. Este insustituible libro, que debiera ser calificado como el abecé de las ideas libertarias, es el mayor contenido de materia para los hombres estudiosos de hoy. — Precio, 4 pesetas.

Reformismo, Dictadura, Federalismo. Por Pedro Esteve. — La pluma fácil y amena de Pedro Esteve escribió estos serios estudios en forma tan sencilla y clara, que su lectura se hace enormemente sugestiva e interesante. Finalizada la locura guerrera en que se destrozaron las naciones con saña horrible, los principios de convivencia social sufrieron un período de confusión derivada de la crueldad guerrera; Esteve sale al paso de este confusio-nismo con su libro, que señala líneas divisorias y esencia-les. — Precio, 1 peseta.

Socialismo anarquista. — Por Pedro Esteve. — En esta obra acomete su autor una ardua tarea de investigación acerca de los conceptos básicos en que hoy descansa la sociedad capitalista, y los principios filosóficos por que luchan los hombres del porvenir que anhelan una sociedad igualitaria y justa: La Ley, La Violencia, El Anarquismo, La Revolución social. — Precio, 1 peseta.

Pequeño Manual Individualista. — Por Han Rynor. — Sin duda es esta obra la más fundamental para conocer el vasto ideario de este gran filósofo, de este escritor notabilísimo, erudito, sagaz y espiritual, confren-ciante atrayente y polemista. Han Rynor odia las religio-nes, porque deforman la vida y no son más que un medio de dominación en manos de los astutos y ambiciosos. Por eso su ideología moral se tacha por los reaccionarios de destructora y disolvente, cuando no es sino altamente huma-na y constructora de la verdadera individualidad. — Precio, 2 pesetas.

Rafael Barret. — Su Obra, Su Prédica, Su Moral, por J. R. Forteza. — Para Barret la vida social no es, no puede ser sino la prolongación de la vida privada. No acepta el cómodo dualismo de los que dividen la vida en distintas esferas, pública y doméstica, y establecen normas aplicables en una e inaplicables en la otra. Lo que el hombre aporte a la sociedad, fatalmente debe ser consecuencia de su actuación en el hogar. El desdén que se insinúa en toda su obra, hacia los que se entregan al azar, renegan lo de su albedrío, deriva en admiración calurosa por todo lo que signifique una manifestación de la voluntad, de la inteligencia y de su optimismo que confiaba al hombre la tarea de realizar la humanidad futura. — Precio, 3 pesetas.

La Universidad del Porvenir. — Por José Ingenieros. — Muerto Ingenieros en plena madurez intelectual, cuando eran de esperar de su pluma obras densas de pensamiento renovador, deja, no obstante, buena cosecha de frutos sazonados, y entre ellos destaca poderosamente *La Universidad del Porvenir*. En él brillan sus cualidades mejores: rebeldía, ideas asentadas en fundamentos inconcu-sibles, vuelcos del pensamiento hacia un futuro transformado, conceptos valerosos para esa transformación. No hay en este libro una página, una palabra, un concepto superficial. Su mirada jamás se detuvo en lo aparente de los problemas. Penetraba, sagaz, hasta su hondura más recatada. — Precio, 1,50 pesetas.

Filosofía de un ideal. — Por Carlos Malato. — Asombra la certera visión de Malato al presentar en esta obra el enunciado de muchos acontecimientos y problemas que hoy han venido a colocarse en el plano de primera actualidad; y es que su estudio, profundo y clarividente, va guiado de la más contundente lógica y del más sereno juicio. Ello hace de esta excelente obra un libro de perenne actualidad, cuyo estudio ha de ser siempre altamente benefi-cioso a todo espíritu investigador preocupado por los innu-merables problemas humanos. — Precio, 1 peseta.

Los habitantes de Marte. — Por Flammarion. — Quien como este autor supo popularizar una de las más intrincadas ciencias, forzosamente merecía el homenaje de ser leído, conocido y divulgado por los hombres de ideas elevadas. Flammarion fué el astrónomo del pueblo humilde, al que despertó de su infancia tradicional, descorriendo el velo de su ignorancia con su lenguaje claro y sencillo. — Precio, 1,10 pesetas.

La Ciencia moderna y el Anarquismo. — Por P. Kropotkin. — Tal vez sea este libro el menos conocido y leído del autor de *La Conquista del Pan*. Y no obstante, es sin duda el de más mérito, por ser el que más se adelanta en los problemas que el anarquismo tiene planteados en el terreno científico. Su lectura se hace cada vez más in-

dispensable, pues en él se estudian muchos aspectos de la actual situación económica y social del mundo. — Precio, 1,10 pesetas.

Apología socrática. — Por Platón. — Pocos son los que conocen la obra completa del célebre filósofo griego. Su *República* en aquella época, precursora de concepciones humanistas, fué tachada de utópica. Su autor prefirió la cicut a la claudicación. Este hecho dispensa de todo elogio. En este libro hay mucho que aprender para llegar a la perfecta cordialidad entre los humanos. — Precio, 1,10 pesetas.

Sobre el pasado y el porvenir del Pueblo. — Por Lamennais. — Estudio crítico, acerbo y demoleedor contra todas las formas de la esclavitud que registra la historia. Obra discutidísima que valió a su autor el anatema de la gente reaccionaria de todos los tiempos. — Precio, 1,10 pesetas.

La Mancebia (La Maison Tellier). — Por Guy de Maupassant. — Literato eminente y sin ampulidades vejatorias, describe con toda su crudeza las llagas de la corrupción humana, que como un *vía crucis* lleva a sus espaldas, fomentando los centros del vicio mundanal. Su pluma describe magistralmente los vicios de esta sociedad en la que, cual tela de araña, quedan cogidas en ella las víctimas atraídas por el falso brillo, escogidas por los poderosos de entre las clases humildes para servirles de festín en sus inmorales orgías. — Precio, 1,10 pesetas.

Socialismo y Federalismo. — Por Miguel Bakunin. — El coloso de las ideas y de la acción libertadora del pueblo. Pocos son en verdad las obras que cual la de Bakunin, y sobre dicha materia, deben y pueden ser recomen-dadas a cuantos se precien de sustentar ideas nobles y humanas. Toda la obra de Bakunin es una labor monumental en sociología e ideas. — Precio, 1,10 pesetas.

El mundo nuevo. Por Luisa Michel. — Es este un libro que debe ser estudiado profundamente para conocer la perversidad humana encarnada en un hombre represen-tativo del sistema capitalista. Su autora, llamada con justicia la «virgen roja», supo presentarnos maravillosamente el tipo real, dique de contención a todo avance idealista. — Precio, 1,50 pesetas.

La Justicia. Por P. J. Proudhon. — Punzante crítica de sistemas falsos y oscurantistas. Este libro es uno de los mejores de divulgación popular que tradujo Pi y Margall a nuestro idioma y del cual no existía otra edición hasta ahora. — Precio, 1 peseta.

Problemas trascendentales. — Por F. Tarrida del Mármol. — La obra de vulgarización científica que realizó Tarrida, quedará perenne en el agradecimiento de cuantos no teniendo la suficiente preparación educativa, por una infancia de trabajo, pueden, por esta insuperable obra, comprender y saborear multitud de conocimientos y enseñanzas útiles. Además, la obra, como a quienes va destinada, está hecha con un lenguaje claro y sencillo, además de amenísimo e interesante. — Precio, 1,10 pesetas.

Realismo e Idealismo. — Por E. Armand. — Es un libro de formidable crítica, de vibrante dinamismo. Campea en sus páginas el concepto claro y definido, irrefu-table, como hijo de una conciencia recta y ecuánime. Armand es el infatigable luchador, el esforzado adalid de las campañas justas; para toda injusticia tiene siempre su pluma fustigadora y justiciera presta al combate. Pero además, en esta obra señala con certera visión los rasgos inconfundibles de verdadera individualidad manumitada de viejos y ancestrales prejuicios. — Precio, 1,50 pesetas.

Cómo educa el Estado a tu hijo. — Por Julio R. Barcos. — Un bello libro que destruye y construye a conciencia. Es de los pocos que han abordado el problema de la educación de brillante manera, con arrestos de hombre de fe y voluntad inquebrantables. — Precio, 5 pesetas.

Metafísica científica. — Por el doctor Leante. — Metafísica. Evolución del planeta que habitamos. El tiempo y el Espacio. El dinamismo de la civilización. Metapsíquica. Consciencia e inconsciencia. La herencia del genio. La Reencarnación. Más allá de la muerte. Metapsíquica Kreudiana. Evolución de la Ciencia. La Ciencia y la Magia. La Ciencia actual. Simbolismo. — Precio, 6 pesetas.

Carlota Gorday. — Por Margarita Leclerc. — Estudio psicológico y biográfico de Carlota Gorday, que asesinó a Marat. — Precio, 3,00 pesetas.

Dardos. Por Clemente Mangado. — Manoj de pensamientos. De este folleto se han editado 5.000 ejemplares, destinando el 50 por 100 de los beneficios a favor de los presos sociales. — Precio, 0,50 pesetas.

El voluntario superviviente. — Por Felipe Alaz — Contiene este volumen varias novelitas y narraciones de singular amenidad. — Precio, 0'65 pesetas.

Carlos Amaba. Por Pin de Pilara. — Novela juvenil. Pequeño glosario amoroso. — Precio, 0'35 pesetas.

El libro de Peiro. — Por Han Ryner. — «Han Ryner enseña; es el último descendiente de los antiguos maestros de Hellas, de quienes tiene el verbo armonioso; pero enseña sin sistema y sin dogmas». — Precio, 0'30 pesetas.

La vida como objetivo. — Por J. Krishnamurti. — Preciosa exposición filosófica de los ideales conducentes a la felicidad universal. — Precio, 0'25 pesetas.

El amor, la mujer y el hijo. — Por Raul Odin. — Precio, 0'15 pesetas.

Colección "La Novela Mensual de ESTUDIOS"

Crainquebille. — Por Anatole France. — Nadie ha sabido ridiculizar las normas rígidas de la justicia escrita, como lo hace Anatole France en este drama vulgar, en el que se admira la fina ironía y el sublime estilo del gran escritor. — Precio, 0'50 pesetas.

La muerte de Oliverio Bécaille. — Por Emilio Zola. — El inmortal Zola muestra en esta preciosa novelita el contraste de una vida civil, muerta según la ley, con la libertad que adquiere la personalidad desaparecida a los ojos del mundo y sus convencionalismos. — Precio, 0'50 pesetas.

El Mareo. Por Alejandro Kuprin. — Una hermosa narración sirve de marco a unas vidas agitadas en la lucha revolucionaria y al planteamiento de un problema sentimental hondamente sugestivo. — Precio, 0'50 pesetas.

Luz de domingo. — Por Ramón Pérez de Ayala. — Es ésta una pequeña novela por su volumen, pero inmensa por su belleza incomparable y por la alta moralidad en que se inspira. El genial escritor enaltece el sentimiento del amor por encima de las bajezas del instinto y de la maledicencia. — Precio, 0'50 pesetas.

Infanticida. — Por Joaquín Dicenta. — Una formidable acusación contra la sociedad que vilipendia y desprecia a la joven incauta, caída en falta por la ignorancia en que a toda costa se quiere mantener a la juventud, hasta convertirla en infanticida. — Precio, 0'50 pesetas.

Urania. Por Camilo Flammarion. — Singular género literario éste de cantar las maravillas celestes en forma novelesca, que sólo podía estar reservado al genial poeta del universo, como muy justamente se ha dicho de Flammarion. El estudio de la astronomía hecho en forma altamente sugestiva e interesante. — Precio, 0'50 pesetas. Seguirán apareciendo en esta colección un título cada mes, siempre de autores de reconocido prestigio universal.

DICCIONARIOS

(15 por 100 de descuento a corresponsales y suscriptores)

Enciclopedia SOPENA. En dos volúmenes. — Contiene 200.000 artículos, 50.000 biografías, 20.000 grabados, 87 mapas en negro y en color y 39 hermosas cromotipias. — 80 pesetas al contado y 90 a plazos.

Diccionario Enciclopédico Ilustrado de la Lengua Española. — Publicado bajo la dirección de don José Alemany. — Contiene 90.000 artículos, 8.000 grabados, 2.000 retratos, 380 cuadros, 77 mapas en negro y color y 15 cromotipias. — 18 pesetas.

Diccionario Enciclopédico Ilustrado LA FUENTE. — Contiene 80.000 artículos, 1.014 grabados, 370 retratos, 100 cuadros, 11 mapas en color y 3 cromotipias. — 9'00 pesetas.

Nuevo Diccionario de la Lengua Española. — Por don José Alemany. — Este Diccionario es un excelente compendio de la parte lexicográfica de la Enciclopedia Sopena. — 7 pesetas.

Diccionario Ilustrado ARISTOS. — 60.000 voces, 2.500 grabados. — 5'50 pesetas.

Diccionario de la Lengua Española. — Por Atiiano Rancés. — Edición de bolsillo. — Contiene 45.000 voces y está ilustrado con 800 grabados. — 3'50 pesetas.

Diccionario Francés-Español y Español-Francés. Por P. Alcalá Zamora y Teophile Antignac. — Edición manuable. — Con la pronunciación figurada. — 5'50 pesetas.

Diccionario Inglés-Español y Español-Inglés. Por Ricardo Robertson. — Con la pronunciación figurada. — 5'50 pesetas.

Pequeño Diccionario de la Lengua Española ITER. — Edición de bolsillo. — 1'75 pesetas.

Diccionario ITER Inglés-Español. — Edición de bolsillo. — 2'50 pesetas.

Diccionario ITER Francés-Español. — Edición de bolsillo. — 2'50 pesetas.

Diccionario Filosófico. — Por Voltaire. — Obra trascendental, considerada como la más valiosa y fundamental de este genio inmortal. — Dos grandes tomos en tela. — 16 pesetas.

TARJETAS POSTALES DE "ESTUDIOS"

La publicación de estas postales-retratos obedece a un noble propósito de difundir y estimular el amor al estudio, y no de contribuir a ninguna clase de idolatría. Queremos simplemente que ante los retratos de los hombres que más se han destacado, por su labor útil y fecunda, en la evolución del pensamiento humano, cada cual sienta el deseo de conocer su vida y estudiar su obra.

Cada serie, compuesta de 12 tarjetas, la integran: un filósofo, un poeta, un pintor, un revolucionario, un escultor, un músico, un inventor, un precursor, un descubridor, un gran novelista, un escritor y un pedagogo.

Se han puesto ya a la venta las colecciones siguientes:

SERIE I. — Kant, Rabindranat, Tagore, Goya, Bakunin, Miguel Angel, Beethoven, Gutenberg, Fourier, Colón, Dos-
toiewski, Larra y Pestalozzi.

SERIE II. — Voltaire, Shakespeare, Leonardo de Vinci, Eliseo Reclus, Alonso Cano, Mozart, Alejandro Volta, Roberto Owen, Galileo, Zola, George Brandes y Francisco Giner de los Ríos.

SERIE III. — Kierkegaard, Schiller, Velázquez, Kropotkin, Benvenuto Cellini, Albéniz, Marconi, Fernando La-
salle, Horacio Wells, Tolstoi, Antón Chojov y Ellen Key.

SERIE IV. — Guyau, Goethe, Zurbarán, Luisa Michel, Rodin, Rimski Korsakoff, Branly, Saint Simón, Einstein, Balzac, Angel Ganiwet y Clabérede.

SERIE V. — Rousseau, Heine, Rembrandt, Otto de Gue-
ricke, Pasteur, Isadora Duncan, Wagner, William Morris, Salvochea, Linneo, Thomas Munzen y Cervantes.

SERIE VI. — Carlos Spittler, Proudhon, Carlos Pisacane, Gabriela Mistral, Rafael, Panait Istrati, Schumann, William James, Berthelot, Esteban Grey, Quevedo y J. M. Fabre.

SERIE VII. — Lope de Vega, Tiziano, Ludmila Pitoeff, Strawinski, Descartes, Justus Liebig, Harvey, Romain Ro-
lland, Darwin, Miguel Servet, Desmoulins y Andreiev.

SERIE VIII. — Bécquer, Rubens, Alberto Durero, Chopin, Raimundo Lulio, Raspail, Galvani, Ch. Louis Phi-
lippe, Mendel, Luis Blanc, Theroigne de Mericourt y Stendhal.

Sin interrupción seguirán nuevas series, hasta completar y reunir en esta colección, que no dudamos en afirmar será la más valiosa y selecta de las conocidas hasta ahora, todos los grandes hombres que con su genio dieron impulso al progreso del mundo.

Cada serie de 12 tarjetas se vende a 1'50 pesetas.

No se venden tarjetas sueltas.

A corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 30 por 100 de descuento.



El peor enemigo del progreso y de toda libertad es esa literatura pornográfica, depravada y cínica, que va convirtiendo a la juventud en rebaño servil y cretino, sin voluntad y sin conciencia de su papel en la vida.

Merced al amparo de que goza toda esa repugnante producción, indignamente llamada literaria, la juventud, cada vez más embrutecida por lecturas eróticas, lujuriosas y estúpidas, va perdiendo los últimos arresos de su dignidad, descendiendo al más bajo y vil sensualismo, legión de *hombres-sombras*, impotentes e incapaces de sentir y pensar con nobleza moral; sin aspiraciones dignas y elevadas, sin ilusiones bellas y honrosas; inútiles, en fin, para lo que no sea entusiasmarse por todo lo trivial y tonto, por todo lo puerco y degenerante, y malgastar sus energías en banalidades, torpes y perjudiciales.

Frente a esa avalancha embrutecedora y denigrante, hemos de oponer, con la medida que nuestros escasos recursos nos permitan, la labor de superación mental y física del hombre. la creación de una cultura ampliamente ecléctica y racional que haga comprender a esa juventud alocada que por encima de toda esa podredumbre histérica y viciosa están estas páginas, repletas de bellas enseñanzas, de conocimientos útiles, consagradas a liberar al hombre de la ignorancia y a crear una generación consciente y culta, capaz de llenar su augusta misión renovadora.

Para ello solicitamos de cuantos crean útil la labor de ESTUDIOS, ayuden a su difusión procurándole suscriptores, propagando su lectura en todas partes, y recomendando la lectura de sus libros.

Amenidad, Interés, Educación sexual, Arte, Conocimientos eugénicos para la vida privada, Ética moral y científica

Es una excelente Revista ecléctica mensual, en la que colaboran las más prestigiosas firmas de la intelectualidad española. Es una publicación de amplios horizontes científicos, de divulgación de conocimientos prácticos para una vida racional e higiénica, libre y feliz.

56 páginas de texto selecto ... Precio del ejemplar, 50 céntimos

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Para España, Portugal y América: Un año (12 números). 6'50 Ptas.

Para los demás países: Un año (12 números). 8'00 "

PAGO ANTICIPADO

A los correspondientes y libreros, el 20 por 100 de descuento

Toda correspondencia, giros, valores, etc., al Administrador:

J. JUAN PASTOR

APARTADO 158 - VALENCIA (ESPAÑA)

BOLETIN DE SUSCRIPCION

(Puede cortarse este Boletín y remitirse dentro de un sobre abierto, franqueado con un sello de dos céntimos)

Fecha

Sr. Administrador de ESTUDIOS:

Sírvase tomar nota para remitir una suscripción de ESTUDIOS, a partir del número del mes de a las señas abajo indicadas.

Para cuyo efecto, remito con esta fecha el importe anual de pesetas por Giro postal (1).

DIRECCIÓN:

Sr. D.

Calle

Población

Provincia

Firma,

(1) Si no se quiere o no se puede anticipar el importe, puede indicarse que se haga el envío del primer número a Reembolso, y en ese caso se abonará el dinero al recibir la Revista de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del suscriptor en este caso. El servicio de Reembolso sólo rige para España.

CUADERNOS DE CULTURA

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Estos CUADERNOS se dirigen principalmente al autodidacto: al hombre que quiere formarse una cultura por su propio esfuerzo; al hombre que no dispone de tiempo ni medios adecuados para el cultivo metódico de su inteligencia y para el cual la vida es un panorama lleno de interrogantes; al hombre que desee penetrar en el conocimiento del mundo y del pensamiento humano y quiera formar su educación basándose exclusivamente en la lectura.

Estos CUADERNOS ponen ante el lector, en libritos económicos de limpio y fácil estilo, todas las disciplinas del saber humano, orientadas en un sentido claro, científico, imparcial.

Se publica un CUADERNO cada quince días, esmeradamente impreso en papel pluma, de 72 o más páginas, al precio de 60 céntimos cada uno. A los correspondientes y libreros, a 45 céntimos desde cinco ejemplares en adelante.

Van publicados los siguientes títulos:

- 1.—**Socialismo**, por Marín Civera. (Agotado.)
- 2.—**Introducción al estudio de la Filosofía**, por F. Valera. (Agotado.)
- 3.—**El Universo**, por el doctor Roberto Remartínez.
- 4.—**Liberalismo**, por F. Valera.
- 5.—**La formación de la Economía Política**, por Marín Civera.
- 6.—**Sistemas de gobierno**, por M. Gómez.
- 7.—**Higiene individual o privada**, por el doctor Isaac Puente. (Agotado.)
- 8.—**Escritores y pueblo**, por Francisco Pina.
- 9.—**Sindicalismo: su organización y tendencia**, por Angel pestaña. (Agotado.)
- 10.—**La Vida (Biología)**, por Luis Huerta.
- 11.—**Nuestra casa solariega (Geografía)**, por Gonzalo de Reparaz.
- 12.—**Como se forma una biblioteca**, por Federico Carlos Sainz de Robles.
- 13.—**Monarquía y República**, por Alicia Garcioral. (Prólogo de Marcelino Domingo.)
- 14.—**América antes de Colón**, por Ramón J. Sender.
- 15.—**La familia en el pasado, en el presente y en el porvenir**, por Edmundo González-Blanco.
- 16.—**La dramática vida de Miguel Bakunin**, por Juan G. de Luaces.
- 17.—**Uso y abuso de la tierra**, por Emilio Palomo.
- 18.—**La Escuela Única**, por José Ballester Gozalvo.
- 19.—**Democracia y Cristianismo**, por Matías Usero.
- 20.—**Introducción a la Historia Natural**, por Enrique Rioja.
- 21.—**Salva por Segui ("Noy del Sucre")**, por José Viadiu.
- 22.—**El mundo de habla española**, L. Basa.
- 23.—**El romancero español**, por R. de Campoamor Freire.
- 24.—**La vida de las plantas**, por Emilio Guinea.
- 25.—**Por la Escuela Renovada**, por Carmen Conde.
- 26.—**La Dictadura, la Juventud y la República**, por Lázaro Somoza Silva.
- 27.—**Gabriel Miró (El escritor y el hombre)**, por Juan Gil-Albert.
- 28.—**Cómo nació España (Primero de la Historia popular de España)**, por Gonzalo de Reparaz.
- 29.—**El logro de nuestro tiempo ¿Revolución?**, por Antonio Porras.
- 30.—**El problema social en las democracias**, por Augusto Villalonga.
- 31.—**Pablo Iglesias (De su vida y de su obra)**, por Julian Zugazagoitia.



Como el Caballo de Atila

Por H. Noja Ruíz

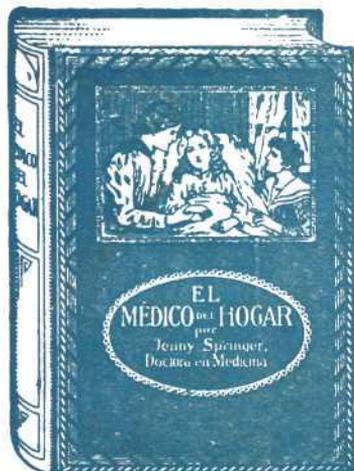
Pocas veces podrá tildarse de excepcional una obra con mayor motivo que a esta novela, última producción del conocido y admirado escritor Higinio Noja Ruíz.

Porque lo meritorio y lo que verdaderamente hace excepcional a un libro no es sólo su trama novelesca, lo emocionante y episódico de su narración, sino la trascendencia de las ideas a cuyo fuego se forja su producción, el concepto elevado que sugiere su lectura, finalidad artística a que aspiró el autor para dar forma vital a una nueva concepción más humana y más digna, a una moral superior a que forzosamente han de encaminarse las relaciones de humana convivencia.

El mundo contemporáneo, casi sin excepción, repudia por bárbara e inútil la odiosa pena de muerte, baldón ignominioso de nuestro siglo (ineficaz cuan innoble recurso vengativo, que no justiciero, de la sociedad contra el malhechor, muchas veces triste guiñapo del vicio que la misma sociedad fomenta, dañino e inconsciente instrumento del ambiente ineducado), y que a pesar de todo mantiene en vigencia el Código.

Crear un estado de conciencia colectiva adverso a la aplicación de la repugnante condena, impulsar ese estado de opinión hasta borrar del articulado que sanciona las faltas de los hombres ese oprobioso artefacto llamado patíbulo, es labor trascendental y digna. A ello tiende la novela de Higinio Noja Ruíz, abordando un problema original y de honda penetración psicológica, con estilo claro, preciso, ameno, que le consagra como uno de los mejores escritores de vanguardia.

Un volumen de 324 páginas, magníficamente impreso en papel pluma, con portada a tricromía. Precio, 5 pesetas.



EL MÉDICO DEL HOGAR

Por la Dra. Jenny Springer

Obra verdaderamente sensacional, importantísima, indispensable en todos los hogares. Es un libro de consulta y de estudio; el consejero acertado, exacto y desinteresado; el amigo verdadero de la salud. Poseer esta hermosa obra en casa es asegurar su salud, su felicidad, y la de los suyos; es poseer un tesoro científico que le defiende de los posibles errores del profesionalismo médico. Forma un precioso tomo de 942 páginas, con 936 grabados, 56 láminas en colores y 3 suplementos: Enfermedades sexuales (con 3 láminas). Desarrollo del hombre (con 8 láminas), y dos modelos anatómicos desmontables del hombre y de la mujer.—Lujosamente encuadernado.—Precio 40 pesetas.

A corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS el 10 por 100 de descuento.

Consultorio Médico de ESTUDIOS

DR. ISAAC PUENTE

MÉDICO

MAESTU (Álava)

Precios de consulta

Completamente gratis a los lectores de ESTUDIOS. Basta la presentación del cupón insertado a continuación. Para las consultas por correspondencia, añádase, además del cupón, el sello para el franqueo de la contestación.

Dr. Roberto Remartínez

MÉDICO FISIATRA

Conde Salvatierra, 19. -- VALENCIA

Ex interno de la Facultad de Madrid
Académico corresponsal de la Academia
de Medicina de Barcelona
Ex médico de la Cruz Roja
Electricidad médica, Diatermia, Fototerapia,
Rayos X, etc.

Consultas (muy reservadas) por correspondencia. Descuentos especiales en consultas y tratamientos a los lectores, enviando el cupón.
Pedid cuestionario

CONSULTA EN VALENCIA

Calle del Conde de Salvatierra, 19, de 9 a 1

DR. L. ALVAREZ

MÉDICO NATURISTA

Duque de la Victoria, 15, pral.

VALLADOLID

Precios de consulta: Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto se les descontará 3 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas.

Dr. M. Aguado Escribano

MÉDICO FISIATRA

CERRO MURIANO (Córdoba)

Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto, descuento del 50 % en la primera consulta, y el 25 % en las sucesivas.

J. PEDRERO VALLES

MÉDICO HOMEÓPATA

Tintes, núm. 2. - VALLADOLID

Los lectores de ESTUDIOS que acompañen el adjunto cupón serán favorecidos con un descuento del 50 por 100.

Para las consultas por correspondencia, pídanse "Cuestionario de preguntas", adjuntando el franqueo para la contestación.

ESTUDIOS

CUPÓN CONSULTA

Núm. 95. — Mayo 1931

Córtese el adjunto cupón e inclúyase al formular la consulta, para tener opción al descuento especial.